



Ariel Dorfman

Más allá del miedo:

El largo adiós a **Pinochet**



SIGLO VEINTIUNO DE ESPAÑA EDITORES



Ariel Dorfman

Desde su legendario *Para leer el Pato Donald*, escrito junto con Armand Mattelart, ha ido edificando una obra literaria que ya ha sido traducida a más de treinta idiomas. Entre sus obras destacan *Patos, elefantes y héroes* (Siglo XXI de España Editores, 2002), *Acércate más y más: cuentos casi completos* (Siglo XXI de España Editores, 2002), *Viudas, Konfidenz, La Nana y el Iceberg, Terapia y La muerte y la doncella*, llevada también al cine por Roman Polanski. Su libro de memorias, *Rumbo al Sur, deseando el Norte*, es un futuro clásico de las dos Américas.



Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

Sociología y política

Más allá del miedo: El largo adiós a Pinochet



Editorial del IUPERM
Instituto de Estudios Políticos y Sociales

ARIEL DORFMAN



Más allá del miedo: El largo adiós a Pinochet



**SIGLO VEINTIUNO
DE ESPAÑA EDITORES**



siglo veintiuno de españa editores

siglo veintiuno de argentina editores

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento (ya sea gráfico, electrónico, óptico, químico, mecánico, fotocopia, etc.) y el almacenamiento o transmisión de sus contenidos en soportes magnéticos, sonoros, visuales o de cualquier otro tipo sin permiso expreso del editor.

© Ariel Dorfman, 2002

© de esta edición, septiembre de 2002

SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.

Príncipe de Vergara, 78. 28006 Madrid

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Impreso y hecho en España

Printed and made in Spain

Diseño de la cubierta: Sebastián y Alejandro García Schnetzer

Fotografía de la cubierta © Alejandro Hoppe

ISBN: 84-323-1100-6

Depósito legal: M. 41.789-2002

Fotocomposición e impresión: Fernández Ciudad, S. L.

Catalina Suárez, 19. 28007 Madrid

Más allá del miedo: El largo adiós a Pinochet

Razones para una dedicatoria incompleta

Toda dedicatoria comprende al menos un recuerdo.

Para entender por qué la mía contiene más de un recuerdo, por qué todos mis recuerdos no caben en esta dedicatoria, basta con visitar el Cementerio General de Santiago de Chile, basta con visitar el Muro de la Memoria y ponerse a leer los más de cuatro mil nombres cuidadosamente cincelados sobre la superficie de ese monumento, hombres y mujeres muertos entre el 11 de septiembre de 1973 y el 11 de marzo de 1990. Entre esas víctimas de las fuerzas de seguridad que sirvieron al régimen del General Augusto Pinochet, hay casi mil nombres que no poseen una fecha de deceso. Son los muertos sin sepultura, los *desaparecidos* de la dictadura.

Otra zona, más pequeña, del Memorial ha quedado vacía, uniformemente lisa, como un espejo enfermo en que nadie se atreve a mirarse. Ni fecha ni nombre ni nacimiento. Nada. A propósito vacante y disponible. Faltan más asesinatos. Los arquitectos y escultores del monumento, cuando lo erigieron, en 1994, cuatro años después del retorno de la democracia a Chile, sabían que algunas familias reprimidas que antes no habían querido revelar sus sufrimientos iban a ir sacando la voz. Y es así como han ido apareciendo denuncias, nuevas ejecuciones que nunca se conocieron, lentamente se han ido agregando nuevos nombres. Pero siempre quedan víctimas cuyos datos nunca serán labrados sobre la superficie de ese Muro. No es una mera suposición. Cuando yo conversé, unos años atrás, con una extensa familia de mapuches en un puebli-

to rural perdido en la precordillera al este de Temuco, en el sur de Chile, la mujer más anciana de la estirpe me aseguró que ellos de ninguna manera iban a entregar los nombres de sus deudos ajusticiados durante la dictadura. «Los soldados —me dijo— van a volver algún día. Los soldados se van a vengar, delo por seguro».

Esos nombres y los de tantos otros van a seguir escondidos para siempre entre la bruma del miedo y del olvido.

El lector me sabrá perdonar si dedico este libro, entonces, a cinco víctimas cuyos nombres sí están tallados en la piedra de ese Muro que se levanta en nuestro Cementerio en Santiago, cinco amigos a los que necesito recordar entre tantos olvidados:

Freddy Taberna. Un pelotón de soldados ejecutó a Freddy frente al mar de Pisagua muy temprano, de madrugada, el 30 de octubre de 1973. Los militares se negaron a entregar su cadáver a la familia y todos los esfuerzos por hallar siquiera un rastro han sido infructuosos. Se presume que a Freddy lo subieron a un helicóptero y que, en un saco cargado de piedras, lo echaron al mar.

Diana Arón. Hay testigos que aseguran que la policía secreta chilena la aprehendió el 18 de noviembre de 1974 y la hirió de bala. Fue llevada posteriormente a la casa de torturas de Villa Grimaldi (Nuñoa). No puede estar viva después de tantos años. Y no puede estar muerta si su cuerpo nunca ha sido recuperado, si no se sabe siquiera cómo murió.

Fernando Ortiz. Detenido el 15 de diciembre de 1976 en la Plaza Egaña de Santiago en presencia de numerosos testigos. Las autoridades decían no tener información alguna sobre su paradero. En el año 2001, los mandos militares afirmaron que sus restos se encontraban en la Cuesta Barriga, en el valle central, uno de los cerros agrestes que forman parte de la Cordillera de la Costa. Después de meses de excavaciones estériles, algunos huesos fueron finalmente desenterrados y pudie-

ron ser identificados en un laboratorio como parte de la osamenta que alguna vez formó parte del cuerpo vivo de Fernando Ortiz.

Rodrigo Rojas Denegri. El 2 de julio de 1986 un escuadrón de soldados lo detuvo, le rociaron con queroseno y le prendieron fuego. Luego, creyéndolo muerto, lo trasladaron al otro extremo de Santiago, y lo tiraron en una zanja. Minutos más tarde, Rodrigo se levantó y comenzó a caminar. El noventa por ciento de su cuerpo estaba quemado. Cuatro días más tarde —a la edad de diecinueve años— murió en un hospital de Santiago rodeado de guardias policiales.

Y Claudio Jimeno. Se mantuvo hasta el final al lado del Presidente constitucional en el Palacio Presidencial de La Moneda en Santiago de Chile el día del golpe, el 11 de septiembre de 1973. Lo detuvieron, lo torturaron y... ya nada más se supo de él. Treinta años hemos tardado en averiguar que el día después del golpe su cuerpo había sido dinamitado, como el de muchos otros colaboradores del Presidente Salvador Allende. Las informaciones que me llegan de Santiago cuando estoy terminando este libro indican que las excavaciones ordenadas en el Fuerte Arteaga por una jueza investigadora han llevado al descubrimiento de los fragmentos de un hueso cuyo ADN corresponde al de Claudio Jimeno. Me dicen que ahora por fin se le va a poder dar un entierro.

Recordar esos nombres no significa, sin embargo, que esta dedicatoria, como el Muro mismo, pueda alguna vez de veras completarse.

El Memorial chileno no incluye los nombres de aquellos que perdieron sus trabajos y sus hogares, sus pensiones y su derecho a la salud, después del golpe militar, un número de nombres que supera el millón. Ni tampoco incluye a los hombres de las poblaciones marginales que, noche tras noche, eran detenidos por las patrullas militares y forzados a permanecer desnudos en una cancha de fútbol hasta que amanecía, en

posición firme, carajo, mientras, detrás de los reflectores deslumbrantes, sus mujeres y madres, sus niñas y nietas y hermanas tuvieron que presenciar esa afrenta inacabable. Y ese Muro no contiene ni una mención de los exiliados políticos o expatriados por razones económicas —casi un millón de ellos, cerca de un décimo de la población de Chile en el momento del golpe—.

Y ese monumento tampoco puede contener, por cierto, estas palabras, que me fueron confiadas hace muchos años por alguien cuya identidad juré nunca revelar:

«Me bajaron a ese sótano, y trastabillé porque iba vendado —esa tela como una segunda piel que se me pegaba a los ojos—. Esas manos me arañaron cuando me arrancaban la ropa, hijo de puta ahora vas a ver lo que les hacemos a las putas, las uñas tenían que estar sucias, era una locura que me estuviese preocupando de que esas uñas inmundas me dieran alguna infección, me había pasado las últimas dos semanas casi sin comida, sin poder orinar o cagar fuera de mi celda, estaba roñoso y debo haber olido peor que una cloaca, pero sin embargo no me podía desprender de la imagen de las uñas, temiendo que me transmitieran algún tipo de enfermedad. Eso fue antes de que me ataran a un catre, una mano y después la otra, y otra persona me estaba sujetando los tobillos. Sentía el calor sobre mi cuerpo, de una ampolleta inmensa, cegadora, aunque yo no podía ver nada. Y entonces me engancharon a algo —¿un alambre, una clavija, qué era eso?—, me lo prendieron a los genitales y entonces una voz dijo, vamos a hacerlo bailar, vamos a hacerlo cantar, a este huevón lo vamos a hacer recagar. Y me hicieron bailar. Y me hicieron cantar».

Sí, en efecto, ese Muro no recuerda a los cientos de miles de chilenos que fueron torturados y sobrevivieron, ese Muro no comprende, no puede comprender su inagotable memoria.

Prólogo

*D*urante el golpe militar de 1973, los nuevos líderes militares de Chile se encontraron con un extraño dilema: no tenían un recinto castrense lo suficientemente grande como para guardar a la enorme cantidad de detenidos. Tuvieron, entonces, lo que debió haberles parecido en ese momento una idea genial o por lo menos ingeniosa: transformar el Estadio Nacional, nuestro mayor campo deportivo, en un gigantesco campo de concentración. Unos meses más tarde, después de que miles y miles de disidentes hubieran sido arrestados y torturados, en ese lugar interrogados y ejecutados, las autoridades hicieron fregar los pisos malolientes de orina y sangre, pintaron los banquillos de los espectadores y reabrieron el coliseo al público. De nuevo los árbitros tocaron su pito y marcaron los penales, de nuevo la pelota rebotó y resbaló por la cancha... y poco a poco fueron también volviendo los fanáticos del fútbol a gritar por sus equipos favoritos.

Diez años después del golpe de Estado, cuando se me permitió finalmente regresar a Chile, juré que nunca pisaría otra vez ni el cemento ni las graderías de aquel coliseo deportivo. Y durante los siguientes siete años no me desvié de esa determinación. Solamente al volver la democracia a Chile pude yo mismo retornar a ese espacio donde había presenciado tantos eventos en tiempos democráticos anteriores, donde yo mismo había participado en encuentros atléticos escolares. Era un pedazo de Chile que me habían robado, que no podía seguir considerando como propio. Lo que yo necesitaba desesperada-

mente era presenciar algún acto que transformara el estadio, que rechazara su presunta normalidad como obscena y confrontara el terrible dolor que todavía seguía reverberando entre sus escalinatas como un eco, y el 12 de marzo de 1990, el día después de que Pinochet entregara la Presidencia a Patricio Aylwin, el pueblo de Chile llevó a cabo ese acto de exorcismo. Con la cordillera de los Andes como mudo testigo, 70.000 manifestantes se congregaron en el estadio para escuchar las palabras del nuevo Presidente democrático en su primer encuentro con la tierra renaciente, y Aylwin no nos defraudó. En su discurso se refirió a los horrores que habían transcurrido en esa cancha y en esos vestuarios y juró que «nunca más» volvería a ocurrir algo semejante. Más crucial que sus palabras para la limpieza de los demonios de ese estadio fue el acto comunal de duelo que las precedió.

70.000 hombres y mujeres callaron repentinamente al escuchar variaciones sobre una canción de Víctor Jara, el cantante asesinado cinco días después del golpe, tocadas sobre aquel césped tan verde por un pianista solitario. Al apagarse la melodía, un grupo de mujeres con polleras negras y blusas blancas emergió, cada una con un cartel que llevaba la foto de su desaparecido. Y entonces una de estas mujeres —¿una esposa, una hija, una madre?— comenzó a bailar una cueca, nuestro baile nacional; ella iba bailando toda su inmensa soledad, iba bailando su falta de pareja. Hubo un momento de silencio atónito y enseguida la multitud comenzó, al principio en forma tímida y luego con más seguridad, a batir palmas junto con la música, el ritmo salvaje y tierno acompañando esa tristeza, indicando que nosotros también estábamos bailando con los desaparecidos de la historia, con nuestros amores muertos —así era, era así como los íbamos a rescatar de la invisibilidad a la que Pinochet los había relegado—. Y como si estuviesen respondiendo desde más allá del tiempo, los músicos de la Orquesta Sinfónica de Chile desataron la coral del último movi-

miento de la Novena Sinfonía, la canción adoptada por la resistencia chilena en las luchas callejeras y los funerales, la oda de Schiller a la alegría, su profecía de que sobrevendrá un día «en que los hombres volverán a ser hermanos».

Nunca había visto antes —y nunca más quisiera tener que volver a ver— a 70.000 personas juntas llorando a sus muertos, enterrando a nuestros muertos para que pudieran por fin descansar. Y, sin embargo, fue esa la tarea impronunciable y desgarradora que nos propusimos ese día: liberar de forma repetida, una y otra vez, todas las zonas del territorio nacional, todas las zonas éticas, todas las zonas de la memoria, que Pinochet había usurpado.

Resultó ser una tarea que no íbamos a poder llevar a cabo solos.

Resultó una tarea que iba a necesitar de la ayuda de más de un amigo extranjero.

—¿Supiste lo de Pinochet?

Dios mío. ¿Otra vez? ¿Otra vez Pinochet? A esta hora de la madrugada, sí que no. Ni ahora ni nunca. ¿Hasta cuándo con este Pinochet?

—¿Pinochet?

No lo pude evitar. Pronuncié esas temibles sílabas. Tal vez Victoria Sanford —una estudiante graduada de Antropología que se había ofrecido a pasar a buscarme a mi hotel de Berkeley a esa hora espeluznante para que yo pudiera tomar el avión al otro lado de la bahía de San Francisco ese 17 de octubre de 1998— no iba a agregar otra noticia desastrosa, otra más en la cadena de calamidades que hacía veinticinco años arrastraba consigo la sola mención del General.

Nada me había preparado para la noticia que me dio Victoria.

—Lo detuvieron en Londres —dijo—. *Last night*. Anoche. Scotland Yard actuando en nombre de un juez español. *A Spanish judge*.

Me quedé mudo. Ni una palabra. Ni en inglés ni en castellano. Tenía que ser un sueño. Un sueño, estoy soñando. La misma reacción de Victoria, según me contó, al despertar esa mañana. Pero su radio había repetido la noticia una segunda vez, como si el locutor mismo tampoco pudiera creer lo que leía: la noche anterior la Policía londinense había irrumpido en la London Clinic, donde Pinochet se recuperaba de una ope-

ración de columna, para informarle de que quedaba detenido por una orden del juez español Baltasar Garzón —acusado ni más ni menos que de genocidio—.

Una hora más tarde, cuando mi avión partió hacia Carolina del Norte (donde vivo la mayor parte del año), todavía no había podido averiguar más que aquella primera escueta información. Me encontraba suspendido en el aire, y no sólo de manera literal. Me acordé de algo que le había acaecido a un amigo mío chileno la tarde del 11 de septiembre de 1973. Se encontraba en París y acababa de abordar el tren para Roma —el Palatino, un expreso que no se detenía en todo el trayecto— y justo cuando las puertas se cerraron alcanzó a vislumbrar, allá sobre el andén, en las manos de algún transeúnte, la última edición de *Le Monde*. COUP D'ETAT AU CHILI (Golpe militar en Chile), el alarido de ese titular. Durante las infinitas horas que tardó ese tren en atravesar la noche y Europa, esas palabras siguieron gritándole adentro, sin que mi amigo pudiese descender para informarse acerca de lo que había sucedido con su país, con su familia, con sus amigos, con su Presidente. Atrapado adentro de aquella noticia. ¿Quién estaba vivo?, ¿quién habría muerto?, ¿qué nos va a pasar? Sin saber que más o menos en los momentos en que esas puertas del tren se cerraban con un siseo inquietante en Francia, cómo podía mi amigo adivinar que al otro lado del planeta, en los extremos del hemisferio sur, en nuestro país, que se abraza al Pacífico —como si fuera una daga apuntando al corazón de la Antártida, como dijo Kissinger alguna vez—, millones de compatriotas se estaban planteando las mismas preguntas acuclillados como lo había estado yo ante una radio escuchando una voz que llegaríamos a identificar en los días y meses y años por venir, el ladrido nasal y enojoso del General Augusto Pinochet anunciando los primeros decretos de la Junta Militar: al que se le pille en la calle durante el toque de queda será ejecutado en el acto.

La mayoría de los chilenos no había podido escuchar antes aquella voz que invadiría a partir de ese instante cada rincón privado y público de sus vidas.

Yo había sido menos afortunado: ya había estado en contacto con ese hombre, había llegado a intercambiar algunas breves palabras con él un par de semanas antes de la sublevación militar. Fue una tarde de finales de agosto de 1973. Eran los penúltimos días del gobierno de Salvador Allende y yo trabajaba en La Moneda, cuando sonó el teléfono y esa voz brusca y urgente se presentó como el General Augusto Pinochet Ugarte y dijo que necesitaba hablar sin más demora con Fernando Flores, el Ministro Secretario General de Gobierno; yo no tardé en obedecer. Pinochet era, según creíamos, el más leal de los militares, el que iba a detener el golpe que se estaba fraguando contra la democracia chilena. No anticipé lo que esa voz escondía, la traición que estaba avizorando, el golpe que ya había sucedido en su cabeza de militar. Ni un presentimiento. Nada.

No fue más que eso, una rápida conversación telefónica. Dos semanas más tarde, las manos que marcaron el número de aquel teléfono de La Moneda al que yo contesté, esas manos que habían saludado a Allende cuando éste lo nombró Comandante en Jefe del Ejército, la mano derecha que había palmoteado las espaldas del ministro Orlando Letelier y que había jurado lealtad al general Carlos Prats, esa misma mano firmaba el 11 de septiembre el primer decreto de la Junta, que derrocaba al Presidente de la República. Y, un mes más tarde, en octubre, esa mano puso el nombre del General Pinochet al pie de una orden en que mandaba una misión militar al norte de Chile, una comitiva que después se conocería como la Caravana de la Muerte porque sus integrantes fusilaban a detenidos que ya estaban condenados y escondían cuerpos ya asesinados y torturaban a los reclusos antes de ultimarlos. Y entre ellos estaban mis amigos Freddy y Carlos; Freddy, que nunca

vio crecer a sus hijos, y Carlos, que nunca volvió a ver a Carmen. Y vendrían otras órdenes: maten a Carlos Prats en Argentina, maten a Orlando Letelier en Washington, maten a José Carrasco en Santiago, quemén a Carmen Gloria Quintana en donde sea; otras manos llevando a cabo todo lo que pedía y exigía esa voz que yo había escuchado fugazmente ese día, cada vez más lejano, ahí en La Moneda, en la triste capital de Chile.

¿Para qué seguir con lo que hicieron esas manos?, ¿para qué recordar orden tras orden, muerto tras muerto, David y Diana y Claudio y Enrique?

Yo todo lo fui registrando desde el exilio, minuciosamente, casi con perversidad, como castigándome por mi original falta de reconocimiento de lo que el futuro nos iba a traer, por mi ineptitud para discernir durante aquel breve intercambio telefónico en La Moneda la respirante presencia del mal. Sí, él era el culpable. Aun si tenía claro que tantos otros eran también responsables, que esos crímenes sólo podían perpetrarse con la ayuda de miles y con la indiferencia de millones, yo personalicé en aquel General mi propio sufrimiento y el sufrimiento más vasto del país entero. Cuando leía en un informe sobre derechos humanos que 180.000 personas habían sido encarceladas en el primer año de la dictadura, y casi el noventa por ciento de ellas torturadas. Y cuando le di la bienvenida en Francia a mi compadre Óscar Castro, expulsado de Chile después de dos años en un campo de concentración por haberse atrevido a montar una obra en que el capitán de un barco que se hunde insta a su tripulación a que no pierda la esperanza y a que siga luchando, cuando tuve que consolarlo por la desaparición de su madre a manos de la policía secreta del régimen. Y cuando leía en los periódicos extranjeros que el 27 por ciento de la población de Chile estaba recibiendo el 3,3 por ciento del ingreso nacional e intentaba bosquejar a partir de esa seca rethila de estadísticas los rostros de los pobres, las familias con

las que había trabajado durante años en las llamadas «poblaciones callampas» del gran Santiago, que ahora tenían que comerse a los gatos. Y cuando una carta me informaba de que ahora los niños se prostituían en las calles de una y otra ciudad de la patria. Cuando esto y cuando aquello y cuando lo de más allá, y siempre, siempre había un más allá, algo peor que podía pasar, cuando registraba todo esto y mucho más, era Pinochet, siempre Pinochet, ese hijo de puta de Pinochet, el responsable, siempre Pinochet el que me separaba de la tierra a la que se me prohibía volver, el que nos separaba de las vidas normales que no podríamos jamás vivir mientras él estuviera en el poder. Y mientras más dimensiones satánicas le atribuía a su voz y a sus manos, Pinochet se volvía paradójicamente más remoto, más etéreo, casi irreal. Ahí estaban las fotos que iba recortando de los periódicos que familiares y amigos me mandaban desde Chile y hasta me agencié algunas cintas con discursos desarticulados y engorrosos suyos, y tal rastreo terminaba misteriosamente distanciándolo aun más, haciéndolo más inasible.

Me puse a pesquisar su pasado para ver si podía así descifrar quién era ese hombre que era capaz de pronunciar, así no más, casi de una manera incidental, que ni una hoja se movía en el país sin que él lo supiera, busqué claves y encontré poco, poquísimo, ni siquiera una anticipación. Al huzmear en sus memorias y en entrevistas sobre su vida —esa niñez afable en Valparaíso en los años veinte, sus bromas como cadete militar en los treinta, sus tres libros ramplones sobre geopolítica, donde no podía descubrirse ni una toma de posición controvertida o política, su carrera militar frugal y casi desganada—, me era imposible sacudirme la idea de que el General se estaba escondiendo, que tal vez había estado escondiéndose toda su vida, incluso de su propia mirada, aprendiendo desde una temprana edad a no contarle a nadie quién era él de verdad, tal vez ni siquiera revelándole a su propio espejo o a su esposa la persona en que algún día se convertiría.

En todo el aburrido manglar de su pasado, había sólo un episodio que llegó a intrigarme. En 1946, el Presidente Gabriel González Videla, tomando ya el lado de los Estados Unidos en la incipiente guerra fría, había expulsado de su gobierno a los comunistas que, como parte del Frente Popular, habían ayudado a elegirlo. No contento con ello, había abierto un campo de concentración en Pisagua, en el norte de Chile, donde mandó a miles de detenidos que hasta hacía poco habían sido sus colaboradores y amigos. A cargo de ese centro, aislado en medio de un desierto implacable, estaba un hombre que, cerca de treinta años más tarde, volvería a abrir Pisagua para sus propios enemigos: el entonces capitán Augusto Pinochet. Y fue en ese lugar donde, un día de 1947, Pinochet iba a tener su primer encuentro con otro hombre nacido en Valparaíso, Salvador Allende, que encabezaba como diputado del Partido Socialista una delegación del Congreso que venía a investigar las condiciones bajo las cuales se encontraban los prisioneros. Cuando Allende, bloqueado por los militares, anunció que iba a llevar a cabo su misión como fuera, con o sin permiso, Pinochet le mandó avisar de que si lo intentaba se vería forzado a dispararle. Allende, según la versión que Pinochet propalaba en un libro, decidió desistir. Y en esas memorias, el General manifestaba que pensó que el hombre que sería algún día Presidente de Chile jamás se olvidaría de aquella violenta confrontación, pero de hecho Allende nunca volvió a hacer alusión a esa riña y, por cierto, no se acordaba de ella cuando, el 23 de agosto de 1973, escasos diecinueve días antes del golpe, designó a Pinochet como Comandante en Jefe del Ejército. Así que el ladino de Pinochet había engañado al astuto Allende, jurándole en una carta, escrita más o menos en los días en que yo había levantado ese teléfono que dejó que su voz descascarada penetrara en mi vida, que estaba dispuesto a dar la vida por defender la Constitución y al Presidente. Y Pinochet, en efecto, no se sumó a la conspiración para derrocar al hom-

bre que lo había nombrado para ese puesto sino hasta el último momento; pero, una vez que hubo dado el salto, el General se dedicó a eliminar o subordinar sistemáticamente a cada rival y también a sus aliados, que quizás tampoco fueron capaces de prever sus verdaderas intenciones ni su ambición de poder. Ésa parecía ser su característica innata: una habilidad letal, asidua, de embaucar a sus enemigos, una profunda perfidia oculta bajo el manto de una grisácea invisibilidad. Alguien que no se dejaba atrapar. Cazurro, la palabra perfecta. Ocultándose toda su vida y todavía ocultándose cuando años más tarde yo intentaba entenderlo, fijarlo desde mi exilio. Escapándose. Sólo corpóreo para mí en esos breves e inocentes tres segundos, cuando registré su voz en el teléfono. Pinochet era todo en mi vida. Y también, sin embargo, nada.

Pero algún día... Algún día eso iba a cambiar, me prometí, nos prometimos, adentro y afuera de Chile. Algún día yo retornaría victoriosamente a la patria y tendríamos la satisfacción de ver a Pinochet enjuiciado por sus crímenes, escucháramos esa voz implorando perdón, veríamos esas manos esposadas y humilladas. Aunque resultó que quien volvió al país con las manos detrás de las espaldas, como si fuera un niño, fui yo, retornando a Chile en 1983 por gracia de un Pinochet que seguía con el control absoluto del territorio nacional y de su destino. Y ese regreso no logró tampoco acercarlo ni hacerlo más comprensible. El General vivía detrás de una imponente muralla de seguridad, distanciado —como yo lo había estado durante diez años— de Chile. Ninguno de mis conocidos había logrado siquiera echarle una mirada. De manera que, hasta en Santiago, Pinochet terminó siendo todo y también nada.

Fue al anoecer del penúltimo día de esa primera visita a Chile después del exilio cuando alcancé finalmente a ver por primera vez al General Pinochet —o una zona de su cuerpo, por lo menos—. Había ido a pasar la tarde en una miserable

población callampa al sur de Santiago donde un grupo de adolescentes empobrecidos me había contado sus vidas, la adicción a las drogas como una manera de fugarse de una realidad infernal, los asaltos de la policía, la falta de trabajo en un sector donde, según el parroco local, el desempleo llegaba al setenta por ciento.

Mi cuñado de entonces, el cineasta Ignacio Agüero, me había llevado a esa población junto a mi hijo Rodrigo, y al retornar los tres, en la precisa esquina de Eleodoro Yáñez y Antonio Varas, el destino me deparó un segundo encuentro con Pinochet. Un torrente de sirenas y motocicletas atajó el auto en que viajábamos —«Es Pinochet, es Pinochet», dijo Nacho con urgencia— y enseguida cruzó nuestra mirada una hilera de autos negros, y de uno de esos vehículos, en el momento en que nos rebasaba, emergió de pronto una mano enguantada y blanca. Juro que es cierto. Tengo testigos. Era la mano de Pinochet, que nos decía adiós en la luz vespertina, que saludaba absurdamente a un público inexistente, que se mofaba de mí —pese a que no podía saber que yo presenciaba su paso— avisándonos a mí y a los míos de que él iba a seguir dando órdenes de forma inmaculada, que sus opositores nunca llegarían cerca de esas manos, que ni siquiera íbamos a poder verlas, que serían siempre fantasmagóricamente blancas. Intocables. Impunes. Susurrándome: estoy tan lejos de la justicia como de tus ojos, que me tienen ganas, que me tienen hambre. Mientras se distanciaban por la avenida crepuscular.

Profetizando, con esa arrogancia, lo que serían los años por venir. Incluso después de que la democracia retornara a Chile, en 1990, y los chilenos le pidieran al General que se retirara, que se fuera de una buena vez, sus manos siguieron haciendo lo que les daba la gana, protegidas por la amnistía de 1978 y su posición como Comandante en Jefe durante ocho años más. Y amenazando con otro golpe, esa voz que yo había alcanzado a escuchar hacía tantos años en esa oficina que des-

pués él mismo ocupó, amenazando con otra asonada si alguien en el nuevo Chile se atreviera a tocarlo a él o a uno de sus hombres. Y cuando una investigación reveló que su hijo había aprovechado el reinado de papito para una estafa millonaria contra el Estado, el General lanzó dos rebeliones contra las autoridades legítimas de la República, conatos de golpe que se disfrazaron bajo los nombres eufemísticos de «boinazo» y «ejercicios de enlace» y que pusieron un punto final a todo intento de examinar el enriquecimiento ilícito de la familia Pinochet. Y cuando, en marzo de 1998, con su soberbia tan intacta como sus finanzas, dejó el mando del Ejército y asumió el cargo de senador vitalicio, tampoco hubo respiro: siguió dictando el destino del país, siguió avisando a sus críticos de las repercusiones terribles que cualquier intento de juicio podría traer, siguió consentido y mimado por una Corte Suprema que él mismo había designado, y mientras todo esto y mucho más ocurría, yo me decía —ahora ya alejado de Chile, ahora ya un expatriado, alguien que no volvía a su país debido a su propia voluntad— que iba a burlarse de nosotros durante otra eternidad, que nunca suprimiríamos su presencia o su legado. Esas manos amortajadas de blanco se irían a la tumba sin haber tenido que afrontar ni una vez, ni una sola vez, lo que habían hecho.

Y ahora, sin embargo, parecía que la historia tenía otros planes para las muñecas y los dedos del General Pinochet. Otras manos, las manos de policías ingleses habían entrado en su vida y en la nuestra, las manos de un juez español tenían al tirano acorralado.

Me pregunté, al descender mi avión sobre la pista del aeropuerto de Raleigh-Durham, si quizás había llegado por fin el momento de la verdad para el General.

Tal vez mis visiones fracturadas de su persona a lo largo de las décadas —esa voz intangible, esos recortes de periódico desteñidos, esos fragmentos de una vida jugando al escondite,

ese guante blanco tan blanco— habían sido más bien premonitorias, el anticipo de un posible exorcismo. ¿Se me iba a dar finalmente la oportunidad, la tendría mi país, se nos daría permiso, para decirle adiós de una vez por todas al General Augusto Pinochet?

Créame, General: es lo mejor que le pudo haber pasado.

Entiendo que no es agradable que a uno lo detengan sin previo aviso, que no pueda salir a pasear por las calles de Chelsea cuando le da la gana, que no sepa qué futuro le espera. Se lo puede preguntar, sin ir más lejos, a tantos chilenos a los que usted mismo privó de su libertad en circunstancias harto menos confortables de las que ofrece una clínica londinense de cinco estrellas.

Pero si tiene miedo, y se siente solo, y se cree apuñalado por la espalda, General, piense que el destino le ha proporcionado en las postrimerías de su vida una oportunidad providencial para salvar su alma. Desde el golpe de 1973 viene usted viviendo un engaño, una autojustificación minuciosa y esquiva de su conducta que fue construyendo precisamente a partir de la muerte intolerable y acusadora de Salvador Allende, el hombre que lo nombró para su cargo y al que usted traicionó. A esa primera traición le siguieron otras, una inevitable avalancha, en realidad, porque el primer gran crimen siempre necesita taparse con más crímenes, los dictadores aspiran al poder total para ampararse de los demonios que han desencadenado. Con tal de acallar sus fantasmas, exigen que se levante en torno a ellos un muro de espejos halagüeños y consejeros zalameros que le aseguren que, sí, tú eres el más bello y el más bueno, tú eres el que más sabe.

Y usted terminó creyéndoselo, General.

Se defendió de lo que había hecho, de lo que estaba haciendo, con la muralla aislante de su invulnerabilidad, que jamás

nadie le pediría cuentas, que había una ley para usted y otra ley para el resto de sus conciudadanos, y, cuando el pueblo de Chile le forzó a dejar la Presidencia y aceptar la democracia, usted siguió atrapando con increíble astucia al país entero en una transición donde usted jamás tendría que responder por ninguno de sus dichos ni hechos, una transición en que usted era el único verdaderamente libre para decir y hacer lo que le daba la gana, salirse de madre, como usted mismo lo reiteraba de forma socarrona, mientras sus compatriotas siempre tenían que cuidar su lengua y su lenguaje. Nosotros no podíamos, en esa transición pactada por otros y necesaria para todos, dejarnos llevar por nuestras emociones, no fuera usted a patear el tablero porque no le gustaba nuestra última movida, un jaque al que no teníamos derecho. De hecho, General, pensó que podía seguir poseyendo la inviolabilidad de un dictador en pleno proceso democrático.

Hasta que confundió a su país con el mundo. Pensó que podía viajar a Inglaterra, nación proclamada por usted como el colmo y la cima de la civilización, pensó que podría pasearse por el Támesis como si fuera el Mapocho, pensó que los ingleses tenían que respetar y acatar los acuerdos y reglas y pleitesías de Chile como si fueran propios.

Es doblemente dulce pensar que usted se atrapó a sí mismo, General, que fue la misma soberbia con que gobernó la que terminó cegándolo y perdiéndolo, la ilusión de que siempre iba a poder imponer su voluntad, garantizando que en su aislamiento usted nunca iba a tener que mirar ni de cerca ni de lejos el dolor que le ha causado a sus semejantes.

Por eso esta detención es tan saludable para usted. Para el país también, por cierto, porque nos fuerza a mirarnos las caras, pone a prueba nuestra democracia, su fortaleza, su posible precariedad, finalmente nos lleva a afrontar la necesidad de resolver pronto esta compleja, ambigua y eterna transición que usted ha limitado con su constante sombra y presencia.

Quiero que sepa, General, que yo no creo en la pena de muerte. En lo que sí creo es en la redención humana. Incluso en la suya, General. Por eso, lo que desde hace veinticinco años he deseado que le pasara —lo que todavía me cuesta creer que puede estar a punto de suceder— es que alguna vez antes de su muerte tuviera que mirar con sus ojos de anciano a los ojos oscuros y claros de las mujeres cuyos hijos y maridos y padres y hermanos usted hizo desaparecer, una mujer y luego otra mujer, yo siempre quise que ellas tuvieran la oportunidad de contarle a usted cómo sus vidas fueron fracturadas y avasalladas por una orden que usted dio o por la acción de la policía secreta que usted no quiso refrenar. Me he preguntado qué le pasaría si se viera forzado a escuchar día tras día las múltiples historias de sus víctimas y tuviera que reconocer su existencia.

Usted cree en Dios, General, un consuelo que yo no me he permitido. Eso le da, sin embargo, la oportunidad de considerar la bendición que su Señor sabio y compasivo y severo le ha mandado al final de sus días: la posibilidad de que se arrepienta. De que penetre en el círculo terrible de sus crímenes y pida perdón y nos cuente dónde están nuestros muertos. ¿Sabe algo, don Augusto? A mí personalmente me bastaría con eso. Sería castigo suficiente. Y piense qué gran contribución a ese país al que usted dice amar tanto: podría ayudar a que nuestra patria compartida dé otro paso más en la dura tarea de la reconciliación, que sólo es posible si se acepta la verdad terrible de lo que nos ha pasado, si usted participa en la búsqueda dolorosa de esa verdad sin mentirse ni mentirnos.

Recuerde lo que la historia y la religión y también la literatura —¡piense en Dostoievski, sí, aunque sea ruso!— nos enseñan: lo mejor que le puede ocurrir a un criminal es que lo capturen, porque en el encierro solitario, sin las defensas habituales con que encubre su pasado, puede a veces abrirse adentro del preso la ventana mínima de una posible redención.

No creo que usted vaya a leer estas palabras ni tampoco que vaya a atenderlas. No creo que renuncie voluntariamente a una inmunidad que no tiene ni tampoco a la impunidad que siempre creyó tener. No creo que, ahora que está cautivo su cuerpo, pueda encontrar el rumbo espiritual para actuar como un hombre de veras libre, que pueda descartar su miedo y comprender el enigma de su vida, que pueda verse como lo ve la inmensa mayoría de la humanidad y entienda por qué lo queremos exorcizar. A usted y a tantos otros tiranos de este miserable siglo que termina.

Nunca es demasiado tarde, General.

Tiene que haber sabido Salvador Allende, en algún momento de aquella mañana del 11 de septiembre de 1973, tiene que haberse dado cuenta de que iba a morir. Sí, porque hay más que un septiembre de terror, hay septiembrés que la mayoría de la humanidad ha olvidado, hay otro martes 11 de septiembre en que también la muerte descendió del cielo y los misiles cayeron desde los Hawker Hunter ese día en Santiago y Allende ya tendría claro que los líderes de la revuelta habían aislado a los constitucionalistas adentro de las Fuerzas Armadas, ya estaban exterminando civiles, ya habían entregado un ultimátum.

Allende convocó a sus ciento y tantos asociados que, hasta ese instante, habían estado peleando a su lado, y exigió que todas las mujeres presentes, junto a los hombres que no supieran usar un arma, abandonaran inmediatamente el Palacio Presidencial. Entre aquellos cuyas vidas se salvaron estuvo Beatriz, la hija del Presidente, y Joan Garcés, un abogado catalán que había sido el consejero político de Allende durante los tres años de gobierno democrático socialista. Y, cuando la embajada española logró sacar a Garcés del país unos días más tarde, en los momentos en que su avión se despedía de esa tierra que había intentado una revolución sin sangre, juró que no olvidaría a su Presidente muerto ni a las demás víctimas del golpe.

Años más tarde, el hijo de Augusto Pinochet —el mismo que se había enriquecido a la sombra de su cariñoso padre—

se quejó de que su progenitor, en vez de permitir que Joan Garcés escapara de Chile, debería haberle clavado una estaca en el corazón.

Por una vez, el hijo de Pinochet tenía razón.

Durante las décadas que siguieron, sin dejar de hacer su propia labor como abogado y, más tarde, como parlamentario del PSOE en su España nativa, Garcés insistió en que era posible, además de necesario, enjuiciar al General Pinochet por sus crímenes. Creó la Fundación Salvador Allende, llenó varias habitaciones de su oficina y de su casa con archivos e información y, a la cabeza de la asociación de abogados progresistas que ayudó a establecer, llevó a cabo una incansable campaña para que los dictadores extranjeros pudieran ser juzgados por los tribunales españoles. Lo que se dejaba ver al principio como una misión quijotesca comenzó a tener visos de mayor viabilidad legal en tanto España fue firmando una serie de tratados internacionales, en particular la Convención Europea contra la Tortura. Y cuando se hizo evidente que los nuevos gobernantes del Chile recientemente democratizado eran incapaces de someter a proceso a Pinochet, los parientes de los ejecutados y desaparecidos buscaron la ayuda de alguien que ya había pasado muchas horas de su vida oyendo sus historias y dolores, anotando meticulosamente sus acusaciones, es decir, recurrieron a Joan Garcés. Y el 5 de julio de 1996, la Audiencia Nacional autorizó que un tribunal de Valencia aceptara la acusación de un grupo de abogados españoles en contra de Augusto Pinochet y los otros miembros de la Junta por la muerte y desaparición de ciudadanos españoles en Chile. Sería el primero de muchos procesos criminales abiertos contra Pinochet: con el tiempo se fue agregando al dossier una larga lista de víctimas chilenas.

El único efecto aparente de tales esfuerzos fue que Pinochet se cuidó de no pisar territorio español, una prevención que jamás tuvo respecto a Inglaterra, un país que visitó con

frecuencia para ir negociando la adquisición de armas para los militares chilenos, transacciones que, se dice, les rindieron considerables beneficios financieros a él y a su familia. Y, como invariablemente era recibido en Londres y otros lugares con todos los honores y privilegios que acompañaban a su rango y pasaporte diplomático, Pinochet no dio señales de que esas ilusorias acechanzas de sus enemigos en el extranjero le preocuparan lo más mínimo.

Por mi parte, yo pensé que el General desafortunadamente tenía razón. Puedo recordar, de hecho, un día incierto —debió de ser a mediados de los noventa—, cuando recibí una llamada vehemente de mi amigo holandés Max Arian.

—Casi lo agarramos.

—¿A quién?

—A Pinochet. Descubrimos que estaba quedándose acá, en Amsterdam, en el Hotel Amstel, ¿sabes?, y Amnistía Internacional logró que un juez emitiera una orden de detención. Pero le avisaron y partió antes de que pasara nada. Por lo menos hicimos que tuviera que huir, que sudara la gota gorda.

Eso parecía ser el límite de esta cacería: hacerle sudar la gota gorda. O la gota flaca. Una tentativa altruista, casi quimérica, me dije, como tantas cruzadas emprendidas en el mundo de hoy por nobles y utópicos activistas que no quieren aceptar que sus causas no tienen ninguna posibilidad de éxito.

Y tal vez la historia me habría confirmado en mi diagnóstico pesimista si la tarea que se había impuesto Garcés no hubiera sido secundada por otro español, cuyo apellido, por extraña coincidencia, comenzaba por las mismas primeras letras, *g*, *a* y *r*. Baltasar Garzón había ganado notoriedad como el juez más joven de la Audiencia Nacional, procesando intrépidamente a traficantes de drogas y a miembros de ETA y, más tarde, a quienes, desde el gobierno socialista de Felipe González, habían organizado escuadrones de la muerte para eliminar a aquellos terroristas vascos. Desde 1996, Garzón había estado

investigando la muerte de ciudadanos españoles durante la dictadura militar argentina y había llegado a pedir la extradición de los oficiales argentinos responsables de aquellos crímenes. A mediados de 1998, Garzón se hizo cargo también de los casos que Garcés había estado interponiendo y que hasta entonces habían sido responsabilidad de otro juez.

Y cuando ambos —el abogado que había presentado las querellas y el juez que estaba tratando de determinar el mérito de esas acusaciones— fueron alertados por Amnistía Internacional de que Pinochet había ingresado el 8 de octubre en una clínica de Londres para operarse de una dolencia en la espalda y que sería, por lo tanto, incapaz de escaparse como lo había hecho cuando los holandeses intentaron detenerlo, cuando Garcés y Garzón se dieron cuenta de que su presa estaría inmovilizada durante los días siguientes, decidieron actuar.

Trabajando en forma secreta y apresuradamente, Garzón emitió una orden de arresto internacional, transmitida posteriormente a la Interpol, para que se detuviera al señor Augusto Pinochet Ugarte, un fugitivo de la justicia.

Fue una carrera contra el tiempo. El gran periodista Hugh O'Shaugnessy había publicado un artículo en el *Guardian* de Londres, el 15 de octubre, en el que denunciaba la presencia del General en Inglaterra y manifestaba su deseo de que el hombre que había torturado a la cirujana británica Sheila Cassidy y asesinado a tantos otros fuera por fin arrestado. Cuando la Embajada chilena le preguntó al Foreign Office si se sabía de alguna diligencia inminente, los británicos aparentemente ocultaron lo que estaba por ocurrir, respondiendo que no tenían ninguna información al respecto. Pero ya cundía el pánico entre el séquito de Pinochet y se habían puesto en marcha planes para una evacuación del ex dictador el 17 de octubre.

Demasiado tarde. La noche antes de la proyectada fuga, a eso de las nueve, el magistrado inglés Nicholas Evans, que se encontraba en su casa después de un largo día de trabajo,

aceptó firmar la orden de detención. Un par de horas más tarde, exactamente a las 23:25, detectives de Scotland Yard tomaron la London Clinic por asalto e informaron al hombre que había cometido el error de no matar a Joan Garcés de que estaba bajo arresto, le leyeron al General Augusto Pinochet todos los derechos de que disponía y le hicieron saber que el juez Baltasar Garzón le esperaba en Madrid para juzgarlo por genocidio y crímenes contra la humanidad.

* * *

Así que ahora me estoy despertando cada mañana un poco antes de que salga el sol. A las 4:58, para ser preciso. Es algo que me pasa día a día desde que detuvieron al General Pinochet, desde ese primer amanecer en Berkeley para ser aun más preciso, algo que no puedo evitar. Automáticamente se me abren los ojos a esa hora insana y prendo la radio en el silencio de mi casa de Carolina del Norte en los Estados Unidos y, sobreponiéndome a las imprecaciones impublicables de mi indignada mujer, espero con ansia el noticiero que la BBC de Londres transmite a las cinco de mi hora norteamericana, diez de la mañana hora inglesa. Algún reloj interior compulsivo me exige escuchar la última noticia, tengo que ser el primero en saber —in-me-dia-ta-men-te— el destino del dictador.

A pesar de mi premura, tengo claro que no será fácil ni tampoco rápido esté proceso contra el General Pinochet. A nuestro tirano se le están ofreciendo, como es justo, una tras otra, todas las prerrogativas que él les negó a sus víctimas. Nadie habrá de violar a sus hijas para extraerle una confesión, ni le van a meter un alfiler en los ojos para que no pueda identificar a sus carceleros, ni le van a colgar de los pulgares durante cincuenta días y cincuenta noches hasta que pida perdón, ni piensan cubrirle la boca con una venda y romperle los dientes para que no pueda hablar en su propia defensa. No se

le rehusarán abogados, a sus parientes no se les mentirá acerca de su paradero, no quedará sin atención médica. No tengo el menor problema con estos derechos de que dispone el General: como con todo ser humano nacido en este planeta, se debe presumir que es inocente hasta que haya pruebas que lo condenen. Pero, por cierto, tales garantías significan, en términos prácticos, que nos espera una penosa serie de intrincadas maniobras judiciales. Como en el caso de cualquier inculpado que tiene a su alcance recursos para pagar a los mejores defensores, el camino futuro se ve lleno de pleitos y apelaciones y audiencias y discusiones sobre este o estotro estatuto. Cada día ha traído y ha de traer todavía una y otra vez una nueva embestida contra la posible extradición del General. De hecho, la orden de detención provisional de 16 de octubre resultó ser insuficiente para retenerlo en Inglaterra, puesto que sólo mencionaba a ciudadanos españoles asesinados durante la primera década de la dictadura, lo que permitió al gobierno chileno impugnarla el 17 de octubre por no constituir un crimen extraditable en suelo británico; y Garzón tuvo cuidado, por lo tanto, de emitir una segunda orden el 18 de octubre, celosamente ajustada a la ley inglesa, que reconoce la tortura como una ofensa dondequiera que ese acto de tortura se haya cometido, lo que llevó a que Pinochet fuera detenido otra vez con nuevos cargos de genocidio y terrorismo. Esta nueva orden también ha sido recurrida por los abogados de Pinochet y en este mismo momento está discutiéndose un recurso de hábeas corpus ante la Divisional Court (también conocida como High Court), que exige que la acusación sea desestimada. Determinen lo que determinen esos tres jueces, lo que viene parece interminable: peticiones para revisión judicial y peticiones para que se revise la revisión, apelaciones y contraapelaciones, un grueso expediente que irá montando por la escalera jurídica inglesa hasta llegar a los *Law Lords* en la Cámara de los Lores, que actúan como un equivalente británico de las Cortes Supremas

de otros países. Y se trata tan sólo de una etapa preliminar que no busca sino resolver si esa detención es compatible con las leyes vigentes. Los expertos pronostican que, antes de que se termine de veras este pleito inagotable, se les van a requerir innumerables intervenciones a los Lores, sin tener en cuenta que el *Home Secretary* (el Ministro del Interior) puede, a su discreción, enviar de vuelta a Chile al anciano General, aduciendo razones humanitarias (dentro de un mes cumple 83 años). Aunque tal determinación parece por el momento improbable, de materializarse sería también recusada por el servicio legal de la Corona, que está actuando en nombre del juez español, y ahí vamos con otra retahíla de recursos y requerimientos...

Estos exhaustivos laberintos reglamentarios no deben hacernos perder de vista el significado último de lo que se disputa en el caso Pinochet, la enorme repercusión que pueden tener los veredictos en la legislación internacional, la trascendencia para los derechos humanos a escala mundial. Aun antes de que se dirima o siquiera se plantee el tema de la inocencia o culpabilidad del General, hay que enfrentar y clarificar un enjambre de otras incertidumbres. ¿Puede un ex Jefe de Estado ser procesado por crímenes que supuestamente se cometieron durante su gobierno? ¿La amnistía que se decretó en su propio país —o la inmunidad parlamentaria que se le extendió posteriormente en ese país— es aplicable en una nación extranjera? ¿Tiene alguna jurisdicción un tribunal foráneo en estos asuntos? ¿Qué tratados internacionales podrían permitir —o prohibir— tales intervenciones? ¿Puede una corte inglesa —o una española— escuchar denuncias que se refieren a transgresiones que se llevaron a cabo en Chile, aunque no incluyan a ciudadanos ingleses o españoles? ¿Cuándo pueden las leyes internacionales suplantar (algunos dirían desbancar) a las leyes nacionales? ¿Y cuáles serían las consecuencias para la soberanía nacional de concederle a tribunales

que están fuera del territorio propio el derecho a juzgar crímenes cometidos dentro de ese territorio? ¿Acaso países más pequeños deben temer que este tipo de acción contra Pinochet, si se hiciera una norma, se convertiría en otra arma más de los poderosos para interferir en sus asuntos internos? ¿O serán las naciones más potentes las que interpretarán un proceso de esta especie como una amenaza a sus propios líderes, que podrían ser detenidos en el futuro, acusados de intervenir de forma ilegal y violenta en la vida de naciones más débiles? ¿Cómo afecta el probable juicio contra Pinochet a la instauración de los tribunales internacionales que están tratando de establecerse como una respuesta a las atrocidades cometidas tan recientemente en los Balcanes y Ruanda, así como en décadas anteriores en Camboya o Etiopía? ¿Cómo se alterarán las acciones legales emprendidas en contra de otros dictadores que gozan en su exilio dorado del dinero sustraído a sus pueblos, como Hebré en Senegal, Duvalier en Francia, Idi Amin en Arabia Saudí, Stroessner en Brasil, Mengistu en Zimbabue? ¿Y qué será de los comandantes García y Vides Casanova, encargados de los escuadrones de la muerte en El Salvador, que se bañan contentos en las tibias aguas de Florida mientras a miles de refugiados de Centroamérica y del Caribe se les niega la entrada a los Estados Unidos? ¿Y cambiará algo en Cuba, donde Fidel Castro —el mayor enemigo que Pinochet tiene en el mundo— ha reaccionado de forma un tanto paradójica a la noticia de la detención del ex dictador chileno, proclamando su inquietud por este asalto a la inmunidad de los jefes de Estado y, según se dice, mandando a su guardia personal a que resista hasta la muerte si algún juez extranjero intentara algo similar con él durante uno de sus múltiples viajes? ¿El *affaire* Pinochet hará más difícil la retirada del poder de hombres fuertes como Mobutu o Milosevic?, ¿se le estará haciendo un flaco favor a pueblos como Liberia, Indonesia, Iraq, cuyos líderes preferirán luchar hasta el final

ahora que nadie les garantiza, como antaño, un lugar seguro en el extranjero donde pasar sus últimos días?

En resumen: en una época en que todo se está globalizando, capital y comunicaciones y modos de producción, ¿qué pasa con la justicia?, ¿cómo globalizarla también? En esta época en que a la humanidad se la está redefiniendo y unificando más allá de las fronteras, ¿quién habla en nombre de esa humanidad?, ¿quién juzga y castiga en nombre de la humanidad cuando miembros de nuestra especie han sido gravemente violados y sus derechos vulnerados por sus gobernantes?

Cómo extrañarse, entonces, si este proceso promete tardar muchos años. Con tantos intereses en juego... Los jugadores no son solamente, por un lado, el General y su caterva de abogados extravagantemente remunerados (y Pinochet puede pagarles bien si hay una pizca de verdad en los rumores insistentes de que su familia se ha enriquecido con el tráfico de drogas) y, por el otro, los fiscales británicos que actúan por cuenta del juez español y las víctimas. Un número formidable de otros actores, algunos visibles, otros escondidos en las sombras, están tratando de manipular el resultado del juicio, sabiendo, todos ellos, que la justicia, por mucho que se proclame su autonomía, nunca opera en el vacío y que finalmente fuerzas menos conspicuas, desde la diplomacia hasta la opinión pública, podrían terminar siendo las que determinen el desenlace de este asunto.

Aparte de los tres países directamente involucrados (Inglaterra, donde el General purga su arresto domiciliario; España, donde se originó esa orden de detención; y, por supuesto, Chile), hay otras naciones que empiezan a tomar partido en esta pelea. Fiscales de Francia y Bélgica, Holanda y Alemania, Suiza e Italia, están estudiando el asesinato durante la dictadura de Pinochet de sus propios ciudadanos y explorando, por ende, la posibilidad de tramitar sus propias órdenes de detención de Pinochet, poniéndose en fila para procesar al ex tirano

si los británicos llegaran a soltarlo. En cuanto a Estados Unidos, ha preferido mantener una prudente distancia del pleito por ahora, pero su gobierno no va a derramar lágrimas si el General se encontrara volando libre a casa en un *jet* que la Fuerza Aérea de Chile ha despachado a una base británica para ese propósito. No se trata tan sólo de que a los norteamericanos les preocupe el precedente que establece el espectáculo de un ex Jefe de Estado (o algún otro poderoso miembro de un gobierno) que tiene que defenderse ante un tribunal extranjero —y, en efecto, el nombre de Kissinger y el de George H. Bush y tantos otros empiezan a escucharse insistentemente como los próximos que podrían ser sometidos a un juicio por terrorismo internacional—. Igualmente inquietante para Washington es el hecho de que el caso se centre en Chile, cuya democracia fue desestabilizada y destruida por los Estados Unidos y donde cualquier prolongado proceso contra Pinochet habrá de revelar aun más detalles repugnantes de esa flagrante intervención. Además de poner sobre el tapete la escandalosa negativa de los norteamericanos mismos de exigir la extradición de Pinochet, para que responda en una corte de Washington del homicidio en la capital norteamericana de Orlando Letelier y su ayudante Ronni Moffett. Sólo por la presión de los Estados Unidos se ha logrado condenar y encarcelar en Chile (en una prisión de lujo construida para alojarlo) al hombre directamente responsable de ese atentado, Manuel Contreras, quien fuera jefe de la policía secreta chilena, y que ha sido, hasta ahora, nuestra mayor victoria en la lucha por alguna semblanza de justicia. ¿Qué pasaría si idéntica presión se llevara a cabo para pedir la cabeza del General Pinochet? ¿Cómo reaccionarían el público norteamericano y los medios de comunicación frente a ese juicio contra un ex Jefe de Estado que puso una bomba a diez cuadras de la Casa Blanca, en vista de que tal terrorista fue instalado en el poder por las agencias de inteligencia norteamericanas al servicio de corpora-

ciones multinacionales yanquis? Pero hay más: una parte significativa de la incriminación española contra Pinochet está basada en la Operación Cóndor, una conspiración terrorista que coordinaba, con ayuda de la CIA norteamericana, a los servicios secretos de Chile, Argentina, Bolivia, Brasil, Paraguay y Uruguay, para que persiguieran, torturaran y asesinaran a los disidentes políticos más allá de sus fronteras nacionales durante los años setenta, incluyendo el atentado en Washington y otro en Roma contra el demócrata-cristiano Bernardo Leighton, que fuera Vicepresidente de Chile. Para qué mencionar la ayuda que los militares chilenos le brindaron, a través de la Operación Cóndor, a Somoza, el tirano nicaragüense, y la asistencia que los argentinos le dieron a los escuadrones de la muerte en El Salvador, a petición expresa de los Estados Unidos*. Así que no me sorprenden los informes de prensa que aseveran que el gobierno chileno ha pedido a sus amigos del gobierno norteamericano que presionen a británicos y españoles a fin de que cierren este caso de una buena y eficaz vez.

Por ahora, no parece que los británicos estén dispuestos a cooperar. Se trata de un gobierno laborista y Jack Straw (el *Home Secretary*, que debe, en definitiva, tomar decisiones cruciales, bien permitir que la extradición proceda, bien llegar a interrumpir en algún momento el juicio por razones de mala salud o por la avanzada edad del General) visitó Chile durante los años de Allende y algo le debe de quedar de esa época en que era un joven socialista enardecido. Los ruidosos miem-

* Ésta fue una de las razones por las que los militares argentinos pensaban que podían contar con la neutralidad de Washington cuando invadieron las Malvinas en 1982. Claro que los norteamericanos prefirieron ser leales con sus aliados británicos de la OTAN; y se está haciendo manifiesto ahora que Pinochet ayudó secretamente en la guerra contra su vecino transandino, lo que aduce Thatcher para que el gobierno de Blair tenga que liberar al hombre que fue fundamental para esa victoria inglesa en el Atlántico Sur y, por cierto, en su reelección como Primera Ministra. ¡Qué vueltas de tuerca da la historia!, ¿no?



bros del ala izquierda de los laboristas, al igual que gran parte de la prensa inglesa y la *intelligentsia*, están gozando con la humillación de Pinochet y de su amiga del alma, la Dama de Hierro, que ha declarado absurdamente que el mundo debería felicitar al General por haber llevado la democracia a Chile, que es como si se estuviese alabando a la Thatcher por haber instalado el socialismo en Gran Bretaña.

En España, sin embargo, el gobierno conservador de José María Aznar hace todo lo que puede para obstruir y hasta para sabotear a Garzón. Aznar está preocupado por las amenazas, algunas veladas y otras bastante más francas y hostiles, de parte de la comunidad financiera de Santiago en contra de los enormes intereses económicos españoles en Chile. Pero el sentimiento popular antifascista es tan desbordante en España —las encuestas indican que cerca de un noventa por ciento quiere ver a Pinochet juzgado en Madrid, para hacerle al admirador y discípulo chileno de Franco lo que no pudieron hacerle a Franco mismo— que mantiene a Aznar a raya. Por otro lado, se anuncian elecciones en un par de años más y sería una pesadilla para los conservadores tener un juicio contra Pinochet durante la campaña, recordándole al público cada día las raíces de Aznar y compañía en el nacionalismo católico fascista que dio nacimiento tanto a Pinochet como a Franco y que la derecha necesita disimular si quiere ganar los comicios. Así que el gobierno español tratará de bloquear discretamente los trámites de la extradición, cuidándose de no crearse problemas de imagen. Hasta ahora, cada uno de los esfuerzos mezquinos de los funcionarios de Justicia del gobierno para negarle a Garzón el derecho a proceder —o, por ejemplo, para impedirle que agregue nuevos casos al dossier— se han visto repelidos por los tribunales de Madrid y denunciados en la prensa española.

Este plural juego de ajedrez, que se lleva a cabo en por lo menos tres continentes y con más vericuetos de los que es po-

sible anotar acá, se vuelve aun más enmarañado si agregamos a la mezcla a aquellos adalides y empresarios de la comunidad financiera internacional y a sus opulentos integrantes chilenos, todos los cuales recibieron colosales beneficios de la política económica de Pinochet cuando éste vendió a precios ridículos las empresas públicas mientras abría simultáneamente el mercado chileno a depredadoras compañías extranjeras, y que ahora, tal como los mercaderes de armas y los fabricantes de misiles, aviones, tanques, barcos, se sienten llamados a mostrar su agradecimiento por las desmedidas ganancias de dos décadas dictatoriales.

Otros protagonistas internacionales le son menos favorables a Pinochet. Resulta decisiva la presencia de los activistas en pro de los derechos humanos, una coalición de grupos que hace años que lucha por llevar a la justicia a gente como Pinochet y que tiene a su alcance recursos, experiencia y contactos. Amnistía Internacional, Human Rights Watch, el Centro de Víctimas de la Tortura, han pedido al tribunal que se les permita participar formalmente en la parte acusatoria y están recogiendo datos fervorosamente, ofreciendo conferencias de prensa, apareciendo en televisión, radio y diarios, con una gran parte de la información que suministran a la opinión pública conseguida de las asociaciones chilenas (muchas de ellas de origen religioso) que, casi desde el día del golpe, han estado documentando los abusos del régimen.

Todas estas organizaciones no gubernamentales están apoyadas por otro grupo protagonista cuya aparición es, por lo menos, sorprendente. Se trata del llamado *Piquete* de Londres. Desde todos los lugares del mundo —aunque principalmente de los países europeos—, centenares y a veces hasta miles de exiliados chilenos han convergido en Londres para rodear los diferentes sitios donde el conflicto se está llevando a cabo. Ahí se les puede encontrar cada mañana, cuando los abogados y los jueces llegan al tribunal, ahí están, golpeando

tambores y batiendo timbales, alzando pancartas bilingües cargadas de insultos y admoniciones, tomando la vía pública con incesantes montajes callejeros en que las máscaras y los disfraces y el *ketchup* en las camisas blancas representan para las cámaras televisivas el espectáculo inacabable de la perfidia del General. Muchos de quienes protestan son ellos mismos víctimas que nunca regresaron a Chile: hombres y mujeres que fueron encarcelados, apaleados, exiliados, que soñaban como yo con las manos de Pinochet durante los inagotables años de su odisea por tierras extrañas, y que ahora tienen a su enemigo ahí, cerca, a punto de sucumbir. Aunque tal vez más conmovedora sea la presencia de muchos jóvenes en ese *Piquete*, los hijos de aquellos que fueron desterrados veinte años atrás y que de pronto vuelven a descubrir una identidad chilena corroída por el tiempo y la distancia. Esos cuerpos —nacidos dentro y fuera de Chile, nacidos antes y después de la muerte de Allende— les dan a las acusaciones contra Pinochet un peso y una realidad indispensables. Y le están haciendo la vida miserable al ex dictador. Él no los dejó vivir en paz y ahora les toca a ellos devolverle el favor. Ya al otro día de su detención, se encontraban afuera de la Clínica, haciendo manifestaciones bulliciosas, con gritos y canciones, y los tambores, los tambores, los tambores, esa algarabía penetrando hasta Pinochet en su cama de recluso y forzando al gerente de la Clínica a pedirle al General (conocido jocosamente como *El Paciente Inglés*) y a su séquito que partieran pronto, antes de que los demás enfermos enloquecieran con la insistente batahola. Pero los miembros del *Piquete* han seguido a su enemigo hasta el próximo recinto —una institución donde reposan los vástagos trastornados de la más rancia aristocracia británica— y ha sido tal su estrépito y escándalo que Pinochet de nuevo ha debido mudarse, arrendando una casa en Surrey, a cuarenta kilómetros de Londres. Y por aquellos aledaños ha terminado el dictador, en una mansión carísima en el interior

de un vasto terreno cuyas rejas mantienen a raya a los manifestantes.

Ése es el lugar donde lo imagino cada mañana al despertar. Aprisionado tanto por los gritos incesantes de quienes lo acosan como por los policías de Scotland Yard, que no dejan de vigilarlo día y noche, minuto a minuto. Me gusta pensar en él en la madrugada escuchando el mismo programa que oigo yo, pensarlo encerrado y sin poder salir de ese recinto, ese hombre que levantaba un dedo, no necesitaba más que eso, levantar el dedo meñique, para que algún subordinado corriera a llevar a cabo sus órdenes, para que alguien muriera, y ahora sus ojos tratan de evitar la radio y ven la verde extensión de ese prado tan británico ahí afuera de la casa en que se encuentra confinado y de pronto entiende lo que significa estar lejos del hogar en una tierra hostil y extraña y escucha a lo lejos el eco de los tambores y quizás recuerde a los hombres y mujeres a los que ultimó y que han terminado por acorralarlo. Es una alucinación absurda la mía, porque el General no debe de escuchar la BBC ni tampoco sabe inglés y no está rondado, que yo sepa, por fantasma alguno, pero es mi manera de asegurarme de que, aun en el caso de que alguna corte lo libere, nadie podrá quitarnos estos instantes de su inconmensurable desesperación, un escarmiento superior y más minucioso de lo que jamás hubiéramos podido conjeturar hace tan sólo un mes.

Así que cada mañana despierto a esta alegría, la sensación de que se le está restaurando algún leve equilibrio a un universo imperfecto y dañado donde es tan raro que la maldad sea castigada.

¿Y si perdemos? ¿Qué pasa si fracasa esta posibilidad de juzgarlo?

No es una pregunta retórica. Justo ahora escucho por la radio —hoy, 28 de octubre de 1998— que la High Court (de apelaciones) británica ha decidido, por tres votos contra cero, que el senador Pinochet, por haber sido Jefe de Estado, tiene

inmunidad, aun si mandó matar a sus conciudadanos durante su Presidencia. Ambas órdenes de detención emanadas de España son ilegales y el juicio de extradición, por lo tanto, no debe proceder.

El fallo será apelado inmediatamente a la Cámara de los Lores por los abogados de Garzón, anuncia la radio. Y yo me pregunto con angustia si quizás este caso no va a terminar haciendo a los dictadores más invulnerables que antes, tal vez va a echar para atrás el movimiento en pro de una justicia global, tal vez Pinochet va a pasar a la historia como el tirano al que nunca nadie le pidió cuentas, un tirano más que se escapó de la justicia.

* * *

Lo que no es cierto es que ésta sea la primera vez que se enjuicia al General Pinochet. Su situación actual sólo es posible debido a que todos estos años lo hemos estado juzgando y condenando en el vasto espacio interior de nuestros sueños y nuestras expectativas, chilenos y extranjeros, sin dejar nunca de acusarlo, una y otra vez a partir del golpe militar, interrogando al General en mi mente porque no podía interrogarlo en la realidad, mordiéndome la lengua y remordiéndome la conciencia, forzándonos a aceptar que nunca tendría él que responsabilizarse del sufrimiento que causó, consolándonos con que éste era el precio que teníamos que pagar para que recuperáramos nuestra democracia.

En mi caso particular, deseaba yo con tanta desesperación este proceso contra Pinochet que llegué a profetizarlo, lo fui anticipando en mis escritos. Imaginé a una mujer, Paulina, que cree reconocer al hombre que la violó y torturó durante una dictadura demasiado parecida a la chilena. Hice que mi protagonista, tan consciente como yo de que el nuevo gobierno democrático tenía las manos atadas, secuestrara a ese hombre y

lo sometiera a juicio en su casa, lejos de los ojos del mundo. Le di rienda suelta a mi Paulina, permití que ella le dijera a él todas las cosas que yo le habría dicho al General, que tantos habríamos gritado por los techos de Santiago si no hubiéramos sofocado nuestra esperanza y censurado nuestras palabras, si no hubiéramos temido desestabilizar la transición y provocar al monstruo.

Y, sin embargo, por mucho que dejé que mi imaginación se liberara, por mucho que saboreé la puesta en escena de una sociedad que invierte su estructura de poder, donde los perseguidos de ayer se transforman en los cazadores de hoy, aun en una obra teatral, en que el autor supuestamente escribe lo que le da la gana, me encontré a regañadientes empujando a Paulina a una solución que ni ella ni yo queríamos y que no obstante parecía esperarnos inevitablemente a ella y a mí y al pueblo de Chile. Tuve que rematar mi juicio imaginario en un desenlace que tenía en cuenta la realidad de nuestro país y del mundo: mi protagonista, después de haber intentado devolverle alguna medida personal de justicia a una sociedad degradada, se encontró, a fin de cuentas, en una sala de concierto donde tenía que cohabitar con el doctor que le había hecho un daño irreparable, tenía que respirar el mismo aire que él y escuchar a su lado la misma música maravillosa de Schubert, ambos compartiendo el mismo país desdichado y pacífico y mentiroso. En *La muerte y la doncella*, escrita en 1991, apenas comenzada la transición, no podía yo, como no podía tampoco Paulina, imaginar otro final. Y cuando, cuatro años más tarde, filmamos la película con Polanski, de nuevo se impuso la misma solución en que víctimas y verdugos conviven lado a lado incómodamente. No estaba yo haciendo más que representar la tragedia de mi país y de tantos otros países de nuestro siglo impune, el hecho de que no podíamos enjuiciar a los torturadores. En el caso de Chile, ése fue el pacto implícito que habíamos firmado, el consenso precario al que

habíamos llegado. Nuestra ambigua libertad dependía de nuestra capacidad de tolerar la sombra del dictador, coexistir con su presencia y, de hecho, su omnipresencia. Coexistir con sus amenazas, con su incesante asalto a la memoria, con su exigencia de que las Paulinas de nuestro Chile fueran silenciadas y excluidas. Coexistir con sus nalgas firmemente, amargamente, instaladas en un sillón del mismo Senado que él mandó cerrar.

¿Es ésa la verdad de lo que somos? ¿El triste hecho de que la resistencia no fue lo suficientemente fuerte como para derrocar a Pinochet y el hecho más glorioso de que fuimos capaces, no obstante, de hacer ingobernable el país y negociar su salida del poder? Es una verdad que hay que tragársela porque es innegable: la parte del país que adora a Pinochet y controla las Fuerzas Armadas y casi todo el poder económico reaccionará violentamente si se le toca.

Y ahora, de pronto, aquella verdad se ha hecho añicos. De pronto, lo que no podíamos hacer, lo que deseábamos y temíamos, ha llegado a suceder, con fuerzas extranjeras que llevan a cabo lo que Paulina sólo se atrevió a intentar en la privacidad de su hogar.

¿Estallará también nuestro país?

Es lo que me pregunto en este momento en que viajo de retorno a Chile por primera vez desde que al General Pinochet lo detuvieran hace menos de un mes. Estoy retornando para recibir, junto a mi amigo Antonio Skármeta, a un grupo de escritores sudafricanos y australianos que viajan a Chile para descubrir lejos del Norte aquellos vínculos y sutiles alianzas que conectan a los pueblos del Sur. Cuando planificamos esta reunión, *Escribiendo el Sur Profundo*, más de un año atrás, no teníamos la menor idea de que nos encontraríamos con Pinochet detenido en Londres y el país trastornado. Y ahora tendremos que hacer de anfitriones de Nadine Gordimer y Peter Carey, de André Brink, Helen Garner y Wally Serote, mos-

trándoles un pueblo que está avanzando por un camino incierto.

¿Qué habremos de encontrar?

¿Estamos dispuestos a escuchar a la multitud de nuestras Paulinas? ¿Podemos romper con la relación de adicción que hemos mantenido con un dictador que se ha comportado siempre con nosotros como uno de esos padres abusivos que no permiten a sus hijos contar su versión de la realidad? Y, si nos ponemos a contar por fin esa versión nuestra de la historia, ¿estaremos invitando a las fuerzas que despedazaron a Chile en el pasado reciente a que se vuelvan a confrontar con una ferocidad renovada, destruyendo la transición?

Cada vez que me hacía estas preguntas en el pasado, Pinochet siempre estaba allá para responderlas, allá, en el centro oscuro y tóxico de nuestro ser, restringiendo lo que podíamos y no podíamos hacer, decir y querer.

Ahora se lo han llevado y estamos solos con nuestro propio temor.

¿Será diferente esta vez?

He tratado de ir acorralando a Pinochet, ir cercándolo. Pero hay peligro en ese cerco, esta cercanía. Quienes se han aproximado a él en el pasado lo han pagado caro.

Tomemos el caso de José Tohá.

Siempre había admirado a Tohá, uno de los periodistas más finos y combativos de Chile, y me agradó descubrir, cuando comencé a salir en los años sesenta con Angélica, mi futura esposa, que él era un buen amigo de su padre, Humberto, casi como un tío. Me dijo que Pepe Tohá la había tenido en sus rodillas a la salida del Café Haití, que le contaba cuentos, que jugaba con ella. Podía imaginarme la escena, el contraste de una Angélica muy pequeñita (aún hoy ella sigue siendo más bien diminuta) con un José Tohá extremadamente alto (más aun en un país como Chile, donde la gente no es muy grande), un Tohá muy flaco que, con su perilla de chivo y su lenta y deliberada cortesía se parecía misteriosamente a Don Quijote. No era ése el único recuerdo que Angélica tenía de él: se acordaba de Tohá como un conversador infatigable, tomando café durante horas y discutiendo política con Humberto y soñando con otros amigos acerca de una prensa chilena verdaderamente libre, soñando con un Chile liberado.

Tohá llegó a ponerse al servicio de esa visión de un país diferente y justo cuando Salvador Allende lo nombró, en 1970, para el puesto más importante del gabinete, el de Ministro del Interior, que en Chile hace las veces de Vicepresidente cuando el Primer Mandatario se ausenta al extranjero.

Más tarde, durante varios años, Tohá se hizo cargo del delicado Ministerio de Defensa y fue así como llegó a conocer al General Pinochet y a su esposa, Lucía, como Tohá y su mujer, Moy, llegaron a creer que Augusto y Lucía eran sus amigos. El 10 de julio de 1973, de hecho, solamente tres meses antes del golpe, cuando Tohá dejó de ser Ministro de Defensa, Pinochet le mandó una nota personal diciendo que el General esperaba que ellos pudieran recibirlos en su casa cuando Lucía volviera de un viaje, asegurando a José y a Moy su amistad perenne.

En nombre de aquella amistad, de los regalos que Pinochet le había hecho a los niños Tohá (¡hasta soldaditos de juguete para el hombrecito!), de las cenas que habían compartido, Moy fue a ver al General a sus oficinas del Edificio Diego Portales un día de mediados de marzo de 1974. Tal vez confiando en ese afecto, José Tohá se había entregado voluntariamente a los insurgentes el día del golpe, con el resultado de que tuvo que pasarse los siguientes seis meses, junto a otros ex ministros de Allende, en la Isla Dawson, un roquerío ventoso y áspero de la Patagonia. Los prisioneros recibieron todo tipo de maltratos en esa isla inhóspita y Tohá fue el que más sufrió y con quien más se ensañaron. Tal es así que terminó enfermándose de gravedad y la Armada tuvo que llevarlo primero hasta un hospital en Punta Arenas y posteriormente a una unidad militar de Santiago. A Moy le habían informado de que su marido estaba en peligro inminente. Ella ya había visto a Pinochet unos días después del golpe, pero en ese encuentro—del que ofrecemos un recuento minucioso más tarde en este libro— Moy fue acompañada por dos esposas de ex ministros de Allende cuya presencia no favorecía que ella le recordara al General los lazos de cariño que alguna vez les habían unido. Ahora, desesperada, iba a pedirle una entrevista privada a Pinochet y, para su gran sorpresa y sólo después de medio día de espera, había sido admitida a su presencia.

Años más tarde, Moy me contó la historia de ese encuentro. No tomé en ese entonces, por cierto, notas de lo que me relataba y prefiero, por lo tanto, transcribir la versión que ella le dio a nuestro mutuo amigo Julio Scherer García, que debe de ser el más astuto y tenaz periodista de América Latina:

«Su aspecto era amable —recuerda Moy—. Me dijo: “Señora, ¿qué se le ofrece?”. Perdóneme, le contesté, no vengo a hablar con el Presidente de la Junta de Gobierno, vengo a hablar con Augusto Pinochet, a quien conozco desde hace tiempo... Vengo a pedirte que me devuelvas a mi marido inmediatamente. Quiero que me lo devuelvas porque está mal, porque ha habido problemas, porque ha sido sacado de su recinto hospitalario sin autorización médica. Cualquier cosa que le pase en este momento puede ser gravísima. Necesito verlo, necesito estar con él. Quiero que me lo devuelvas».

«Me dijo: “No me puedes pedir esto. Esto no lo puedo hacer yo. Seguramente la FACH (Fuerza Aérea de Chile) tendrá algún cargo contra tu marido. Tú tienes que agradecerme, Moy, que me hayas pedido audiencia y en menos de doce horas te haya sido concedida. Tienes que pensar en la cantidad de gente que me ha esperado durante meses para que yo la recibiera”».

«Lo miré con extrañeza. Tú nunca tuviste que pedir audiencia para llegar a mi casa. Llegaste y fuiste bien recibido. Fuimos amigos con ustedes, los sentimos nuestros amigos».

«Se paseaba de un lado a otro del salón. “Yo no me comprometo a nada”, me decía. “Sí, Tohá fue amable conmigo, tú también”. Entremedio gritaba. Decía cosas como que la Téncha (la viuda de Allende) iba a ser declarada apátrida. Tomaba agua y gritaba muy fuerte. ¿Por qué gritas tanto? Hace ya mucho tiempo que no te puedo oír ni en la tele, gritas demasiado. Me contestó: “Eres igual a mi mujer. Me dice que grito el día entero. Pero yo ya soy viejo y sigo gritando, no puedo cambiar”. Le dije: Hace seis meses eras igual de viejo que

ahora, pero eras un viejo simpático, ahora eres un viejo gritón. Me miró y me sonrió. Me recordó un poco al antiguo General Pinochet».

«Pasaban los minutos y yo insistía en explicarle la situación de José. “Si hago algo —me dijo—, lo voy a hacer para ese niño chico, que merece un padre.” Le contesté: De ese niño chico me encargo yo, que soy su madre. Si tú haces algo será porque reconoces que José era un ser maravilloso, el ser humano a quien tanto conociste. Si haces algo será porque le tienes respeto. Pinochet seguía paseándose y seguía hablando. “No puedo hacer nada, no me comprometo a nada”. Como no avanzábamos, le dije que me iba. Me contestó: “Mira, lo único que puedo hacer es apurar el proceso. Voy a hablar con el fiscal para que tengas facilidades y puedas ver a tu marido”».

Aquella fue la última vez que Moy vio a Pinochet —ese viejo amigo que no cumplió su promesa—. Dos días más tarde le informaron de que José Tohá se había suicidado, colgándose con su propio cinturón en la celda del hospital militar en el que lo habían confinado.

Moy rechaza esa versión de la muerte de su marido.

José Tohá se encontraba en un estado extremo de desnutrición y pesaba solamente 49 kilos al morir y no tenía fuerzas para suicidarse. Y, como era más alto que los muros de su celda, habría sido imposible que se colgara de los barrotes.

Versiones divergentes.

¿Cómo saber a ciencia cierta lo que de veras le pasó a José Tohá?

Angélica lo sabe. Angélica lo supo, apenas yo le conté, esa noche en nuestro hotel, cuando le conté en el exilio de esa habitación de hotel, aquella noche de marzo, que Tohá había muerto.

Durante seis meses, Angélica había visto a su país —y su vida— desmoronarse. Había sobrevivido a la demolición de sus esperanzas, a la dispersión de su familia, al asesinato de su

Presidente, había escuchado una y otra vez acerca del destino de los amigos desaparecidos y encarcelados y muertos y desterrados y no había derramado ni una lágrima. Ni una. Como tantos sobrevivientes de un naufragio, tantos que han pasado por situaciones extremadamente traumáticas, ella había controlado sus emociones, no había permitido que su trauma le desbordara.

Cuando oyó que Tohá había muerto, sin embargo, se quedó sin defensas —comenzó a llorar con una brutalidad tan repentina y total que no supe qué hacer, cómo consolarla, no había respuesta posible ante un llanto tan desmedido—. Lo único que ella murmuraba, sollozando la misma frase una y otra y otra vez: «Los van a matar a todos, los van a matar a todos».

Lo que queda flotando es una última pregunta: ¿por qué, entre todos los ministros de Allende, mataron a José Tohá, uno de los seres más gentiles y hermosos que yo haya conocido?, ¿por qué precisamente a ese hombre al que uno hubiese esperado que un soldado victorioso perdonase?

Incomprensible, a menos que entendamos que eso puede haber sido lo que terminó condenando a Tohá, que el General Pinochet deseaba eliminar a cualquiera que lo hubiera conocido desde antes. Sobre todo al hombre que lo había visto sonriendo a Allende y a sus ministros, que había visto esas manos escanciando vino para las mujeres de los ministros, el hombre que más le recordaba a ese General la lealtad envilecida.

Yo creo que por eso asesinaron a José Tohá.

Cometió el error de acercarse demasiado al General.

*L*a agencia de noticias ANSA ha publicado un despacho de su corresponsal en Madrid, Mónica Uriel —fechado el 5 de noviembre de 1998—, en que detalla las posibles preguntas que Baltasar Garzón le prepara a Pinochet por si llegara a haber un careo con él. Habiendo establecido la lista de campesinos ultimados, obreros, estudiantes, cinco ejecuciones en Curacaví, trece en Osorno, diecinueve en Yumbel y Laja, dieciocho en Paine, seis en Pisagua, veintidós en Valdivia, cuatro en Cauquenes, trece en Mulchén, nueve en San Bernardo, setenta y dos presos políticos en La Serena, Copiapó, Antofagasta y Calama, Garzón procedería al interrogatorio.

¿Cómo fue creada la DINA (Dirección de Inteligencia Nacional, la policía política)? ¿Dependía directamente de usted, como confesó su director, el coronel Manuel Contreras, el año pasado? ¿Cómo daba las órdenes de ejecución? ¿Qué estructura jerárquica utilizaba para dar este tipo de órdenes, la estructura jerárquica militar o una estructura paramilitar dirigida por la DINA? Y ¿por qué no utilizó las convenciones de Ginebra si usted creía que estaba aplicando un plan de batalla con operaciones militares públicas? Y en los centros clandestinos tales como Villa Grimaldi, ¿de qué forma se establecía la estructura de mando para determinar las personas a las que había que secuestrar? ¿Y cómo la DINA coordinaba con Argentina, Paraguay y Uruguay, y específicamente con el almirante argentino Eduardo Massera, acciones tales como la Operación Colombo, por la que 110 chilenos desaparecidos en 1974

fueron «encontrados» en Argentina con identidad de argentinos? Y respecto a la Operación Cóndor y el intento de asesinato en Roma del ex Vicepresidente Bernardo Leighton por los neofascistas italianos Licio Gelli y Stefano delle Chiaie, ¿qué les dijo a esos neofascistas cuando, en 1975, se reunió con ellos en Madrid con ocasión de los funerales de Franco? La relación con ellos, ¿se coordinaba directamente desde Chile o se hacía a través de la Embajada chilena en Roma?

Y hay otras preguntas que yo agregaría y que quizás estén en la lista de Garzón pero que no se detallan en el despacho de ANSA: respecto al asesinato del ex Comandante en Jefe del Ejército Carlos Prats, ¿por qué el consulado chileno les negó a él y a su esposa un pasaporte cuando él insistía en que deseaba dejar la Argentina porque se sentía en peligro? ¿Y cómo responde a la confesión del mismo comando paramilitar que llevó a cabo el magnicidio de Letelier en Washington y los intentos de asesinato en Roma y México?, ¿cómo responde a su confesión de que ellos también fueron los responsables de la bomba que mató al general Prats y a su mujer?

Y enseguida, Garzón le entregaría a Pinochet una lista de 510 oficiales chilenos, comenzando con el ya mencionado Manuel Contreras, para el hombre que fue, después de todo, el Comandante en Jefe del Ejército y como tal tuvo que aprobar personalmente la promoción de cada uno de esos oficiales; Garzón le pediría a Pinochet que identificara uno a uno a los comandantes en esa lista y que declarara las misiones que se les encargaron y cómo recibían las órdenes para efectuar esas misiones.

Y unas preguntas que estoy seguro no están en la lista de Garzón y que yo estoy esperando hace tiempo dirigirle a Pinochet:

Dígame, General, ¿qué hacía usted el 12 de septiembre en el Regimiento Tacna? ¿Recuerda usted unas barandas hechas con cañones antiguos de carabinas detrás de las cuales usted podía

observar sin ser observado? ¿Recuerda usted cómo miraba la tortura de los colaboradores del Presidente Allende en esa pieza contigua? ¿Claudio Jimeno y Enrique París y Jorge Klein y Jorge Barros y Arsenio Poupin? ¿Cómo responde a las acusaciones del mayor (retirado) Enrique Cruz —hoy Jefe de Seguridad del Senado chileno— de que él lo vio ahí ese día presenciando los tormentos infligidos a esos hombres que lo habían visto a usted sólo dos días antes haciéndole venias al Presidente, asegurándole que usted iba a desbaratar cualquier conspiración? ¿Niega lo que el mayor (retirado) Fernando Reveco ha firmado en una declaración jurada, que de hecho usted estaba presente en ese regimiento aquel día? Y una última pregunta: ¿necesitaba ver la tortura de esos hombres?, ¿eso lo hacía también, como todo lo que ha dicho que hizo, por el bien de la patria?

Por el bien de la patria.

Sus propias palabras. Para justificar el uso de la tortura.

Fue a principios de 1974. El Obispo luterano Helmuth Frenz y su colega el Obispo católico Monseñor Enrique Alvear habían ido a visitarlo a sus oficinas del Diego Portales, el colosal edificio que Salvador Allende había inaugurado unos años antes, cuando las naciones del mundo se habían congregado en Santiago para la UNCTAD, un encuentro que se convino para discutir cómo lograr que las naciones subdesarrolladas del mundo salieran de la miseria, cómo lograr cambios en las políticas de los países más prósperos. Antes de que usted lo derrocara, Allende había estado haciendo planes para convertir ese gigantesco inmueble en un palacio de los niños de Chile. Ahora, con La Moneda en ruinas, usted lo había convertido en su palacio particular. Fue allí donde finalmente se dio el gusto de recibir a Frenz y Alvear, los copresidentes del Comité Pro Paz, ¿se acuerda de esa organización ecuménica que fundaron los más importantes grupos religiosos chilenos para proteger a las víctimas de la dictadura y que poco después usted iba a encargarse de abolir?

Tratando de no alienar al Presidente de la Junta, demasiado conocido por sus repentinas rabietas, los dos obispos habían decidido no hacer uso de la palabra «tortura», sustituyéndola por «presiones físicas». Y, sin embargo, fue usted mismo quien, sin remilgos, pronunció esa palabra embarazosa, una vez que había revisado cuidadosamente y en silencio un grueso paquete de documentos en los que se elaboraba de forma meticulosa y detallada lo que iba sucediendo en cientos de recintos secretos de todo el país, fue usted el que corrigió a Frenz y Alvear cuando ellos intentaban explicar con circunloquios a qué se referían.

—Quieren decir tortura— dijo usted cuando ellos hablaron de presiones físicas.

Y cuando Frenz y Alvear asintieron, usted no volvió a interrumpirlos y les dejó que terminaran una larga letanía de quejas y reclamaciones, usted oyó calmadamente esa exigencia de que se acabaran tales prácticas. Entonces le tocó a usted hablar: «Miren, ustedes son sacerdotes y trabajan en la Iglesia. Ustedes pueden permitirse el lujo de ser misericordiosos y benevolentes. Yo soy soldado y tengo, como Jefe de Estado, la responsabilidad de todo el pueblo chileno. El bacilo del comunismo ha invadido al pueblo. Por eso tengo que exterminar al comunismo. Los comunistas más peligrosos son los miristas. Hay que torturarlos, si no, no cantan. La tortura es necesaria para extirpar al comunismo. Por el bien de la patria».

Y entonces usted se levantó y escoltó a los dos obispos hasta la puerta. Helmuth Frenz nunca lo volvió a ver, pero estoy seguro de que usted no ha olvidado esa reunión. ¿Se dijo a sí mismo, más tarde, que esa admisión fue un error, que no debió decirles nunca que sabía lo que pasaba? ¿O simplemente a usted no le importó, tan impune se sentía? De todas maneras, le mandó un último mensaje a Frenz, se comunicaron una vez más. Fue en junio de 1975, cuando usted decidió prohibir el Comité Pro Paz, usted firmó una orden expulsando a Frenz, que había nacido en Alemania, del país. Pensando que así bo-

rraba también la presencia de ese obispo molesto y las palabras que él escuchó, borrándolo de Chile.

Pero aquellas palabras están acá, esperándolo en un futuro que ya no puede borrar. Tal como no puede borrar las preguntas que Garzón le prepara, esas preguntas a las que dentro de poco tendrá que responder una por una, que los chilenos hemos estado esperando más de dos décadas para hacerle llegar, que hace tanto tiempo hemos ido formulando muy adentro de nuestra soledad y que ahora, por fin, van a ser respondidas, una tras otra.

Es la primera vez que viajo a Chile sin tener que respirar el aire que él respira, es la primera vez que el General no va a estar. Me lo digo con alegría, casi como una plegaria, casi como si pensarlo fuera una manera de recuperar un momento en la historia en que el General no estaba en el centro nebuloso y repetido de nuestro quehacer nacional, cuando yo no había jamás escuchado su voz gruñéndome por el teléfono, cuando casi ninguno de nosotros conocíamos ese nombre, Augusto Pinochet.

La paradoja que me asalta, sin embargo, apenas piso territorio nacional a mediados de noviembre de 1998, es que nunca estuvo el General tan presente en Chile como ahora que está ausente, ahora que no tiene libertad, ahora que está viejo y enfermo y no sabe qué destino le espera. Éste es un país obsesionado con el General Pinochet. Su retrato me persigue desde mil ventanas embanderadas, sus ojos vigilan desde la primera plana de los periódicos («El Chileno Más Importante del Siglo», anuncia un suplemento del diario derechista *La Segunda*), su nombre chorrea en los muros («Pin8 tus crímenes no tienen fronteras»), su caso está en labios de todos, cada persona con que me topo lo discute como si nuestro futuro dependiera del suyo, como si no hubiera otro tema en el universo. Nunca como ahora ha estado el remoto General Pinochet metido tan adentro de la vida de los chilenos, flotando tan adentro de la mente de mis compatriotas, nunca como ahora el ex dictador nos ha dividido tanto. Una parte del país está indignada,

otra parte no oculta su jolgorio y muchos se sienten extrañados y ambiguos e incómodos, su deseo de justicia entrecruzado y bloqueado por su preocupación de que la democracia no sufra, inquietos porque la suerte del país parece estar dirimiéndose en Inglaterra y en España y no acá. Yo había sentido una similar desazón durante mi ceremonia cotidiana en la oscuridad amanecida cuando escuchaba los boletines informativos de la BBC en la lengua de Shakespeare. Tiene algo de malsano y hasta de enfermizo que el destino último de un país dependa de jueces españoles, policías ingleses, un *Home Secretary* británico que puede que siga fiel a los sueños revolucionarios de su remota juventud. Víctimas y no protagonistas, corremos el riesgo de quedarnos a solas con la sombra maligna de Pinochet, sin poder purgar su legado, incapaces de confrontarlo en nuestra propia tierra y desde nuestro propio idioma.

La gente por acá intenta, por cierto, volver a sus actividades cotidianas, ignorar la crisis que se avecina, pero no es fácil. El otro día, tomándonos unas horas libres de nuestros escritores amigos de Australia y Sudáfrica, me fui con Angélica a recorrer el centro. De repente escuchamos un redoble de tambores y vi en la lejanía banderas rojas que flameaban por el caluroso aire preveraniego del Paseo Ahumada. Se me ocurrió que debía de ser otra marcha para exigir que el General fuera extraditado a España. Pero se trataba de unos cien alumnos universitarios ataviados como bufones medievales, sus caras pintarrajeadas de colores diversos, algunos avanzando sobre zancos y otros dando brincos, una alegre caravana que traviesamente invitaba al público a un Festival de Teatro Universitario. Era una celebración carnavalesca del arte, llena de malabarismos, trucos y buen humor.

Y, sin embargo, apenas habían pasado los jóvenes, a unos veinte metros, apareció otro grupo, marchando de forma lenta y solemne sobre el mismo cemento: las madres y las hermanas y las mujeres de los desaparecidos, la asociación de parientes

de ejecutados políticos, miembros de un movimiento contra la tortura. Aquí estaban las mujeres que, durante más de veinticinco años, han alimentado el fuego de la memoria, rehusando olvidar a los amados y amantes que sucumbieron en algún sótano inmundo y oscuro en esta misma ciudad. Habían esperado el día en que el hombre que se había burlado de ellas ya no pudiera seguir ignorándolas, que ese hombre tuviera que hacerse responsable públicamente de sus violaciones de los derechos humanos. Esas mujeres cantaban casi calladamente por el paseo peatonal, las manos entrelazadas, las fotos de sus muertos colgando de sus vestimentas, recordándonos, a mí y a los otros espectadores que habían salido de compras o estaban saboreando un helado de frutilla o se encontraban a punto de entrar en un cine a ver una película de acción de quién sabe qué superhéroe que derrota la maldad en noventa rápidos minutos, recordándonos el abismo que existe entre la multitud danzante y multicolor de esos jóvenes universitarios que respiran la vida como si fueran inmortales y el dolor intolerable de esas mujeres que no están dispuestas a olvidar, un abismo cavado por la memoria misma. Chile es un país donde algo tan normal y esplendoroso como un grupo de jóvenes alborozados y alborotadores se encuentra impugnado por un pasado traumático que se niega a desaparecer. Un país donde no podemos seguir con la vida ordinaria hasta que las vidas extraordinarias que fueron destruidas acá se reconozcan como parte de una historia de la que somos todos responsables.

El camino que todavía queda por recorrer si queremos que esta tierra tan fracturada se regenere se complicó aun más con la irrupción casi inmediata de un tercer Chile. En ese mismo momento escuché una voz femenina a mis espaldas: «¡Comunistas de mierda! ¡Mentirosos! Deberíamos haberlos matados a todos». Me di vuelta y vi a una mujer delgada, vestida a la moda, que llevaba elegantemente sus sesenta años de edad, quintaesencia de «momia», como la habríamos llamado

en nuestros tiempos allendistas. Retrógrada, agraviada y agria, había espetado las palabras como para sí misma, pero asegurándose de que los demás transeúntes pudieran registrarlas con claridad.

Viendo a esa mujer que miraba con furia la misma silenciosa marcha de madres que a mí me producía tanta emoción, viendo su cuerpo rígido, su recalcitrante inhabilidad para comprender el dolor ajeno, me sentí retornado a los peores momentos —no de la dictadura, sino de las protestas fascistas contra el gobierno de Allende en los años setenta—, y sentí que un temor irracional se anudaba en mi estómago. Yo sabía a lo que puede conducir ese odio, yo sabía qué pasa cuando una mujer como ésta se alza con todo el poder y hace lo que le da la gana y cree que jamás nadie le va a pedir cuentas, yo lo sabía y ella me lo estaba recordando, decía esas palabras para que personas como yo nunca olvidáramos quién había ganado esta guerra. Y supe algo más en esa esquina: el General Pinochet es el ancla de la identidad de esa mujer y ella no iba a permitir, por nada del mundo, que se le juzgara. Y aquella buena dama representa ni más ni menos que a un tercio del país, el tercio que controla el poder económico y los principales medios de comunicación y también, por cierto, las Fuerzas Armadas. Un tercio que ha mandado durante décadas y quizás siglos en Chile pero que ha descubierto que no manda en el extranjero —por lo menos, por ahora—. El futuro del país no se puede construir con esa mujer. Y, sin embargo, tampoco puede imaginarse y armarse ese futuro sin ella.

Chile es un país quebrado, donde la distancia entre la tristeza inconsolable de las víctimas y la arrogancia ciega de sus perseguidores parece infranqueable, poseídos todos nosotros por un abismo que promete durar más allá de la muerte de sus múltiples protagonistas.

Este abismo se ha acrecentado y profundizado con la detención de Pinochet. Las organizaciones de derechos humanos

se han volcado a las calles en favor de la extradición, llevando a cabo actos masivos que, desafortunadamente, degeneran con demasiada frecuencia en actos violentos cometidos por jóvenes lumpen infiltrados en la manifestación, pero mucho más impresionante y febril ha sido la reacción de la derecha. Sus sectores más recalcitrantes han salido a vociferar su odio con un fervor que me retrotrae de golpe a los años de la dictadura en que ellos detentaban el poder absoluto y se creían impunes. Los veo enloquecidos, dispuestos a paralizar el país si no se cumple su voluntad. Ha vuelto el tiempo de las amenazas telefónicas anónimas, el tiempo en que disentir es sinónimo de antipatriotismo, el tiempo de la autocensura. Utilizando sus enclaves en el mundo de los negocios y la política, presionan al gobierno de Chile para que rompa relaciones con España y Gran Bretaña en nombre del «anticolonialismo», una absurda declaración en boca de quienes conspiraron con los yanquis para derrocar a un gobierno constitucional y siempre han vendido al país al mejor postor extranjero.

Y el gobierno democrático de centro-izquierda del Presidente Frei, entre tanto, trata de navegar en estas aguas tan turbulentas y confusas, buscando mantener el consenso que durante esta enredada transición ha hecho gobernable esta nación ahora nuevamente escindida por los enfrentamientos del pasado. Y asistimos entonces al espectáculo inverosímil de funcionarios que fueron perseguidos y exiliados por Pinochet y quisieran verlo, de haber condiciones para ello, juzgado acá en Chile, vemos a estos ministros y políticos (entre ellos varios de mis mejores amigos) cogidos en la trampa que se llama Razón de Estado, apareciendo como defensores de un militar que desprecian y arguyendo la necesidad de que Chile se ocupe de sus propios asuntos. Los portavoces del gobierno señalan que el juez chileno Juan Guzmán, con lentitud y tenacidad, está llevando a cabo una serie de investigaciones sobre la reponsabilidad de Pinochet en la desaparición y la tortura de

opositores a su régimen. Estas pesquisas no han conducido todavía a ninguna incriminación y me parece (a mí y a la mayoría de los chilenos) que es improbable que esa indagatoria termine en un juicio o una condena. El Ejército jamás permitiría que su bienamado líder fuera humillado en una corte chilena. En el mejor de los casos, insistirían para que él fuera juzgado ante un tribunal militar —que indudablemente lo declararía inocente—. Sin olvidar que, como Senador Vitalicio, el General goza de inmunidad parlamentaria.

Dada la engorrosa situación que acabo de describir, no es extraño que muchos prominentes chilenos (y no sólo los cómplices derechistas de los crímenes de la dictadura) proclamen que el juez Garzón le ha hecho a Chile un flaco favor, que el juicio que pretende hacerle a Pinochet pone en jaque una delicada transición que es una injerencia foránea que no nos permite resolver a nuestro propio ritmo el terrible legado de la dictadura. Esperan que el retorno de Pinochet al país, dictaminado por la Corte de Apelaciones Británica, la British High Court, ayude a Chile a retomar el complejo camino de esa transición exitosa.

Yo creo, por el contrario, que la detención del General y la posibilidad de que se le juzgue allá lejos, en un país lejano, por el dolor y la muerte que desató acá ponen de manifiesto repentinamente para todos los chilenos, como una bofetada, la verdad de nuestra historia reciente: nosotros hemos sido, todavía somos, rehenes del General Pinochet.

Es hora de que esta situación vergonzosa se termine, esta reconciliación falsa que demandaba a las víctimas que olvidaran lo que habían sufrido mientras que nadie le exigía al grupo dominante de ciudadanos privilegiados que habían infligido ese sufrimiento que se arrepintiera. Esta crisis nacional revela cuán insegura y frágil viene a ser nuestra transición. Si nuestros amigos extranjeros han intervenido en nuestros asuntos internos, es porque nosotros mismos no hemos intervenido

en esos asuntos con suficiente entereza. Si ellos nos recuerdan el terror de las víctimas, es porque nosotros como nación no lo hemos recordado como debíamos. Si ellos creen legítimo juzgar a Pinochet afuera, es porque nosotros no lo hemos juzgado acá adentro. Y aunque me parece que es imprescindible un juicio regular en nuestros tribunales, más crucial y primario y anterior es otro tipo de juicio, uno en que participemos todos, desnudando el pasado hasta que temblemos, mirándonos las caras hasta que nos duela, contándonos las verdades que hemos escondido, poniendo nuestro miedo sobre la mesa, incorporando las vidas perdidas de nuestras víctimas al centro de nuestra mirada, asignando responsabilidades y confesando culpas y, tal vez lo más difícil, por lo menos para mí, aceptando que el General Pinochet es parte imborrable de la historia nacional. Lo que falta, entonces, es tener el coraje moral para completar, de una vez por todas, esta interminable transición.

Esta es la tarea tantas veces postergada si queremos un país diferente donde algo tan normal y maravilloso como un desfile de jóvenes que danzan la desbordante felicidad de estar vivos en las calles de Santiago nunca más sea seguido por la angustia traumática de víctimas que exigen justicia. La tarea de convertir a Pinochet en una mala memoria. La que nadie puede hacer por nosotros, de la que ni los ingleses ni los españoles nos pueden salvar.

Una tarea pendiente si Pinochet se queda para siempre en el extranjero o si los británicos lo mandan de vuelta por indeseable a este Santiago donde sigue tan presente como si no se hubiera ido nunca.

* * *

¿Tiene algún significado que la Cámara de los Lores —*the House of Lords*— haya decidido dar a conocer la decisión de

los cinco jueces, los *Law Lords*, precisamente el 25 de noviembre de 1998, el día en que Pinochet cumple 83 años? ¿Habrán decidido los Lores otorgarle su libertad como un regalo de *happy birthday to you, dear Augusto*? ¿O se trata de una broma cruel y eligieron esa fecha porque piensan revertir el dictamen de la High Court, que denegó la extradición del ex dictador a España?

Hay expectación en la venerable cámara de Westminster. Cada uno de los *Law Lords* dirá algunas palabras para solicitar a los colegas, abogados, espectadores y periodistas que consulten, si lo desean, los extensos escritos justificatorios.

El primero en levantarse es Lord Slynn de Hadley. «*My Lords* —dice—, por las razones explicadas en el documento que he preparado y que pueden leer impreso, he determinado que el acusado, como ex Jefe de Estado, tiene inmunidad y no puede por lo tanto ser detenido por los asuntos alegados en la orden de detención de 22 de octubre de 1998, y pienso que hay que rechazar la apelación».

Un voto a favor de Pinochet, cero para Garzón.

Pero de hecho: gana uno a cero la idea de que los Jefes de Estado no pueden ser juzgados por tribunales de otras naciones y pierden quienes favorecen la universalidad de jurisdicción por crímenes contra la humanidad, una aspiración que, según Lord Slynn, es meramente embrionaria en este momento histórico y que no concita todavía un vasto consenso.

El próximo en hablar es Lord Lloyd de Berwick: «En mi opinión, el Estado de Chile tiene derecho a reclamar inmunidad para el senador Pinochet según los términos del Acto de Inmunidad del Estado de 1978 (*State Immunity Act*) y según el *common law*».

Dos para Pinochet, cero para Garzón.

Lord Lloyd argumenta en su declaración escrita que, «si Pinochet debe ser juzgado, esto sólo podría ocurrir en una

corte de su propio país o en un tribunal internacional expresamente creado para este propósito, pero no en un tribunal extranjero, a menos que Chile renuncie a su inmunidad de Estado (lo que por supuesto Chile no ha hecho ni piensa hacer)». Así que hay cero votos para juzgarlo internacionalmente y dos votos en favor de la soberanía nacional.

¿Será posible que Pinochet vaya a retornar a Chile hoy mismo?

Lord Nicholls de Birkenhead se pone de pie: «Por las razones explicadas en un documento que he preparado en forma de borrador, yo revertiría el fallo de la *High Court*, aceptaría esta apelación, determinando que el acusado, senador Pinochet no tiene inmunidad en cuanto a ser juzgado criminalmente en este país, lo que incluye un juicio por extradición».

Dos para Pinochet, uno para Garzón.

En la parte más sustancial de sus comentarios escritos, Lord Nicholls explica que «la ley internacional ha sido clara en cuanto a que ciertos tipos de conducta, incluyendo la tortura y la toma de rehenes, no constituyen un comportamiento aceptable de parte de nadie. Esta ley se aplica a todo ser humano y con más razón a los jefes de Estado; la conclusión contraria significaría una burla a la ley internacional». Declara este Lord: «Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial y los juicios de Nuremberg, ningún Jefe de Estado puede haber tenido duda alguna sobre su potencial responsabilidad personal si ha participado en estos actos considerados por la jurisprudencia internacional como crímenes contra la humanidad».

Ahora le toca el turno a Lord Steyn: «Por las razones contenidas en el documento que acompaño, cuyas copias están a disposición de los interesados, permitiría la apelación. El sentido de mi decisión es que, interpretando correctamente la ley, el General Pinochet no tiene ningún tipo de inmunidad.».

Es un empate. Dos contra dos.

Lord Steyn, de origen sudafricano, viejo opositor del régimen *apartheid* de su tierra nativa, se muestra particularmente preocupado por la posibilidad de que, si se atendieran los argumentos de la defensa de Pinochet, el mismo Hitler hubiese podido ser absuelto, puesto que sería posible alegar que él también, al cometer sus crímenes, estaba actuando en calidad de Jefe de Estado: «El desarrollo de la ley internacional desde la Segunda Guerra Mundial justifica la conclusión de que en el momento histórico en que se produce el golpe de 1973, y, por cierto, desde entonces la ley internacional ha condenado el genocidio, la tortura, la toma de rehenes y los crímenes contra la humanidad (sea durante un conflicto armado o en tiempos de paz) como crímenes internacionales que merecen ser castigados».

Todos los ojos se vuelven hacia Lord Leonard Hoffmann, también nacido en Sudáfrica. Según las personas que estaban presentes ese día, se toma una larga pausa antes de hablar, sabiendo que su voto es el decisivo. «He tenido la ventaja de leer los borradores de mis nobles y sabios amigos Lord Nicholls de Birkenhead y Lord Steyn, y concurre con ellos: el senador Pinochet no tiene inmunidad y, por lo tanto, yo también permitiría la apelación, aceptando la posibilidad de su prosecución».

Testigos presenciales dijeron que se escucharon exclamaciones en la Cámara, de las que se hicieron eco los espectadores que colmaban las galerías, como si lo estuviesen vitoreando, y que Lord Hoffmann dirigió entonces su mirada hacia ellos, como si comprendiera que la verdadera resonancia de su veredicto, que rompía el empate, va a medirse por la forma en que va a cambiar en las décadas venideras el modo en que se ejercen los derechos de esa gente, los derechos de una vasta humanidad.

Nadie comenta que, de los cinco *Law Lords*, Hoffmann es el único que no ha justificado su concurrencia con una opinión escrita propia. Excepto los abogados de Pinochet. Como

quedará claro en los meses por venir, ellos sí que han notado la reticencia de Hoffmann.

El juicio del General Pinochet apenas acaba de comenzar.

* * *

En cuanto a mí, siento miedo.

No es, por cierto, lo primero que siento. Antes viene el júbilo, al oír —de nuevo con la oreja pegada a la transmisión de radio, de nuevo de vuelta a mi hogar, en Carolina del Norte, este 25 de noviembre de 1998— que los *Law Lords* han decidido que procede su extradición a España. Pero, bajo mi inmensa alegría por esta victoria contra la impunidad, tengo que reconocer enseguida que lo que me surge desde muy adentro se llama miedo.

No me gusta este miedo inexplicable que me asedia tan de repente, que no me deja gozar de forma pura e inocente de esta derrota de los dictadores del mundo. No me gusta, pero me sirve, no obstante, para comprender el futuro de mi país.

Ese miedo, me di cuenta en mi reciente visita a Chile, es un abismo que todos mis compatriotas comparten, aunque es más notorio entre los adversarios del General Pinochet. Y como actuaba de guía de un grupo de escritores extranjeros, tuvimos forzosamente que encontrarnos con una gran diversidad de chilenos perseguidos. Una y otra vez, vi que el temor asomaba en sus gestos, en el modo en que encogían los hombros, la prueba de que los ocho años de democracia no han borrado de la memoria el sufrimiento traumático que la gran mayoría de la población vivió durante los diecisiete años de mandato de Pinochet. La prueba de que el golpe no ha terminado. Sigue sucediendo detrás de los ojos de tantos chilenos que me dijeron, cada vez que hablé con ellos: Es que usted no sabe cómo fue eso... Hemos sufrido tanto... A mi cuñada la violaron, a mi mejor amigo lo tomaron preso y me lo devolvieron hecho

pedazos... Y a mí, a mí me... Es que usted no puede saber cómo fue eso. Como un interminable noticiero de televisión que no podemos apagar, ahí detrás de los ojos de mis interlocutores. Y siempre la sospecha, como una llaga viva, de que pueden volver los oscuros tiempos de la censura y la muerte. La sospecha alimentada cuidadosamente, sin duda, por una campaña de terror de la derecha pinochetista.

Una pequeña anécdota. Cuando con Antonio Skármeta visitamos Isla Negra, para mostrarles la casa de Pablo Neruda a nuestros amigos australianos y sudafricanos, nos pusimos a conversar con unos escolares, chicos de entre ocho y diez años que, ante nuestro asombro, no sabían el significado de la palabra dictadura. ¿Cómo no van a saber esa palabra? No, no sabemos. Y la profesora, después de una cautelosa conversación, después de entrar en confianza, después de contar lo mal que lo pasaron («Es que usted no sabe lo terrible que fue...»), confesó que, si ella les enseñara esa palabra a los pequeños, sus padres —no obstante ser casi todos opositores de Pinochet— rayarían el cuaderno con una gruesa lapicera, protestarían porque a sus niños se les está enseñando política en la escuela. Las consecuencias y resabios y residuos de esa dictadura que los hijos no pueden nombrar, que los padres no quieren nombrar, siguen envenenando el Chile de la transición.

Y de veras entiendo ese veneno porque es el que me llena ahora frente a la radio en Carolina del Norte, el que me llenó hace un par de semanas cuando se me informó una noche en Santiago, de muy buena fuente, de que el Ejército estaba acuartelado, de que el general Izurieta (que había sucedido a Pinochet en el mando) había perdido el control de la situación; había un ambiente de pégolpe. Una contracción de pánico en el estómago me paralizó, me gritaba que tuviera cuidado, que buscara dónde refugiarme, mi piel me decía que todo era posible, todo era precario. Mi informante insistió en que protegiera a los escritores visitantes, que los llevara a sus respectivas

embajadas, que recordara que el coronel Ewing, portavoz del Ejército, había advertido públicamente de que las Fuerzas Armadas estaban tomando nota de cada persona que había actuado en el caso Pinochet, que los militares llevaban muy adentro de la memoria, según Ewing, quiénes se habían abanderado con los extranjeros contra los intereses de la patria.

Fue un miedo irracional que rápidamente se desvaneció ante la frialdad de los hechos y los análisis. Un levantamiento militar era impensable, no había condiciones para ese tipo de aventuras. Y lo mismo pienso ahora que el General Pinochet tendrá que comparecer por primera vez en su vida ante un tribunal para escuchar los crímenes que se le imputan. El país es lo suficientemente maduro, la democracia tiene estabilidad, como para pasar por esta prueba. Pero, si yo no pude evitar ese temor —yo que vivo en el extranjero, que estoy amparado por mis escritos y mis contactos—, cómo estará reaccionando el resto de Chile hoy, qué resquemores escondidos no se agitarán secretamente debajo de la sonrisa satisfecha, quizás clandestina, que sin duda sienten tantos con esta noticia.

Claro que mi miedo y el miedo de los chilenos que fueron víctimas de Pinochet no es el único que existe en Chile. Hay otro, uno diferente, un temor mucho más peligroso, más difícil de disolver...

El penúltimo día de mi visita a mi país, viajé en un taxi conducido por una dama flaquita y entrada en años que escuchaba atentamente la radio. Estaban entrevistando a Carmen Hertz, encargada de Asuntos Jurídicos Internacionales en la Cancillería chilena. Ella acababa de renunciar a su puesto para hacerse parte en el juicio contra Pinochet como viuda de Carlos Berger, al que se fusiló en 1973 en Calama en una expedición militar de masacres a mansalva organizada por el entonces Comandante en Jefe y Presidente de la Junta. Durante quince minutos la mujer que conducía y yo, el pasajero, pudimos oír el testimonio de Carmen, su certeza, como la de tantos familiares

de los desaparecidos, de que era necesario saber la verdad y conseguir una medida mínima de justicia antes de que Chile pudiera vivir en paz.

De pronto, hubo una llamada de una radioescucha. Ella dijo que la culpa de todo esto no la tenía Pinochet. Era esencial enfatizar que era Allende el que había comenzado el terror y Pinochet el que había salvado al país: a ella y a su padre los allendistas le habían expropiado un latifundio, y de esa violación de sus derechos humanos nadie se acordaba.

Carmen Hertz y la entrevistadora reaccionaron frente a esta intervención analizando la diferencia entre una amenaza contra la propiedad y contra un cuerpo humano, la diferencia entre expropiar una fábrica y meterle a un prisionero ratas por el ano y después hacerlo desaparecer sin dejar rastro. Mientras ellas hacían esa ineludible diferenciación, yo pensé que para la mujer que llamaba esas distinciones eran irrelevantes. Ella había vivido de forma traumática el intento de Allende de quitarle su propiedad familiar, como un asalto a su identidad más íntima, y todo lo que se le hiciera a sus bárbaros perseguidores era poco. Ella se sentía la víctima y el Tata Pinochet la había rescatado, como un padre que le había devuelto la existencia. ¿Cómo llegar a ella, a esa mujer que celebró cada sufrimiento nuestro durante diecisiete años? ¿A esa mujer que descorchó una botella de champaña cuando murió Allende? ¿A esa mujer que está carcomida por un temor que, por muy subjetivo y mezquino, no es para ella menos verdadero que el nuestro, con nuestros múltiples muertos y torturados y exiliados? ¿Cómo dialogar con ella y con ese tercio de la población chilena que, como ella, siente que nosotros somos sus enemigos y que, si tuviéramos la oportunidad, volveríamos a quitarle su propiedad, que a ella y a su familia los mataríamos a mansalva? ¿Cómo vencer el odio ciego de esa mujer, su incapacidad para entender otro padecimiento que no sea el propio? ¿Cómo dialogar con ella ahora que su héroe está pre-

so y ella siente que se tambalea su mundo y tiene ganas de que vuelvan los militares para ponernos de nuevo en vereda?

Ésta es la mínima, minuciosa, historia del Chile actual: sin que jamás nos hayamos entrecruzado, ella me tiene miedo a mí y yo le tengo miedo a ella.

Y no sé cómo resolver el abismo que nos separa. Con Pinochet preso o con Pinochet libre, no sé cómo compartir un país con ella.

Pero no quiero terminar así esta historia de miedo.

Antes de bajarme del taxi, ese día en Santiago, le pregunté a la dama que manejaba el auto qué hacía si algún pasajero se quejaba del programa que estaba escuchando, uno de los pocos programas de Chile que permite que las víctimas de Pinochet puedan dar rienda suelta a su dolor, expresar sus opiniones.

Me miró por el retrovisor.

—Si no les gusta el programa —me dijo—, entonces, disminuyo el volumen. Pero yo lo sigo escuchando.

—¿Y si le piden que saque el programa? —insistí.

La dama se dio vuelta para mirarme. Directamente. Sin retrovisor.

—No les hago caso.

—¿Y nunca ha tenido que sacar un programa que usted quiere escuchar? Por miedo, digamos.

—Nunca. Yo estoy en mi taxi. Si no les gusta, que se bajen. ¿Por qué voy a tener miedo?

Y ahora, dos semanas más tarde, dejo que el recuerdo de la dama esmirriada que conducía ese taxi me invada, me desaparezca el temor, me permita festejar con felicidad de niño chico la alegría que siento al pensar en el momento en que a Pinochet le avisaron de que no iba a poder escaparse de su destino, que iba a tener que enfrentar el destino que él mismo se forjó, los fantasmas de los muertos que él mandó matar.

De eso me acuerdo ahora: de la tranquilidad con que esa vieja mujer taxista estacionó su auto para que yo descendiera,

de la mano de ella, que no temblaba al subir el volumen de la radio, más fuerte, más firme, para que ella y todos sus pasajeros pudieran seguir escuchando la historia del pasado de un Chile que muchos de sus conciudadanos todavía no quieren admitir en toda su plenitud, la historia que necesitamos escuchar si vamos a ser de veras libres, si vamos a vencer nuestro miedo.

* * *

Ayer, 11 de diciembre de 1998, por primera vez en su vida, el General Pinochet se vio forzado a responder ante un tribunal de las terribles acusaciones de que ha sido objeto. Sus consejeros legales habían hecho todo lo posible e imposible para que no tuviera que comparecer ante el magistrado Graham Parkinson en el caso del «Rey de España contra Augusto Pinochet Ugarte». Habían intentado que Jack Straw, el Ministro del Interior británico, negara la legitimidad de la acusación. Straw respondió que no correspondía invocar razones humanitarias para suspender el juicio, aunque no descartaba una eventual revisión de su dictamen en algún momento futuro. El hecho de que, al autorizar el proceso de extradición, Straw hubiera elegido el 10 de diciembre, el Día de los Derechos Humanos (conmemorando el día de 1948 en que las Naciones Unidas adoptaron la Declaración Universal de los Derechos Humanos), mandaba el mensaje implícito de que el Gobierno de Su Majestad no veía con buenos ojos al ex dictador. Y como el magistrado Parkinson ya había rechazado la petición de los abogados de Pinochet para que se le excusara de aparecer en persona debido a su desmejorada salud, el General tuvo que subirse a un vagón de policía y hacer el corto viaje desde su refugio de Surrey hasta la prisión de Belmarsh, en el sur de Londres. Y ahí estaba, presentándose ante la justicia en su silla de ruedas.

Todavía no se había consumado mi antiguo y persistente sueño. La única pregunta que tuvo que responder fue respecto a su nombre: «Mi nombre es Augusto Pinochet Ugarte —dijo en castellano—. Fui Comandante en Jefe del Ejército de Chile, Capitán General de Chile, Presidente de la República, y en este momento senador de la República». Y ni una víctima alcanzó a mirarle directamente a los ojos. Ni se le permitió a los acusadores responder a la aseveración del General de que todas las denuncias eran «mentiras de los caballeros de España». Ni tampoco se les permitió a las cámaras de televisión capturar sus manos, de pronto desnudas, de pronto sin guantes, esas manos agarradas a un bastón como si fuera un salvavidas.

Y, sin embargo, algo drástico, y no meramente simbólico, ocurrió en esa corte de Belmarsh. Para algunas personas, por lo menos, el mundo se dio vuelta, sufrió una radical transformación. Para algunas personas, la vida ha cambiado de forma definitiva.

Una de esas personas es un trabajador chileno al que llamaré Rolando. Hace diez años que el maestro Rolando hace *trabajitos* en nuestro hogar en Chile: carpintería, pintura, un poco de todo y un mucho de ingeniosidad. Ha tenido decenas de conversaciones con Angélica —que me cuenta por teléfono desde Santiago que ayer Rolando se sentó a almorzar y le reveló, por primera vez desde que se conocen, la experiencia más traumática de su vida—. Con voz tranquila, como si no le diera importancia al asunto, le reveló a mi mujer que unos años después del golpe de 1973 la policía de la dictadura lo había detenido. Rolando desempeñaba en ese tiempo el cargo de portero en un colegio y sus captores exigían que implicara como subversivos a algunos profesores. Dos, tres días de torturas, y luego lo habían soltado. Perdió el empleo, sufrió las consecuencias físicas y psicológicas. En todo caso, guardó silencio. Hasta ahora.

Como tantos millones de chilenos, durante más de veinte años se había encerrado en el desván de sí mismo, solamente contándole su triste pasado a su propia sombra interior. Paradójicamente, no fue la detención de Pinochet, el 16 de octubre, lo que liberó la garganta, sino la reciente decisión del Tribunal Supremo del Reino Unido, que confirmaba la legitimidad de esa detención y luego la humillación de Pinochet en la corte de Belmarsh. Eso había bastado: que los lejanos Lores británicos le estuvieran susurrando a Rolando que Pinochet no estaba por encima de la ley y luego el mortificante viaje que el ex dictador se vio obligado a hacer para escuchar el acta de acusación, los seis policías ingleses que lo escoltaron, el hecho de que el abogado de Pinochet tuviera que pedirle permiso al magistrado Parkinson para que su cliente caminara en el jardín. Ahí estaba la prueba de la vulnerabilidad de Pinochet, su irrefutable ocaso: ¡si quería caminar por el jardín, tenía que pedir permiso!

Fue, dijo nuestro carpintero, como si le estuvieran quitando un enorme peso de encima, como si ese permiso se lo estuviesen dando a él, alguien con autoridad le estaba dando permiso para que sus palabras, tanto tiempo sofocadas, fluyeran hacia el vasto espacio público de Chile. Puesto que él se encontraba libre en su propio país y el hombre responsable de su dolor estaba preso en un país extranjero.

Angélica agregó que el maestro Rolando tenía otro motivo de felicidad: había apostado con el dueño de una botillería que el General Pinochet iba a perder en Londres, y la noche anterior nuestro carpintero había cobrado una botella de buen vino y otra de aun mejor pisco. Se las había tomado con unos amigos. No estuvo solo en su celebración. En muchas poblaciones a lo largo de todo Chile, la gente salió espontáneamente a la calle a festejar su victoria. Redoblaban los tambores, tocaban las cornetas, bailaban los cuerpos. Era el tipo de júbilo colectivo que mi país no había vuelto a ver desde el día en que,

hace algo más de ocho años, recobramos la democracia. Una explosión pacífica en las calles que acompañaba como un eco remoto la voz de Rolando. Los chilenos iban reclamando su derecho a exteriorizar lo que sentían acerca de Pinochet y los años del terror. Los chilenos, que no se ocultaban. Los chilenos, que salían del abismo de su aislamiento, reconociéndose cómplices en la mirada, cómplices en la alegría cada vez menos clandestina de ver al tirano preso.

Pase lo que pase en el futuro, nadie puede arrebatarnos esto: un hombre que encuentra su voz después de décadas de silencio y vergüenza.

Un hombre que está bebiéndose un vaso de vino bajo sus montañas chilenas.

Mientras Pinochet camina solitario por su gélido jardín británico.

***E**l General Pinochet no sólo cree en Dios. Según él, es Dios quien cree en el General Pinochet. Salvándolo una y otra vez para llevar a cabo su misión mesiánica y divina.*

A la periodista Mónica González le dijo en septiembre de 1995:

«No hubo dictadura en Chile. Somos un ejemplo para el mundo entero. La caída del Muro de Berlín fue causada por Chile, fuimos los primeros en levantar nuestras banderas contra el Muro de Berlín, fuimos los primeros en derrotar al comunismo». Y agregó: «Quiero ser recordado como el mejor Presidente que tuvo Chile en toda su historia».

Fue en un día de octubre de 1951 cuando comenzó mi historia de amor con la Brigada Abraham Lincoln. Un niño de nueve años en su visita inaugural a Europa; ese día me encontraba yo parado en la frontera que separaba España de Francia. Mi padre argentino, ex comunista y en muchos sentidos aún un hombre de izquierda, había jurado —como muchos de su generación que tenían a España en el corazón— que nunca pisaría suelo español hasta que Franco abandonara el poder o muriera. Pero en la vida juramos muchas cosas y la vida nos exige otras que no siempre son heroicas o definitivas; la vida tiene su manera de enfrentarnos a lo que Primo Levi llama «zonas grises».

Mi padre trabajaba en ese tiempo para las Naciones Unidas en Nueva York, y asuntos profesionales lo reclamaban en Madrid y Barcelona, de modo que llegamos a la frontera del país que nunca había querido visitar en su vida, aun cuando había ocupado el centro de esa vida y de su mente desde que la lucha española contra el fascismo en los años treinta les había servido de inspiración a él y a millones de personas en todo el mundo. Habíamos viajado desde Francia y, como las vías férreas del lado español eran estrechas, tuvimos que cambiar de tren, creo que en Irún. Mi padre me tomó de la mano y me llevó hasta el mismo borde del territorio español. Se agachó hasta quedar a mi altura, para poder mirarme a los ojos, y me dijo que éste era el lugar donde se había traicionado a la República.

Aquí, me dijo, aquí mismo, las armas que la República había pagado fueron bloqueadas por los franceses, con la anuencia de los ingleses y los norteamericanos. Esos países, que proclamaron su neutralidad, y que posteriormente forjarían una alianza contra Alemania, conspiraron para asfixiar a la República, sin percatarse de que, de hecho, alentaban las ambiciones de Hitler y Mussolini. ¿Sabía yo quiénes eran, Hitler, Mussolini?

Asentí con solemnidad.

La aviación hitleriana, me dijo mi padre, y las tropas de Mussolini participaron en la guerra del lado de Franco. Y yo sabía quién era Franco, porque era el hijo de puta que gobernaba ese país, cuyo nombre yo no debía mencionar mientras permaneciéramos en España. Incluso entonces, de niño, se me entrenaba para esconder mis pensamientos de los hombres que detentaban el poder. Tal como muchos años más tarde en Chile íbamos a tener que enseñar algo similar a nuestros propios hijos, se me pedía entonces esconder lo que sentía, lo que mi familia pensaba realmente sobre Franco.

Franco, mi padre retorció la palabra en la boca como si le doliera hasta pronunciarla. Aquí es donde comenzó la Segunda Guerra Mundial, continuó. No olvides nunca que aquí fue donde se traicionó a la República...

Mi padre lloraba al contarme esto, su mano temblando en mi mano. No recordaba haberle visto llorar antes. Mi padre, que tiene bastante más de noventa años cuando escribo este libro, era en 1951, como lo es todavía, un hombre de hierro que no muestra fácilmente sus emociones. De hecho, sólo puedo recordarlo llorando una vez más en su vida, cuando me contó en otra estación de tren en Buenos Aires, unos años después, que había fallecido su propio padre.

Esas lágrimas tuyas, cayendo lentamente sobre la frontera de España, tuvieron por cierto el efecto deseado. Nunca he olvidado lo que España significó para él, cómo la pérdida de la

Guerra Civil española fue una de las grandes tragedias de su vida y, como más tarde yo comprendería, una de las grandes tragedias de un siglo al que no le han faltado desgracias.

El antídoto contra esas lágrimas llegó muy pronto. Apenas el tren comenzó a dirigirse hacia el sur, hacia Madrid, mi padre me relató otra historia, hablando en voz queda, casi susurrando: la historia de las Brigadas Internacionales y, en particular, de la Brigada Lincoln. O tal vez usó la palabra Batallón. Cómo había llegado a ese país asediado para contrarrestar el asalto de las camisas negras, las batallas decisivas que habían ganado, el Ejército del Ebro que una noche el río cruzó para darles una paliza a los falangistas.

Para mí, en 1951, la existencia de la Brigada Lincoln no consistía sólo en una historia legendaria de heroísmo, de hombres y mujeres dispuestos a dar la vida por la causa de la democracia mientras sus gobiernos veían desangrarse a la República sin levantar un dedo en su apoyo. Aunque había nacido en Buenos Aires, yo era entonces un muchachito yanqui que se concebía a sí mismo como norteamericano, o quizás sería más adecuado decir como alguien del Norte, un americano del Norte. Me negaba a hablar en castellano, cantaba el himno norteamericano con fervor y juraba que Nueva York era la mejor ciudad del mejor país del mundo. Como cualquier otro pequeño patriota de esa edad, siempre estaba a la caza de razones que justificaran el amor que sentía por mi terruño adoptivo. Y, sin embargo, era también el hijo de un padre perseguido por McCarthy durante la cacería de brujas que al cabo nos llevaría a abandonar los Estados Unidos unos años después para asentarnos en Chile.

A los nueve años de edad, entonces, vivía una contradicción irresoluble: mi país, el país entrañablemente mío, estaba tratando de exiliar a mi padre y podía quizás llegar a matarlo. El hecho de que Estados Unidos, que perseguía a mi familia y a tantos de los amigos gringos izquierdistas de mi familia, hu-

biera producido también la Brigada Lincoln me resultaba una fuente de consuelo, proporcionándome una de las primeras lecciones profundamente políticas de mi vida. Me confirmó algo que sólo intuía, algo que no hubiera sabido expresar en aquella época: existían dos Estados Unidos, uno que personificaban el FBI, J. Edgar Hoover y Joe McCarthy, un país que discriminaba a los negros y se entrometía en los asuntos internos de otros países; y otro Estados Unidos que estaba compuesto por ciudadanos dispuestos a arriesgar sus vidas por la libertad dondequiera que ésta se viera amenazada, un país que en mi imaginación quedaba cada vez más representado por la Brigada Abraham Lincoln. Yo podía pertenecer a ese Estados Unidos específico: si los brigadistas eran capaces de desafiar a su gobierno en nombre de los valores morales que debía apoyar Estados Unidos, pues yo también. Si ellos defendían que su lealtad a la humanidad estaba por encima de su lealtad a los intereses a corto plazo de su patria norteamericana, lo mismo podía hacer yo.

Los hombres y las mujeres de la Brigada Lincoln no podían saber que, muchos años después de que abandonaran Madrid, rescatarían a un muchachito de nueve años de la confusión y lo impulsarían hacia la madurez política; no podían imaginar que su existencia ayudaría a ese niño a percatarse de que había una América del Norte más profunda y honesta a la que era posible jurar lealtad.

«Algún día voy a conocerlos», me prometí en esa época en que esos voluntarios me dieron refugio cuando más lo necesitaba. «Algún día se lo voy a agradecer».

Qué extraño que sea Pinochet el que ha permitido que ese sueño infantil —ardientemente repetido como adulto— se haga realidad. Los veteranos de la Brigada Lincoln se reúnen cada año en San Francisco para conmemorar sus hazañas pasadas y sus luchas presentes y en esta ocasión me han invitado para que participe en sus celebraciones y por eso me encuen-

tro retornando, a fines de febrero de 1999, a California, volviendo al sitio donde, cuatro meses atrás, escuché por primera vez la noticia de la detención de Pinochet. Los combatientes que han sobrevivido me han pedido que les hable acerca del juicio y las posibilidades reales de que Pinochet sea juzgado y ojalá condenado en el mismo Madrid que ellos defendieron en la batalla del Jarama. Al reunirme con ellos, primero en una cena y luego en un almuerzo al otro día y en otro encuentro que se prolonga hasta altas horas de la noche, después del discurso que pronuncie en un teatro de Oakland, descubro en ellos un interés feroz en el caso que casi iguala al que demuestran los parientes de los detenidos desaparecidos. Ya son ancianos —principalmente hombres pero también algunas mujeres, muy conscientes de que alguno de esta concurrencia ya no estará vivo el año que viene— y sienten que el destino les ha entregado, al final de sus vidas, una ofrenda sorprendente y maravillosa. Para estos viejos guerreros, que vieron a Francisco Franco morir en su lecho sin haber tenido que pagar jamás por sus crímenes, es una dulce venganza del péndulo de la historia ver la España postfranquista juzgando al heredero ideológico de Franco, persiguiendo al hombre que se concibe a sí mismo como el privilegiado continuador de aquella mezcla especial de catolicismo represivamente conservador y mentalidad capitalista modernizadora que encarnaba el Caudillo.

Descubro también que su alegría no nace tan sólo de su conexión al lugar donde fueron a combatir y donde Pinochet puede que reciba el castigo por sus crímenes. Ellos ven la detención de Pinochet como si reanudara la misma tradición, el mismo concepto de la humanidad que ellos ampararon cuando viajaron a España, desafiando a su propio gobierno, para morir en una tierra en que no habían nacido, al lado de alemanes, franceses, rusos, yugoslavos y latinoamericanos, defendiendo el derecho de los hombres de buena voluntad a intervenir en la lucha contra la injusticia en cualquier parte del mundo, defi-

niéndose como seres humanos primero y solamente después como miembros de una nacionalidad. Anticipando así este momento de la historia en el que la humanidad defiende la misma tesis de que violentar la libertad de un hombre es violentar la de todos los seres humanos del planeta. Y sus ideales no han cambiado. «Estamos ahorrando dinero —me dice uno de ellos, esa mano que cargó un rifle por las colinas de Cataluña y por los campos de Castilla, gesticulando hacia sus camaradas, sentados en una larga mesa en aquel restaurante de Berkeley— para, en caso de que verdaderamente se lleve a cabo el juicio, irnos todos a ver a ese General tuyo recibir su merecido».

Y, sin embargo, más que cruzar el Atlántico para ver a Pinochet procesado en su querido Madrid, estos veteranos tienen otra ilusión, una alternativa aun más placentera que yo comparto, aunque es dudoso que la historia se acomode a nuestro deseo. Estos internacionalistas, que en su día ignoraron las fronteras creadas por gobiernos y Estados, paradójicamente siguen siendo muy norteamericanos, profundamente americanos del Norte, y, por eso mismo, quizás lo que más les indigna es la responsabilidad de su propia patria en la creación de Pinochet y el modo en que Washington apoyó de forma política y financiera a su dictadura. Ellos sienten que es un daño que su país necesita reparar. Una manera de pagar esa deuda con Chile: que el gobierno norteamericano abra sus archivos secretos para que todos los detalles de la intervención que terminó con el gobierno de Salvador Allende puedan ser públicamente conocidos. Otra manera: ponerse al lado de Garzón y de las víctimas en vez de presionar subrepticamente para que el General sea devuelto a Chile. Pero hay una forma excelsa y ejemplar de redimirse: que la justicia de los Estados Unidos pida la extradición de Pinochet para que responda de los asesinatos de Orlando Letelier y su asistente norteamericana, Ronni Moffit.

Entonces el círculo finalmente va a cerrarse.

El día en que los escasos veteranos de la Brigada Lincoln que aún viven, los veteranos que cruzaron el Atlántico para morir y vivir por España, los veteranos que me infundieron esperanzas cuando yo era un niño en aquella frontera de Irún y me inspiraron cuando era adolescente y después, como revolucionario en Chile, y lo siguieron haciendo cuando fui un errante exiliado bilingüe durante años y años, el día en que aquellos veteranos entren en un tribunal de Washington DC, para ver al autoproclamado heredero de Franco acusado de crímenes contra la humanidad, me gusta pensar que ese será el día en que el círculo, que comenzó en los Estados Unidos y continuó su trazado en España y pasó también por Chile y ha quedado todos estos años abierto como un herida, ése será el día en que el círculo de sus vidas azarosas podrá cerrarse de verdad. En cierto sentido, los brigadistas habrían regresado, después de tantos años, por fin al hogar.

Que usted, en 1973, siendo un funcionario público, es decir, Comandante en Jefe del Ejército chileno, junto con otros infligió intencionalmente severos dolores o sufrimientos a Pedro Hugo Arellano Carvajal:

- a) al atarlo a una litera metálica y ponerle las manos en una plancha metálica con la que le dan descargas de corriente eléctrica, por lo que la víctima sale despedida hacia atrás;*
- b) al ponerle cables amarrados al pecho, al pene y a los dedos de los pies;*
- c) amarrándolo a un árbol y dándole latigazos y pasándole por unos pasillos donde le dan golpes;*
- d) al darle paseos en un helicóptero, colgándole de los pantalones con unas sogas y pasándolo por unas espinas y tirándolo en la pista de aterrizaje, donde queda atado con las manos boca abajo;*
- e) en el mismo centro, amarrándole a una cuerda y hundiéndole en un pozo de agua donde le dejan hasta que no puede respirar más y entonces le hacen diversas preguntas y al no contestarlas le hunden nuevamente;*
- f) asimismo, practican en él la ruleta rusa que consiste en vendarle los ojos y los militares hacen simulacros de disparos sobre su cabeza con un revólver y una ametralladora y de vez en cuando disparan al lado de la cabeza sintiendo el golpe en el aire;*

- g) *en Belloto, le colocan una manzana sobre la cabeza y tiran sobre la cabeza y anteriormente el cura de la base le pregunta si quiere dar su alma a Dios, prestándose al juego de los torturadores;*
- h) *que en el sanatorio naval de Olmué le hacen desnudarse completamente junto a la familia Rodríguez, a la que habían detenido con sus hijos, y obligan a los chicos a tirarse al suelo y al padre a tirarse sobre ellos obligándole a hacer un tipo de movimiento sexual para que el padre penetrase a uno de los hijos y el otro hijo al pequeño. A Pedro Arellano le colocan sobre uno de los niños al igual que al padre de éstos le obligan a hacer lo mismo. Los infantes de marina que dirigen en ese momento las sesiones se sitúan sobre los detenidos colocándoles una bayoneta en la nuca a la vez que les dicen que si no penetran al niño les atraviesan la cabeza de un disparo. Y que después les pasean a todos desnudos a través de los pasillos dándoles golpes continuamente.*
- i) *que a uno de los niños le abren el ano con una bayoneta y le hacen un corte;*
- j) *al tiempo que Pedro Arellano observa aproximadamente a quinientos ciudadanos torturados. A la gente mayor los militares les tiran piedras sobre la cabeza durante media hora y les hacen correr de rodillas sobre las piedras que estaban en la pista de aterrizaje del Belloto.*

Y que todo esto se hizo en el desempeño de sus funciones oficiales.

Que usted, junto con otros, infligió intencionalmente severos dolores o sufrimientos el 27 de octubre de 1973 a Irma del Carmen Parada González:

- a) *haciéndole escuchar los aullidos de las torturas provocadas en otros prisioneros durante dos días;*

- b) quitándole la ropa, le aplican el «teléfono» y corriente en la boca, vagina y senos;
- c) es violada por dos personas;
- d) poniéndole las manos en un líquido y luego en una máquina, pierde el conocimiento y cuando lo recupera, se encuentra en un hoyo con personas muertas y paja mojada;
- e) durante el tiempo que permanece detenida no come, aunque en una oportunidad le ponen delante un plato de comida hedionda. En ese momento un detenido grita que le están dando de comer restos de los propios compañeros muertos porque se ve una oreja en la sopa. Enseguida se oyeron disparos y presume ella que a ese detenido lo mataron*.

Y que todo esto se hizo en el desempeño de sus funciones oficiales.

* Doy las gracias a Geoffrey Robertson, en cuyo libro, *Crimes Against Humanity: The Struggle for Global Justice*, The New Press, Nueva York, 2000, leí por primera vez una versión de estas torturas. El texto que reproduzco acá viene (con algunas leves modificaciones de estilo) del acta de acusación del juez Baltasar Garzón, facilitada por la Fundación FASIC de Chile.

Cómo ha podido Pinochet engañar a tantos chilenos?
¿Cómo explicarse que tantos creyeran que él nunca supo nada
de los crímenes cometidos durante su régimen, que todavía
crean en su inocencia?

Sí, claro, esa inocencia permite a sus seguidores exculpar su propia supuesta ignorancia de los horrores que sucedían ahí tan cerca; sí, claro que sí, su política neoliberal de libre mercado enriqueció a un sector importante de la población mientras que alentó a muchos de los más pobres a soñar con que ellos también podían gozar de ese tipo de prosperidad; sí, él usó el miedo, abusó del miedo colectivo al socialismo ateo; sí, él apeló al patriotismo de tantos, a la necesidad de fortaleza, orden y autoridad en tiempos confusos; sí, él controlaba los medios de comunicación; sí, podemos anotar un sinnúmero de razones sociales y económicas y culturales para explicar por qué sigue siendo tan popular el general entre vastos grupos de chilenos, incluyendo a muchos que no recibieron beneficio alguno de su régimen.

Tomemos el caso de una mujer a la que llamaré Gracia. Una de las compinches más queridas de mi esposa, Gracia, había sido la primera entre los amigos de infancia de Angélica en aceptar, en los años sesenta, a este intelectual judío nacido en el extranjero que había venido a seducir a la Reina de la Belleza local, llevarse a la doncella que todos pensaban que iba a casarse con un típico chileno. Gracia me caía bien, siempre había gozado yo de esa vitalidad casi chabacana que la desbor-

daba, esa manera risueña con que enfrentaba cada adversidad con que la vida la golpeaba. Y las adversidades no fueron pocas en su agitada vida. La última de ellas, según descubrimos cuando fuimos a visitarla en 1988 al pequeño pueblo rural donde Gracia y Angélica se criaron, fue la pérdida de su empleo. Como directo resultado de la política económica inmisericorde de Pinochet, según se lo hicimos ver mientras ella nos preparaba lo que en Chile se llama *once-comida*, una colación que combina el té con la cena. De todas maneras, nos aseguró Gracia mientras nos ofrecía todo tipo de refrigerios deliciosos, ella iba a votar por su *Tata* Pinochet en el plebiscito que se aproximaba, tal como había votado por la Constitución del General unos años atrás.

Escuchó mi larga prédica, mi paciente arenga política, mi detallada diatriba contra el líder de Chile y la manera en que modernizaba al pobre país para enriquecer a unos pocos y joder a los demás, y, cuando se me terminó el aliento, ella no hizo más que encoger los hombros, untarme una tostada con una apetitosa palta molida, pasármela y enseguida decir:

—Voy a votar por él de todas maneras.

Pero, ¿por qué?, pregunté, exasperado. ¿Qué pasa con los muertos, los ejecutados, los exiliados?

—Oh —dijo Gracia—, él no sabe nada de todo ese lío. Basta con mirarlo, nuestro *Tata* lindo, con sus ojitos azules tan hermosos.

¿Cuántos otros chilenos piensan algo semejante, han sido embaucados por algo tan frívolo y aparentemente sin trascendencia alguna? ¿Puede ser que deba su supervivencia, este demonio que me ronda, nada más que a sus ojos? ¿Podría ser que Pinochet no ha de sufrir castigo alguno sólo porque tiene esos ojos tan inverosímilmente, tan suavemente azules?

Sucede que me hallo en Londres promocionando un libro, este 24 de marzo de 1999, cuando se lleva a cabo el acontecimiento central, determinante, de todo el caso Pinochet.

He volado esta misma mañana desde Belfast, justo a tiempo para asistir a un almuerzo de la editorial Farrar Straus en honor de los escritores que acudimos al Primer Festival de Autores de Londres, pero Angélica y yo hemos debido partir apresuradamente dejando sobre la mesa un exquisito pescado a medio terminar. Debo admitir que me invade la absurda sensación de sentirme superior a los colegas meramente literarios que dejo atrás esperando el postre. Después de todo, ¿quién de ellos tiene a su propio dictador preso y enjuiciado? Y no sólo eso: Diane Dixon, la encargada de la Fundación Víctor Jara, ha conseguido que a algunos parlamentarios laboristas nos metan de contrabando en la Cámara de los Lores, donde el veredicto sobre la extradición de Pinochet está a punto de ser anunciado al mundo entero.

¿Cómo es eso? ¿La Cámara de los Lores? ¿De nuevo? ¿Acaso los *Lords* no habían definido este asunto hace cinco meses?

Bueno, sí y no.

¿Se acuerdan del juez Hoffmann y de su breve voto de concurrencia, que rompió el empate al final de aquella sesión del 15 de noviembre del año pasado en que se rechazó la determinación previa de la Corte de Apelaciones que salvaba a Pinochet?

Algunos días después de ese dictamen histórico de tres contra dos, los abogados del General solicitaron que la Cámara de los Lores anulara el voto de Hoffmann, basándose en que este juez estaba evidentemente prejuiciado en contra del reo, debido a los lazos que lo atan a Amnistía Internacional. Hoffmann no había revelado públicamente que él era el presidente (honorario) de una fundación caritativa que esa organización de derechos humanos había establecido para recolectar fondos; ni tampoco que él mismo había representado a Amnistía en 1980; ni que su mujer, Gillian, había trabajado en la oficina de prensa de Amnistía desde 1977; y como los abogados de Amnistía están colaborando oficialmente en la acusación de Pinochet... Un grupo diferente de cinco *Law Lords*, encabezado por Browne-Wilkinson (el juez supremo más antiguo), decidió aceptar una revisión del dictamen de sus colegas y luego dispusieron, después de varios días más de arduas argumentaciones de una parte y otra, que no correspondía cancelar el voto de Hoffmann, lo que hubiera, en efecto, dejado libre a Pinochet puesto que el empate resultante dejaba intacto el veredicto anterior de la *High Court*, favorable al ex dictador. En cambio, determinaron que era necesario volver a oír el caso ante siete nuevos *Law Lords*. Una decisión sin precedentes: la única vez anterior, en 1823, en que la Cámara de los Lores revisó una opinión de sus pares, se había determinado que ese dictamen se mantuviera sin modificaciones. En esta instancia, Browne-Wilkinson y los Lores que lo acompañaban habían considerado por unanimidad que el caso de Pinochet era de tal envergadura que requería la más intachable transparencia e imparcialidad.

Y por eso me encuentro, este día de marzo, metido en un banquillo en el que apenas quepo, acá en la galería superior de la Cámara de los Lores. Estamos todos los espectadores comprimidos, apretadísimos, incluyendo a un buen número de *baddies* (malvados), según la mujer parlamentaria laborista

que nos ha colado en este recinto, diputados conservadores que piensan que su héroe Pinochet va a encontrarse libre hoy mismo. Su presencia y jovialidad aumentan aun más mi aprensión. Varios de los *Law Lords* que invalidaron el juicio anterior condenatorio del General son, después de todo, los mismos que deben ahora entregar el nuevo veredicto y se les conoce como apergaminados expertos en las leyes que rigen el comercio internacional. Si a mí me hubiesen incluido en el panel que revisaba la opinión de Hoffmann, yo habría felicitado a ese *Lord* por sus lazos con Amnistía, yo habría proclamado que una precondition para cualquier juez que se honre debería ser su pertenencia a algún organismo de derechos humanos. ¿O acaso podemos admitir como enjuiciadores de dictadores y torturadores y jefes de Estado genocidas solamente a aquellos que han probado su «objetividad» al rechazar todo interés previo en crímenes contra la humanidad? ¿No sería ese un prejuicio muchísimo más grave?

Pero, por supuesto, yo no soy miembro de ese tribunal ni de ningún otro tribunal parecido. Practicante de la ficción y no de las leyes, estoy en la parte más alejada de esta Cámara silenciosa que sólo he visto antes en el cine —esos cojines de rojo terciopelo colocados en los banquillos de madera oscura y adusta, aquellas pelucas empolvadas y las togas desbordantes, el alto oficial que abre la sesión con varios golpes de su bastón tallado con inscripciones arcaicas, recordándome (¿o es que me estoy dando aliento?) que éste es el país que nos dio la Carta Magna, el primer documento en la historia donde se puso límite al derecho de un gobernante de atropellar a sus súbditos—.

Lord Browne-Wilkinson inicia el cónclave y —no será la primera vez que esto ocurra hoy— no es fácil entender en qué consiste su veredicto. Parece estar declarando que el senador Pinochet no tiene inmunidad y, sin embargo, también —¿una contradicción?— que el Lord sólo permitiría en parte

la apelación contra el dictamen original de octubre de la *High Court* (que denegó la posibilidad de seguir con el proceso de extradición).

Le sigue Lord Goff, que no puede ser más claro. Él rechazaría la apelación. Pinochet posee inmunidad soberana. Luego viene Lord Hope de Craighead, que parece estar de acuerdo con Lord Goff en cuanto a que la mayoría de los cargos contra Pinochet se relacionan con crímenes por los cuales no podría ser legalmente extraditado, aunque de inmediato se refuta a sí mismo —¿es eso lo que está diciendo?— al proclamar que el General no tiene inmunidad, pero sólo en referencia al período que comienza después del 8 de diciembre de 1988. ¿De qué diablos está hablando? ¿Por qué esa fecha? La cosa se pone más confusa con Lord Hutton, el siguiente que se levanta para agregar una nueva fecha, el 29 de septiembre de 1988. Pinochet puede ser extraditado y enjuiciado por las acusaciones de tortura y conspiración para torturar siempre que esos crímenes hayan sucedido después de esa fecha. El próximo Lord, Saville de Newgate, concuerda con Lord Browne-Wilkinson. Un momento. ¿Qué es lo que dijo Browne-Wilkinson?

—¿Qué está pasando? —Angélica me apremia en un susurro, tirando de mi chaqueta como si fuera un cordel, sus palabras haciéndole aun más difícil la tarea a mi cerebro aturrido, que trata infructuosamente de descifrar el sentido de estos sucesos.

—Estoy tratando de comprender —respondo, también en un susurro.

Dice Diane Dixon: Creo que estamos ganando.

¿Será cierto?

Ahora se para Lord Millet y confirma esta opinión. Él le denegaría toda inmunidad a Pinochet, sin limitaciones de ninguna especie. No hay fechas, no hay peros ni quizás, en su veredicto. Así que eso nos da..., ¿cuántos a favor y cuántos en contra? ¿Pero en contra o a favor de qué?

Se levanta el último juez. Lord Phillips de Worth Matravers difiere de sus honorables y nobles colegas: él permitiría la apelación (¿contra la decisión de la High Court de liberar a Pinochet?, ¿es de eso de lo que está hablando?) en tanto la conducta de la que se acusa al senador Pinochet constituya un crimen extraditable.

Hay un momento de consternación y silencio. Ni un murmullo, ni un aplauso, ni de los conservadores, que han venido a ver a Pinochet reivindicado, ni de la comunidad de los derechos humanos que hemos venido a ver su crucifixión. Somos todos incapaces de alabar o abuchear el dictamen porque, simplemente, no hemos sido capaces de entender qué significa. No se mueve nadie.

Es un largo y mudo instante de parálisis, lleno de recelo y perplejidad.

Entonces Lord Browne-Wilkinson reconoce nuestro desconcierto y sugiere que el informe respectivo que cada Lord ha debido condensar puede que sea *a bit confusing*, algo confuso —risa generalizada en la sala—, y que él, por lo tanto, va a explicar su significado. Expectación en la galería.

Casi todos los cargos lanzados contra Pinochet por el gobierno de España han sido rechazados por la mayoría de los jueces porque no fueron ilegales en el momento en que se alegó que habían sido cometidos (la tortura como crimen extraterritorial ha sido considerada como un crimen bajo la ley del Reino Unido solamente a partir del 29 de septiembre de 1988). Y además, la tortura sólo se constituyó como un crimen internacional con jurisdicción internacional, y que, por lo tanto, mereciera la extradición, cuando el Reino Unido se unió a España y Chile (los otros dos países involucrados) al firmar la Convención sobre la Tortura el 8 de diciembre de 1988. Seis de los jueces (frente a uno que disiente) han declarado que Pinochet puede, por ende, ser procesado por crímenes cometidos después de aquella fecha.

Así que el General ha perdido: no tiene inmunidad y la amnistía que se auto-otorgó no es válida. Pero, por otro lado, los Lores han pedido al Ministro del Interior Jack Straw que reconsidere si las audiencias de extradición debieran proceder, en vista de que los cargos extraditables han sido sustancialmente reducidos.

¿Qué significa esta reducción? ¿Qué es lo que queda de la acusación original de Garzón de 250 páginas? ¿Acaso hay algunos crímenes cometidos durante los últimos quince meses de gobierno de Pinochet —entre el 8 de diciembre de 1988 y el 11 de marzo de 1990— que pueden ser comprobados y lo llevarían a ser juzgado en España? ¿No habrá tenido Pinochet al final de su presidencia más cuidado en cómo reprimía?

Al salir, nos apoderamos de un voluminoso fajo de hojas de un color verde pálido —122 páginas— que contiene las opiniones detalladas de cada uno de los *Law Lords*. Intento afiebradamente buscar en ellas alguna respuesta a mis preguntas. Tengo la suerte de que uno de los abogados ingleses que apoya al equipo de Garzón me aclare rápidamente que de hecho hay casos —aun dentro del período drásticamente reducido y limitado que la mayoría de los Lores ha circunscrito— que llevarían a condenar a Pinochet. El más importante de ellos es la muerte por tortura de un joven de diecisiete años, Marcos Quezada Yáñez, ocurrida el 24 de junio de 1989 en el pueblito de Curacautín. La autopsia ha revelado que murió debido a las golpizas y la corriente eléctrica aplicadas por la policía, que castigaba así la participación de este joven en protestas contra Pinochet. Existen, además, por lo menos veintiocho incidentes adicionales de asesinato y tortura que sucedieron después de que, el 8 de diciembre, la Convención de Tortura fuera ratificada, muchos de ellos documentados por el Informe de la Comisión Chilena de Verdad y Reconciliación de 1991.

Salgo de la Casa de los Lores al sol brillante de Westminster y me recibe una horda de periodistas, cámaras de televisión

y fotógrafos. La prensa me ha convertido en un interlocutor frecuente, un rol que he asumido a regañadientes. Me buscan para comentar el proceso contra Pinochet, porque tengo un sostenido interés en el caso, aunque también indudablemente influye mi uso del inglés. Es irónico que mi incesante práctica bilingüe sea el resultado directo del exilio, la necesidad de sobrevivir estos largos años de destierro: cuando Pinochet llegó al poder, yo juré hablar solamente castellano hasta el día de mi muerte, exhibiendo mi rechazo al inglés de mi infancia como la prueba de una identidad chilena y latinoamericana supuestamente pura e inmaculada. Así que bien podría afirmarse que fue el golpe de Pinochet el que, al sacarme del país contra mi voluntad, me preparó para este rol de portavoz extraoficial de las víctimas de la dictadura. Me gusta pensar que el mismo Pinochet es perversamente responsable de las palabras que están a punto de salir de mi boca.

Sí, pero ¿qué palabras? ¿Cómo resumir —en el idioma que sea— lo que acaba de acontecer hoy en la Cámara de los Lores? ¿Cómo asegurarse de que los defensores del dictador no van a emborrachar a la opinión pública con una serie de elucubraciones y dimes y diretes que buscan ofuscar lo que ha sido un veredicto desfavorable? ¿Cómo clarificar el asunto de manera que alguien que se encuentre en este momento con la oreja pegada a una radio —como yo lo he estado durante estos meses— al otro lado del mundo pueda entender este dictamen? ¿Cuál es la esencia de lo que ha transcurrido en ese edificio que está a mis espaldas, ahora que se ha emitido una segunda opinión?

«Una victoria para la humanidad», grito repentinamente, gesticulando con mis extensos brazos de espantapájaros. Y luego, en inglés: «*A victory for humanity, a victory for humanity*».

Tan pronto como salen aquellas palabras triunfales, me doy cuenta de que no se trata de una mera táctica exhibicio-

nista para desarmar a la oposición. Es la verdad feroz y entusiasta lo que queda como una luz definitiva cuando nos deshacemos del farrago de opiniones y fechas y reservas y reducciones y explicaciones.

Este siglo terrible y asesino que está concluyendo acaba de bendecirnos con un gran regalo final, un paso decisivo en la búsqueda de justicia e igualdad que desde siempre intenta nuestra especie.

No estoy exagerando.

Uno de los problemas centrales con los cuales hemos lidiado desde el comienzo de aquello que hemos llamado «civilización» es determinar que esos derechos le pertenecen a cada ser humano por el mero hecho maravilloso de nacer en este planeta y cómo asegurar que esos derechos puedan ser defendidos contra los poderosos. Es en el contexto de esta lucha ardua y afanosa en busca de la dignidad y el valor de cada uno de los hombres, las mujeres y los niños que respiran en esta violenta Tierra nuestra donde debe colocarse el fallo sobre Pinochet.

Le ha llevado a la humanidad miles de años llegar hasta este momento, tal como hemos tardado miles de años en abolir la esclavitud y otorgar el derecho a voto a todos los adultos sin tener en cuenta su orientación sexual o su etnia o el color de su piel, tal como nos hemos demorado lo que parece una eternidad en deshacernos de la explotación del trabajo infantil y la discriminación religiosa, y otra eternidad para establecer que un salario justo y el acceso a la protección sanitaria y a la educación son derechos que todos compartimos por el mero hecho de ser humanos. Y ahora estamos a las puertas de crear un sistema judicial mediante el cual aquellos que nos gobiernan serán responsables no sólo ante sus propias poblaciones, sino ante cualquier tribunal del mundo.

Para discernir por qué esta resolución de los Lores es tan monumental —estableciendo en efecto una jurisdicción univer-

sal para transgresiones cometidas por cualquier gobernante que se consideren tan vastas y flagrantes como para calificarse de crimen contra la humanidad entera— es necesario un pequeño desvío por la historia política y legal de los últimos siglos.

En 1648 se firmó la Paz (también conocida como Tratados) de Westfalia en los pueblos alemanes de Münster y Osnabrück, poniendo punto final a una conflagración que había dejado a Europa en ruinas: la guerra entre España y los Países Bajos. Los signatarios establecieron el respeto a la soberanía de los Estados nacionales (y soberanía asimismo para sus gobernantes) y, junto con el reconocimiento de los derechos religiosos de las minorías nacionales (católicos y protestantes en los respectivos países donde no eran mayoritarios), consagraron el principio elemental de la no interferencia en sus asuntos internos. Éste fue un avance notable en esa época que instaló el sistema de naciones y Estados soberanos que todavía nos rige, pero dejó sin resolver el dilema de cómo enfrentar los abusos que cometían los gobernantes contra sus propios súbditos. Sería a finales de 1948, exactamente trescientos años después de la Paz de Westfalia, cuando las Naciones Unidas —impulsadas por las atrocidades nazis de la Segunda Guerra Mundial (aunque indudablemente sacudidas también por los horrores vigentes del estalinismo y del colonialismo)— decidieron adoptar, el 10 de diciembre de ese año, la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que sigue siendo, hasta hoy, la piedra de toque en la lucha por un nuevo concepto de humanidad. Nunca antes habíamos nosotros, como especie, exigido que se respetaran tantos derechos fundamentales de cada ser humano, nunca antes se había pintado un cuadro más claro del tipo de mundo al que aspirábamos, nunca antes habían aceptado los Estados y los gobiernos ser juzgados de acuerdo con principios y obligaciones tan altos.

Y nunca antes un documento ha sido más violado. Puesto que no había detrás de tantas palabras un poder que hiciera

cumplir sus preceptos. Los gobernantes proclamaban cuánto respeto les merecían aquellos términos —libertad de esto, libertad de aquello— mientras se escondían detrás de la no-intervención y la deferencia hacia la soberanía para hacer lo que les diera la gana a sus ciudadanos (y, si disponían de la fuerza militar suficiente, lo que les daba la gana también a los habitantes de tierras foráneas). Los juicios de Nuremberg —y los menos notorios, pero igualmente vitales, juicios llevados a cabo en Tokio— constituyeron la primera y, a la vez, la última instancia en la que autoridades de un país (un país vencido, por supuesto, en una guerra) fueron juzgadas por crímenes contra la humanidad. Desde entonces, el siglo xx ha visto una larga letanía de masacres e invasiones, centros de tortura y pelotones de fusilamiento, bombardeos y persecuciones, pabellones psiquiátricos y confesiones forzadas, una larga letanía de dolor sufrido y justicia desbaratada. Vietnam y Sudáfrica, Camboya y Argelia, Praga y Buenos Aires y Pekín; Bokassa y Mengistu, Anastasio Somoza y Ferdinand Marcos, Suharto y Saddam y Honecker y Videla; en todas las latitudes los inocentes atormentados y agonizando; cada atentado contra ellos, prohibido y repudiado por la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

Las Convenciones, por supuesto, seguían firmándose, los Convenios se proclamaban, los Protocolos se debatían y ratificaban —sí, claro que sí, los Derechos del Niño, la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación de la Mujer, la Eliminación de Todas las Formas de Discriminación Racial, sí, claro que sí, estamos todos en contra del Trabajo Infantil y contra la Toma de Rehenes, pero la verdad es que las palabras son baratas y los signatarios no parecían esperar jamás que alguien les llamara la atención sobre la falta de cumplimiento de las obligaciones contenidas en los diferentes documentos ni tampoco estaban preocupados, aparentemente, por el hecho de que sus aliados o amigos del resto del mundo negaran los

derechos humanos de sus propios ciudadanos. Basta con mirar a Margaret Thatcher y Augusto Pinochet estampando sus flamantes autógrafos en la Convención Contra la Tortura. Está claro que al dictador chileno no se le pasó ni remotamente por la cabeza que él mismo podía ser arrestado por haber puesto su firma al pie de unas páginas que probablemente pensó que no eran más que un cúmulo de buenas intenciones y tonterías de leguleyos. ¿Cómo podía saber que estaba autorizando su propio proceso? Era inconcebible que diez años más tarde un grupo de *Law Lords* expertos en leyes comerciales fueran a decretar que un contrato es siempre un contrato y que es evidente que debe ser cumplido por quienes lo leyeron, lo confirmaron y lo rubricaron.

Pero ha sucedido mucho en los diez años transcurridos desde que se firmó la Convención Contra la Tortura. El hecho más crucial fue el fin de la guerra fría, con lo que también disminuyó la inminencia de un holocausto nuclear, una amenaza utilizada por los grandes poderes para justificar sus propias infracciones y no querer ver las ofensas contra los derechos humanos de los Estados menores dentro de su órbita. El miedo al Otro —el temor soviético a Occidente, el temor norteamericano al comunismo— se tradujo en una política de terror hacia el propio pueblo en el caso de las llamadas naciones socialistas y, en el caso del llamado «mundo libre», en una política de terror desatada sobre países extranjeros que buscaban su autonomía e independencia. Haz tú lo que quieras en Budapest o en Tíbet (aunque te voy a denunciar) con tal de que mis muchachos o mis amigos puedan hacer todo lo que quieran en El Salvador o Brazzaville o Timor Oriental (aunque tú me vas a denunciar a mí).

Así que no es extraño que naciera la esperanza de que la caída del Muro de Berlín iba a conducir a una rápida contracción en el número de violaciones de los derechos humanos, la creación de un mundo donde las naciones tuvieran que at-

nerse a los inexorables estándares de las muchas declaraciones y convenciones, para que la expresión «Nunca más», que se había clavado en la conciencia de la humanidad horrorizada por Auschwitz y Bergen-Belsen, pudiera desde ahora en adelante, más que condenar tan sólo la mala conducta pretérita, predecir un futuro diferente.

Dos catástrofes humanas contradijeron este optimismo. El prolongado proceso de desmembramiento de Yugoslavia a partir de 1991 desencadenó una ola de violencia y depravación como no se había visto en Europa desde los tiempos del nazismo, una virulencia reservada durante los últimos cuarenta años para las zonas más pobres y menos «civilizadas» del planeta. Aquella lejana brutalidad neocolonial que muchas veces fue no sólo amparada, sino prodigada, por las potencias occidentales ahora se encontraba a unas horas de París, Londres y Amsterdam. Es verdad que un Tribunal Internacional para Crímenes de Guerra en la ex Yugoslavia se instaló en La Haya en 1993, pero, como tantas iniciativas anteriores sin éxito, no logró engendrar ni la más mínima alarma entre los violadores de derechos humanos. Dos años más tarde, en 1995, cuando el general Mladic supervisaba con fruición la limpieza étnica de Srebrenica, matando a más de siete mil bosnios de origen musulmán y violando a sus mujeres y a sus niños ante los ojos mismos de los «guardianes de la paz» de las Naciones Unidas, cuya misión era protegerlos, la Corte de la Haya había detenido solamente a un torturador serbio y todavía no lo había empezado a enjuiciar —lo que no instauraría exactamente un modelo para disuadir a un criminal—. El otro acontecimiento demostró aun más de qué modo el genocidio contemporáneo puede ser visto casi con absoluta indiferencia por la comunidad internacional: cerca de un millón de tutsis fueron masacrados en Ruanda entre abril y mayo de 1994, observados por los poderes occidentales y las Naciones Unidas, que nuevamente nada hicieron para que cesara esa in-

molación. Por cierto, otra vez más se creó un Tribunal para Crímenes de Guerra, pero la persistencia de tantas matanzas atroces le dio un impulso adicional a la necesidad de repensar a fondo la manera en que las naciones del mundo pudieran generar instituciones permanentes que castigaran ese tipo de ultraje.

El resultado fue que el 17 de julio de 1998, precisamente tres meses antes de que Scotland Yard viniera en busca de Pinochet, 122 países (pero no los Estados Unidos) se reunieron en Roma para ratificar el Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional. El tratado establece mecanismos para juzgar a gobernantes que hayan cometido crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad, pero también incluye un artículo que indica que, para entregar a un acusado a la justicia mundial, antes debe conseguirse el consentimiento de la nación de la que es ciudadano aquel acusado. Lo que significa que alguien, digamos, como Pinochet, alguien que, como casi todos los dictadores jubilados, preserva enormes cotas de poder en su propio país, sin hablar de los amigos y lacayos que siguen ocupando posiciones de privilegio, no podría jamás ser sometido a la objetiva jurisdicción de una Corte Penal Internacional.

Por eso la resolución de los *Law Lords* es tan trascendental. La implementación de la Declaración Universal de los Derechos Humanos queda respaldada por un número significativo de tribunales nacionales que disponen, para cumplir sus órdenes, de fuerzas policiales propias. En el peor de los casos, este veredicto va a tener el efecto de confinar a ex tiranos y criminales de guerra dentro de las fronteras de sus propias tierras, temerosos de pasarse por un mundo repentinamente lleno de incertidumbre. Y, en el mejor de los casos, puede llevar a que muchos de ellos terminen procesados, una condena a aquellos que han pensado que pueden mutilar y matar y destruir la vida ajena sin que jamás se les pidan cuentas. Así se

prograsa en la lucha inmemorial por construir una sola humanidad, para que el mundo sea justo. Al quitarle su inmunidad a Pinochet, los *Law Lords* han establecido un precedente legal de incalculable magnitud que va a perdurar más allá de lo que le ocurra a la persona inmediata que está presa, sea que el General muera en Londres o se le mande a Madrid o termine en Santiago.

Aunque lo que suceda con ese cuerpo no es secundario. Los crímenes son cometidos por individuos —una persona dio la orden de torturar, otra persona transmitió esa orden, una tercera colocó la cabeza del prisionero en una bolsa de plástico hasta que murió asfixiado, una cuarta escondió el cuerpo, una quinta mintió acerca del destino final de aquel cuerpo— y es necesario que haya castigo. Tan necesario para los familiares sobrevivientes como para las víctimas, y necesario también como advertencia para los delincuentes presentes y futuros. Vamos a averiguar, en los días por venir, si las transgresiones que han permitido los Lores durante el período ahora restringido son suficientes para que se continúe con la extradición.

Es sin duda la pregunta que se hacen los chilenos.

Me encuentro ante las cámaras de la Televisión Nacional de Chile. Una reportera me pregunta si el hecho de que parezca quedar solamente un caso de tortura admitido como válido por los *Law Lords* no significa que ha disminuido tajantemente la posibilidad de que Pinochet sea extraditado.

Soy consciente de que mi respuesta va a ser transmitida —directamente y en vivo por satélite— a cada hogar de Chile.

—¿Y si fuera su mamá la que hubiera muerto bajo tortura? —pregunto con una vehemencia que me sorprende—. ¿No querría usted que se hiciera justicia?

Espero su respuesta. No agrego detalles acerca de Marcos Quezada y lo que tuvo que haber sentido cuando la electricidad pasaba por su cuerpo y no pudo escapar de ese dolor,

no quiero sobredramatizar mi pregunta al especular acerca de lo que tiene que haber significado encontrarse en esa parrilla y saber que vas a morir, que ahora sí que nadie te puede salvar. ¿No querría usted que se hiciera justicia? Es lo único que pregunto. Mientras espero la respuesta de la reportera, sigo esperando una respuesta.

* * *

Algunos de los 33 casos de tortura de Chile que ocurrieron entre el 18 de septiembre y el 8 de diciembre de 1988, incluidos en la acusación original y que ahora han sido agregados por el juez Baltasar Garzón al dossier con más detalles, basándose en los informes de la Comisión Chilena de Verdad y Reconciliación y otras fuentes:

*José Antonio Marcelo SALAS ROJAS, 22 años, soltero, pe-
luquero, muerto por torturas el 29 de septiembre de 1988 en
Santiago. Murió ese día a las 6:30 horas, en la Séptima Comisa-
ría de la Policía de Investigaciones, en la comuna de Maipú, por
una «signología asfíctica», según consta en el Certificado Mé-
dico de Defunción. El Informe de Autopsia señala que presen-
taba numerosas lesiones en todo el cuerpo cuya incidencia en la
causa de la muerte no era posible precisar. Entre éstas, indica:
infiltración sanguínea del cuero cabelludo de regular extensión
en la región parietal posterior izquierda; equimosis violáceas de
las mucosas labiales con pequeñas heridas contusas, semicírcu-
los violáceos equimóticos en el tercio distal de los antebrazos;
pequeñas placas apergaminadas excoriativas en la facies y equi-
mosis en las regiones posteriores de las rodillas. También seña-
la evidencia que orienta a pensar que estuvo en contacto con el
agua, lo cual podría explicar la causa de la muerte.*

*Lincoyán Nery CÁCERES PEÑA, 61 años, casado, muerto
por golpes el 7 de mayo de 1989 en Copiapó. Murió ese día a*

las 13:45 horas en el Hospital Regional de Copiapó, por traumatismo craneoencefálico, como acredita el Certificado Médico de Defunción suscrito por el médico legista. Había sido detenido el 4 de mayo de ese año e ingresado en el Centro de Readaptación Social, de donde fue trasladado por carabineros seis horas más tarde al hospital, debido a que «presentaba al parecer ataque de epilepsia». Tres días más tarde falleció. Lincoyán Cáceres presentaba un severo traumatismo craneoencefálico con múltiples fracturas craneanas y sus lesiones, ocasionadas con algún objeto contundente, eran atribuibles a terceras personas. Otros detenidos que se encontraban en el sector de incommunicados del penal declararon en el proceso de investigación que una hora después de la llegada de Lincoyán Cáceres escucharon golpes y quejidos.

El juez Garzón también agrega los casos de Cecilia MAGNI CAMINO y de Raúl PELLEGRÍN FRIEDMANN, cuyos cuerpos sin vida fueron hallados el 28 y el 31 de octubre de 1988 respectivamente, ambos cadáveres presentando lesiones contusas y huellas de aplicación de electricidad. En cuanto al cadáver de Raúl Pellegrín, se señala que la causa de la muerte fue asfixia por sumersión en agua y contusiones torácicas dorsales, que se explican por acción de instrumentos romos contundentes.

Y el 15 de diciembre de 1988, Wilson Fernando VALDEBENITO JUICA, de 28 años, casado, pirquinero, integrante de un grupo musical, muerto por torturas ocasionadas por quemaduras eléctricas extensas en la superficie corporal; además de que su cuerpo presentaba contusiones, traumatismo raquímedular de la quinta vértebra cervical y lucofracturas sacroilíacas bilaterales. Su cuerpo fue encontrado al costado del camino que conduce a Los Molinos. Presentaba la muñeca derecha amarrada con un cable eléctrico de color azul que le pasaba por debajo del brazo y le rodeaba la cintura por los pasadores del pantalón.

Y el 31 de diciembre de 1988, Dolores Paz CAUTIVO AHUMADA fue repetidamente golpeada mientras amenazaban a su hermana de que iba a ser violada; y el 20 de agosto y en una fecha desconocida de septiembre de 1989, a Jessica Antonia LIBERONA NIÑOLES se la dejó sin sueño durante varios días, se amenazó repetidamente a su hija de nueve años, fue interrogada desnuda, y se la mantuvo en la oscuridad en condiciones solitarias e insalubres; y que entre el 26 de octubre de 1989 y el 1.º de noviembre de 1989, a Marcos PAULSEN FIGUEROA se lo golpeó, se lo suspendió en el aire, se lo amenazó repetidamente con matarlo y con que sus hermanas iban a ser asaltadas sexualmente y torturadas; y el 27 de octubre y en una fecha desconocida en noviembre de 1989, a Andrea PAULSEN FIGUEROA se la dejó sin sueño y sin agua durante varios días y se amenazó a su hija de cinco años de que la iban a torturar; y Claudia Varela Moya y Marcos Ariel Antonioletti Ruiz y Patricia Irrarrazával y Hernán Sepúlveda que murió bajo tortura y Jorge Muñoz, al que se lo ató y quedó confinado en una pequeña jaula y se lo suspendió y se le aplicaron descargas eléctricas y Marcelo Arturo Garay Vergara y Luis Leyton Chamorro y...

Los abogados del General Pinochet declararon que todos estos casos eran irrelevantes, meros casos ordinarios de brutalidad policial, y pidieron que, por lo tanto, no fueran tomados en cuenta durante las audiencias para determinar la extradición.

Unos meses antes de que Pinochet fuera arrestado, se publicó un libro en Chile. Escrito por Patricia Verdugo, la brillante periodista chilena cuyo padre había sido asesinado por las fuerzas de seguridad, en él se transcribían las conversaciones sostenidas por radio entre Pinochet y los otros conspiradores el 11 de septiembre de 1973 durante el golpe. Yo había leído las palabras de esa grabación en 1983 en la revista semi-clandestina *Análisis*, pero ahora no sólo se encontraba tal información a la venta en cada quiosco del país, sino que era posible adquirir un CD donde se podía oír la voz ronca e inconfundible de Pinochet. Leer lo que dice es una cosa; muy diferente y escalofriante es escuchar esa misma voz diciéndole al almirante Carvajal que no debe aceptar ningún tipo de negociación con Allende, que, a media mañana del 11 de septiembre, sigue pertrechado en La Moneda. Ahí estaba, la misma voz que yo había oído a fines de agosto de 1973 por teléfono, esa misma voz que gritaba ahora, unas semanas más tarde, que un avión debía estar listo para llevarse a Allende y a su gente.

Uno puede percibir que se aloja alguna duda en la garganta de Carvajal. No tiene claro que sea una buena idea dejar que Allende parta, o si es mejor hacerlo prisionero y después se verá.

Pero Pinochet no quiere que el almirante le crea un blando y le explica lo que piensa hacer. La idea, dice esa voz que reconozco, es que a estos caballeros se los manda por avión

adonde sea y cuando estén en camino algo le va a pasar al avión.

Es una «idea» que Pinochet reitera un poco más tarde, cuando Carvajal le sugiere que Allende puede querer «parlamentar».

Pinochet se sobreexcita y ladra: «Rendición incondicional. Nada de parlamentar. ¡Rendición incondicional!»

—Muy bien. Conforme. Rendición incondicional en que se lo toma preso, ofreciéndole nada más que respetar su vida, digamos...

—La vida y su integridad física y enseguida se lo va a despachar a otra parte.

—Conforme. O sea que se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país.

—Se mantiene el ofrecimiento de sacarlo del país. Y el avión se cae, viejo, cuando vaya volando...

Y se oye a Carvajal riéndose, riéndose de lo que ya entiende que no es una broma. Tal vez comenzando a acostumbrarse al sentido del humor tan especial de Augusto Pinochet Ugarte. Y, de hecho, unas horas más tarde, cuando se transmite la noticia de que Allende ha sido hallado en La Moneda y que está muerto, el nuevo gobernante de Chile se permite otro chiste. ¿Qué hacer con el cadáver? Se le escucha a Pinochet preguntándose en voz alta si es mejor meter al difunto «en un cajón y embarcarlo, viejo, junto con la familia. Que el entierro lo hagan en otra parte, en Cuba. Si no, va a haber más pelota pa' el entierro». Y enseguida el nuevo líder se pregunta si al presidente muerto no se le podría enterrar secretamente en Chile. Es increíble escuchar tantos años más tarde el origen de las desapariciones chilenas, esas palabras que sugieren transformar a Allende en el *primer desaparecido* de Chile. Y como si eso fuera poco, enseguida nos llega la voz de Pinochet lamentándose: «¡Si éste hasta para morir tuvo problemas!».

Ahí está nuestro Pinochet, despojado de toda pretensión de estadista, Pinochet en su meridiana vulgaridad.

Incidentes como éste, sin embargo, no deben cegarnos, no deberían llevarnos a concluir que éste es un hombre sin doctrina, un hombre que no tiene un plan para Chile y para el mundo.

Dos años después de esa conversación del 11 de septiembre, como una manera de celebrar otro aniversario del golpe, el General televisa un discurso desde el Edificio Diego Portales, estableciendo su teoría acerca de los derechos humanos que «se siguen utilizando», se queja, «como un instrumento para combatir a nuestro gobierno y a nuestro país, a lo largo y a lo ancho del mundo entero».

Los derechos humanos, dice, son universales e inviolables; «pero no son irrestrictos ni son de igual jerarquía». Una y otra vez, en este discurso como en tantos otros, emplea las imágenes de enfermedad y cáncer para explicar cómo entiende los derechos de su pueblo: «Cuando un cuerpo social se enferma,... se suspende el ejercicio de algunos derechos, para asegurar la vigencia de otros más importantes... La inmensa mayoría de nuestros compatriotas acepta y respalda esas restricciones, porque comprenden que ellas son el precio necesario de la tranquilidad, el orden y la paz social, que hoy nos convierten en una isla dentro de un mundo invadido por la violencia, el terrorismo y el desorden generalizado».

Pinochet enseguida se queja de que los derechos humanos «sean ejercidos por quienes se valen de ellos para realizar actividades o difundir doctrinas destinadas a abolirlos», y se lamenta de que tantos jóvenes, cuyos padres no comparten sus convicciones ni sus conductas, «su conciencia envenenada por el fanatismo y el odio», tengan que ser castigados.

«Como esposo y como padre —prosigue Pinochet—, me he conmovido ante esta realidad en diversas ocasiones, porque comprendo el dolor que produce en algunos hogares; créanme

que para mi sensibilidad personal resultaría mas fácil ceder y no sancionar, pero si lo hiciera estaría traicionando mi deber de gobernante, ya que cuando la autoridad no se aplica con vigor, se cae en el libertinaje y luego en la anarquía. Las consecuencias las pagan entonces todos los habitantes y son siempre más duras que las que hubieran sido necesarias para mantener inicialmente el orden público. Por eso, nuestra actitud debe permanecer inflexible, en bien de Chile y de sus hijos».

En bien de Chile y de sus hijos.

Estamos a mediados de octubre de 1999 —de hecho, a 14 de octubre— y otra semana notable ha pasado en la odisea de Augusto Pinochet. No he retornado a Londres desde aquel veredicto de marzo en la Cámara de los Lores y, sin embargo, por una extraña coincidencia, de nuevo me encuentro de visita en esta ciudad, camino hacia el Festival Literario de Cheltenham, justo a tiempo para presenciar directamente la próxima etapa del caso Pinochet. El magistrado Ronald Bartle está a punto de dictaminar, después de un año de demoras y apelaciones, si finalmente hay méritos suficientes para que comience el proceso de extradición o si el General debe ser mandado de vuelta a Chile por falta de pruebas.

Afuera del juzgado de Bow Street, el 8 de octubre, de nuevo me veo salvado de tener que recibir la noticia por la radio, de nuevo me encuentro dispuesto a escuchar otro veredicto londinense. No me sentí especialmente decepcionado cuando Diane Dixon me avisó de que esta vez no podría arreglar mi acceso a la audiencia. Me lo había explicado la noche anterior, en el Riverside Studio, donde inaugurábamos una exposición de pinturas y grabados del prominente artista británico Peter Griffin inspirados en mis poemas. Ese evento —para recoger fondos para la Fundación Víctor Jara— estaba repleto de amigos de los grupos de solidaridad ingleses, con una buena mezcla de chilenos expatriados y exiliados recalcitrantes. Muchos de los presentes iban a volver a congregarse a la mañana siguiente en la Bow Street, y me prometieron que lo que perde-

ría en suspense dramático al no estar adentro de la Corte cuando el magistrado anunciara su decisión se compensaría de sobra por lo que iba a constituir la muy especial experiencia de esperar esa decisión afuera, en la calle misma. Y tenían razón. La Ópera de Covent Garden, que está exactamente en frente del juzgado, no podía ser más inglesa y a unas cuadras fluye el Támesis de Dickens y los inmensos taxis negros conducen por la izquierda y caminan apresurados los picapleitos con sus paraguas tan británicos, y no me puedo sacudir, sin embargo, la impresión de que este Londres tan prototípico es una mera ilusión. Con lo que me topo a bocajarro en la Bow Street es con una versión de Chile, o más bien con un espejo deforme del Chile fracturado cuyas dos zonas irreconciliables se han estado confrontando durante las últimas décadas. Me encuentro trasladado de vuelta a mi país sin haber tenido que dejar Londres.

A un costado se encuentran los innumerables miembros del *Piquete de Londres*, que continúan con las incesantes protestas y tamborileo salvaje del último año. Pero ya no están solos. Frente a ellos, al otro lado de la calle, protegido por los imponentes *bobbies* ingleses, un grupo de pinochetistas levanta banderas y afiches («Gracias, General» y «Devuelvan nuestro salvador a Chile») tratando infructuosamente de hacerse oír por encima del bullicio infernal de sus adversarios. Estos otros chilenos —en su mayoría mujeres pudientes— han volado desde Santiago en *tours* organizados por la Fundación Pinochet, un intento de contrarrestar el *Piquete* con su propia propaganda, bramando que el General rescató a Chile del comunismo internacional. Uno de los chistes que circulan es que estos «pinotours» son sumamente caros, puesto que los viajeros deben pagar dos billetes de avión, uno para la dama de casa en clase ejecutiva y el otro en económica para la empleada doméstica que la acompaña. Pero los insultos que se lanzan en buen castellano, para regocijo de los fotógrafos y el asombro lejano de los televidentes, no dan risa, sino pavor. Tampoco la

pintura roja que agitados miembros del *Piquete* tratan de lanzar sobre los políticos derechistas chilenos cuando éstos hacen su entrada al edificio del tribunal. Un joven trastornado, vestido como un esqueleto, logra saltar por encima de las barreras policiales para lanzar un escupitajo sobre la esbelta y elegante figura de Evelyn Matthei —una mefítica senadora de ultraderecha, hija de un ex Comandante en Jefe de la Fuerza Aérea chilena—, que ha venido a Londres a acompañar a Pinochet en su hora de desamparo.

Confieso que siento un cierto pudor, casi vergüenza e irritación, por la fogosidad e histeria de los dos grupos. Por primera vez desde que Pinochet ha sido detenido, preferiría no tener los ojos del mundo mirándonos, me gustaría poder ocultar al resto del planeta la descarnada desnudez de nuestro odio mutuo, la ausencia de siquiera la apariencia de un diálogo. ¿O se trata de algo inevitable? Cuando expones a tu dictador al juicio de la humanidad, ¿puedes evitar acaso también la exhibición descarnada de tus propios defectos y debilidades, el país enmarañado que él nos está legando? ¿No estamos nosotros tan aprisionados como Pinochet, tan presos en su jaula como él en la nuestra, disputando su imagen y su herencia hasta la saciedad, alimentándonos de nuestros rencores como una familia malsana?

Los dos principales antagonistas de nuestro pasado irresuelto se están impacientando ahora, en la medida en que el veredicto tarda en llegar. Hay rumores de que en esta ocasión el dictamen va a favorecer al General. El magistrado Bartle es un devoto y conocido de Margaret Thatcher y tiene la reputación de hombre firmemente conservador. De hecho, adelantándose a esa posible decisión favorable a Pinochet, el gobierno español ha montado durante las últimas semanas una maniobra diplomática para bloquear cualquier apelación de Garzón, de manera que el reo pueda ser liberado de inmediato. Esta estratagema se descubrió, se denunció y tuvo que

abortarse, pero su mera existencia sugiere que el magistrado inglés va a concluir que los abogados de Garzón no han probado la culpabilidad del acusado.

Resulta que estábamos, sin embargo, equivocados. Las esperanzas del gobierno de José María Aznar y de los bochincheros pinoturistas que vociferan frente a la Corte de Bow Street no se van a cumplir. Cuando se conoce el veredicto, resulta ser la más fuerte de todas las incriminaciones contra el General en lo que va de proceso. Bartle ha encontrado que las torturas infligidas a las víctimas no eran casos aislados sino que formaban parte de una conspiración sistemática y deliberada para aterrorizar al país entero. Y no sólo ha declarado que hay razón más que suficiente para que proceda la extradición, haciendo más difícil el intento de los abogados de Pinochet de impugnar la evidencia ya admitida, sino que este juez conservador también ha permitido que, en el juicio que ahora se abre, estas incriminaciones sean consideradas crímenes contra la humanidad que sobrepasan los límites con que los *Law Lords* definieron las transgresiones extraditables.

Lo que Bartle ha permitido, me doy cuenta en los días que siguen, al leer con cuidado su decisión, es que Garzón, además de centrarse en las víctimas de torturas de los últimos dieciocho meses del gobierno de Pinochet, puede también agregar los más de mil casos de desapariciones en Chile que todavía quedan sin resolver. Esos hombres y mujeres que fueron secuestrados hace tantos años y cuyos cuerpos todavía no han sido entregados a sus familias constituyen, según Bartle, una violación presente y perpetua de la ley, un crimen que todavía no ha cesado y por el cual Pinochet todavía es responsable. El magistrado inglés incluso ha agregado un párrafo en el que pide específicamente que también se tome en cuenta durante las audiencias de extradición el sufrimiento de los parientes de los detenidos desaparecidos y la inusual crueldad que ha significado para ellos este tipo de represión.

Lo que más interesa de esta parte de su dictamen es que se hace eco de un razonamiento que ha ido refinando y avanzando el juez chileno Juan Guzmán Tapia que, en Santiago, ha llevado a cabo desde el 20 de enero de 1998 una paciente investigación de algunas desapariciones ocurridas durante el reinado de Pinochet, negándose a aplicar la amnistía o la inmunidad al ex Presidente. Como el magistrado Bartle, el juez Guzmán considera que Pinochet puede ser acusado de secuestro, un crimen que no cesará hasta que los cuerpos de los desaparecidos aparezcan, vivos o muertos.

¿Y qué importa lo que haga o sueñe con hacer un solitario juez en Chile? ¿No son estériles el rastreo y la cacería del General si el destino de éste va a decidirse acá, en Londres, y, más tarde, en Madrid? Este último veredicto, ¿no ha garantizado que el ex dictador no podrá ya evitar su eventual extradición a España?

En efecto, ésa es la conclusión del gobierno chileno: se han agotado los intentos jurídicos de impedir la extradición o serán denegados en cada etapa futura y ha llegado el momento definitivo de ensayar una alternativa. Seis días antes del juicio de Bartle, este 14 de octubre de 1999, la prensa inglesa trae la noticia de que el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile le ha pedido al gobierno de Blair que someta al General Augusto Pinochet —pronto a cumplir los 84 años— a exámenes médicos para determinar si su mala salud y frágil memoria lo inhabilitan para enfrentarse a un proceso y justificarían, por tanto, su inmediato retorno a Santiago. Al esquivar el procedimiento judicial y poner todas sus energías en probar la decrepitud e indisposición del acusado, los chilenos esperan darle a Jack Straw, el Ministro de *Home Affairs*, una manera digna de enviar al General a su casa sin que parezca que está interfiriendo en los asuntos internos de la justicia. Después de todo, aun aquellos que soñamos con un General Pinochet enfrentándose a sus víctimas una a una en un tribunal de Ma-

drid, tenemos que admitir con alguna desgana que un reo (éste o cualquier otro) que no está en su sano juicio no debe ser juzgado. A lo que se estaría juzgando en ese recinto sería a un remedo de ser humano, a un monigote sin conciencia que ya no sería, efectivamente, Pinochet mismo.

No podemos vislumbrar todavía si esta ofensiva diplomática de las autoridades chilenas va a tener éxito, pero hay señales de que sólo a partir de ahora vamos a ver aplicada una presión internacional realmente intensa, por mucho que el gobierno del Presidente Eduardo Frei siempre haya pensado que la detención de Pinochet era una catástrofe mayor. La *Concertación*, aquella coalición que reúne a los diversos aliados del gobierno, ha vivido momentos de una tensión casi insoportable, hallándose varias veces a punto de quebrarse por la entusiasta adhesión de su ala izquierda al proceso de Pinochet en el extranjero. El hecho de que algunos diputados que son prominentes *concertacionistas* hayan ido a Londres para testificar contra el ex dictador —notablemente Isabel Allende, la hija del ex Presidente (que no debe ser confundida con la novelista), y Juan Pablo Letelier, el hijo del asesinado Ministro de Defensa y de Relaciones Exteriores de Chile— y que se les negara el uso de la Embajada chilena, que en cambio recibía calurosamente a los derechistas, casi ha llevado a los socialistas a retirar su apoyo al gobierno de Frei. En cuanto a la oposición de la derecha, ha usado la humillación internacional de Chile y su pérdida de soberanía para envolverse con un manto de retórica ultranacionalista, atacando al gobierno por su incapacidad de defender a la patria. Y los militares más fascistoides han visto robustecerse su influencia, interrumpiendo un lento proceso de retorno de las Fuerzas Armadas a los cuarteles después de dos décadas de activismo político e interferencia en los asuntos civiles. Y, por cierto, la incriminación exitosa de Pinochet en Inglaterra y España (a lo que se agregan las órdenes de detención emanadas de Bélgica, Francia y Suiza) pone aun más de relieve

la debilidad y amilanada timidez con que los gobiernos democráticos han tratado al General y a sus secuaces.

Esta crisis interminable ha empeorado con ocasión de la campaña presidencial. Por primera vez desde los mil días de Allende, otro socialista —si bien uno bastante más tibio y moderado que Allende— es el candidato de la *Concertación* para la contienda que se dirime en diciembre de este año. La posibilidad de que el socialista Ricardo Lagos, un prominente allendista y, para colmo, ateo, pueda llegar a ser Presidente de la República sin que los militares o la comunidad de negocios de Chile lo vayan a vetar o sabotear va a ser una prueba de nuestra verdadera vocación democrática. Lagos, que fue detenido durante la dictadura y se hizo famoso al confrontar y denostar a Pinochet de forma pública, está luchando voto a voto contra un populista de derecha muy bien financiado, Joaquín Lavín. La detención de Pinochet ha permitido a Lavín, que fue en el pasado un rábido discípulo del ex dictador, llevar a cabo una operación de escamoteo y disimulo de sus verdaderas lealtades, distanciándose de los fanáticos pinochetistas, una estafa que sería más difícil de ocultar si el General retornara a Chile. ¿Es éste, entonces, el último servicio que Pinochet va a prestar a sus incondicionales, que su ausencia misma sea la paradójica condición que llevará a un retorno al poder de sus partidarios?

No, hay otro tipo de servicio que Pinochet puede entregar a su causa, que el gobierno de la *Concertación* teme aun más, y que le otorga a su nueva ofensiva diplomática una urgencia que no había mostrado hasta ahora. ¿Qué es lo que los derechistas esperan que Pinochet haga por ellos?

Que se muera en el extranjero. Eso.

Eso sería suficiente, según muchos observadores, para convertirlo en un mártir y una víctima, transformado por la monopolística prensa Chilena derechista en un héroe que pereció en una cárcel foránea por defender la soberanía de la patria, el

último sacrificio de una vida dedicada a los humildes, que le dieron la espalda pero que algún día reconocerán su grandeza, *el General de los pobres*, como a él le gusta presentarse. ¿Qué mejor escenario para los conservadores en Chile? La muerte de Pinochet en el exilio borrando todos los crímenes que cometió en el país, su fantasma épico menoscabando a los fantasmas tristes de los desaparecidos a los que él negó sepultura.

—Si muere en Inglaterra o España —me dice un alto funcionario del gobierno de Frei cuando lo llamo desde Londres para discutir estos asuntos—, no nos vamos a poder librar nunca más de él. Si lo traemos de vuelta a Chile, hay una buena posibilidad de que lo podamos juzgar acá.

Me caben serias dudas de que eso sea, de hecho, posible, aun en estas alteradas circunstancias. Al calor de la campaña electoral, muchos prominentes pinochetistas han anunciado que deben ser los tribunales de Chile los que resuelvan este problema y no los de Inglaterra o España; y esos tribunales están comenzando a mostrar, por primera vez en dos décadas, auténtica independencia, rehusando —por ejemplo— la aplicación de la amnistía en desapariciones y también quitándole a los tribunales militares jurisdicción sobre esos casos. Pero queda por ver si esto seguirá así una vez que Pinochet retorne efectivamente a Santiago. No puedo vislumbrar al Ejército permaneciendo con los brazos cruzados mientras su ex Comandante en Jefe es detenido y le toman las huellas digitales y lo acusan en un tribunal civil. Mientras que en España o Inglaterra los militares no tendrían ningún modo de presionar a los jueces, al gobierno, a la policía, a la opinión pública, en Chile pueden influir e intervenir a destajo. Así que me parece irrefutable que, si deseamos alguna mínima medida de justicia, alguna garantía de un juicio imparcial, tendría que darse en el extranjero.

En estos momentos en que Jack Straw determina qué grupo de doctores va a examinar a nuestro viejo déspota, me en-

cuentro por primera vez desde el día tan lejano en que escuché la voz de Pinochet por el teléfono deseándole buena salud a mi némesis. Que los médicos que están por auscultar al General lo encuentren sano de cuerpo y de mente, que descubran que sus riñones funcionan a la maravilla y que su cerebro está despejado, tan claro y capaz como cuando mandó a la muerte a tantos amigos míos.

Nunca pensé que haría un brindis por Pinochet.

Que cada pulsación y cada aliento, cada golpe de su corazón traidor, lo acerque cada vez más al día de un juicio que debe llevarse a cabo en este mundo irrevocable y no en el otro.

Es mi deseo más íntimo y feroz.

Que el General Pinochet viva muchos años.

* * *

Extractos de una declaración de Jack Straw, el *Home Secretary* del gobierno de Blair, el jueves 2 de marzo de 2000.

«He decidido hoy que no voy a permitir la extradición del senador Pinochet a España. Es una decisión que tomo bajo la sección 12 del Acta de Extradición de 1989. También he decidido no emitir autorizaciones para proceder con respecto a las peticiones de extradición de Suiza, Bélgica y Francia...»

»El 11 de enero del año 2000, este Secretario de Estado informó a los representantes del senador Pinochet y al Reino de España que había encargado un informe médico sobre la salud del senador Pinochet, que fue entregado a esta oficina el 6 de febrero del año 2000. El Secretario les señaló que el informe indicaba que el senador Pinochet no se encontraba en condiciones de ser sometido a juicio y que no podía esperarse ninguna mejora significativa...»

»El 14 de octubre de 1999, un poco después de la decisión del magistrado [Bartle] de encontrar causa para extraditar al senador Pinochet, este Secretario de Estado recibió a través de los canales diplomáticos peticiones de la Embajada chilena, sostenidas por informes médicos, que sugerían que había habido un deterioro reciente y significativo de la salud del senador Pinochet... El Secretario decidió, por lo tanto, invitar al senador Pinochet a someterse a un examen médico que se llevaría a cabo por un equipo de médicos nombrado por el Secretario. El objetivo era conseguir un informe independiente, exhaustivo y autorizado sobre los hechos clínicos relevantes...

»Los hechos críticos (del informe original) son los siguientes:

»Los médicos... concluyeron que el senador Pinochet no sería mentalmente capaz de participar de una forma significativa en un juicio, en base a: (i) un déficit de memoria del senador Pinochet respecto a acontecimientos recientes y remotos; (ii) su capacidad limitada de comprender oraciones complejas y preguntas debido al impedimento de la memoria y la consecuente inhabilidad para procesar de forma apropiada la información verbal; (iii) su impedida habilidad de expresarse de forma audible, sucinta y relevante; y (iv) tendencia a la fatiga.

»Debido a estos impedimentos, el senador Pinochet sería incapaz de seguir suficientemente el proceso de un juicio como para instruir a su abogado. Tendría dificultad para entender el contenido y las implicaciones de las preguntas que se le hicieran y tendría una noción inadecuada acerca de esa dificultad...

»Las incapacidades identificadas en el informe médico se deben a daños cerebrales extensos cuyos mayores episodios parecen haber ocurrido durante septiembre y octubre de 1990, cuando el senador Pinochet sufrió una serie de infartos...

»Los médicos consideraron que era probable un deterioro progresivo tanto en su condición física como en la mental... Y han advertido a este Secretario de Estado de que no hay evi-

dencia de que el senador Pinochet haya podido simular tales dificultades... Es importante apuntar que la apariencia exterior del senador Pinochet no da necesariamente una pauta fiable de su condición mental. Es característico de personas con un alto nivel de inteligencia que sean capaces de enmascarar superficialmente un impedimento significativo de sus funciones cognitivas...

»Al Secretario de Estado se le ha aconsejado que el intento de someter a juicio a un acusado en la condición diagnosticada al senador Pinochet... no podría constituir un juicio imparcial en ningún país y violaría el artículo 6 de la Convención Europea de Derechos Humanos en aquellos países que son signatarios de esa Convención».

* * *

Así que el viejo zorro de nuevo se ha burlado de nosotros. En este tercer día de marzo del año 2000, veo al General Augusto Pinochet bajar en silla de ruedas del avión que lo ha traído desde Londres, veo al General Pinochet llegar a Chile después de diecisiete meses de arresto domiciliario, un mes por cada año de su régimen, me murmuro, como si esta correlación de números y mágicas equivalencias de alguna manera constituyera un signo de que algún inverosímil equilibrio de recóndita justicia permanece en este universo que ha permitido que un dictador escape del castigo.

¿Es así como terminan nuestros sueños?

¿Con un dictador que huye en la madrugada de una Inglaterra lluviosa, y un avión militar que despegap apresuradamente unas horas más tarde antes de que las víctimas puedan interponer una apelación y que sólo puede aterrizar para reponer combustible en la Isla Ascensión, en medio del Atlántico, porque es el único territorio entre Londres y Santiago

que se encuentra bajo jurisdicción británica y es, por lo tanto, el único sitio donde la Interpol no puede arrestar al General? ¿Es ése nuestro consuelo, que Pinochet estará de ahora en adelante confinado en su propia tierra, que nunca podrá visitar de nuevo a su *sastre* en la calle Bond?

Estoy viendo el retorno de Pinochet a Chile en la pantalla de mi computadora, acá, en Carolina del Norte, Internet me trae en vivo un diluvio de imágenes transmitidas desde el aeropuerto de Santiago.

La banda militar comienza a tocar «Yo tenía un camarada», una marcha alemana —¿cómo ama Pinochet estas canciones que trajeron a Chile los oficiales prusianos que convirtieron a nuestro Ejército a fines del siglo XIX en una máquina de muerte tan eficiente!—, justo cuando la silla de ruedas toca suelo chileno. Bueno, no exactamente el suelo, todavía no, puesto que a Pinochet se le baja hacia una alfombra ostentosamente roja reservada para dignatarios extranjeros y jefes de Estado, absolutamente inapropiada para un fugitivo de la justicia. Toda esta ceremonia de bienvenida, de hecho, puede verse como una provocación, en vista de que no ha sido aprobada por las autoridades civiles, que se han ausentado muy notoriamente del aeropuerto. Ahora, el Comandante en Jefe del Ejército chileno, el general Ricardo Izurieta, se aproxima a Pinochet. Pinochet levanta los ojos para ver de quién se trata y, reconociéndolo, decide..., sí, en efecto, se levanta, se eleva triunfalmente de su sillón de enfermo y le propina a Izurieta un abrazo y, enseguida, sube el brazo en señal de victoria y con la otra mano empuña imperturbablemente su bastón, comienza a caminar, con pasos bastante firmes, haciendo la revisión de las tropas, que le ofrecen un saludo bullicioso y solemne, como si se tratara de un héroe que retorna invicto del campo de batalla, mientras la banda se lanza ya con otra marcha alemana. Ahora Pinochet abraza a sus familiares, uno por uno, mientras una muchedumbre de fieles que ha estado esperando

desde la madrugada se deshace en gritos y vítores, y él se da vuelta hacia ellos y levanta ambos brazos casi como un boxeador. Ahora lo suben a un helicóptero, camino, según un comentarista de televisión, del Hospital Militar, donde se le practicarán exámenes diversos y donde lo espera otra caterva de fanáticos con himnos y consignas. La transmisión por Internet me muestra ahora las calles del *Barrio Alto* de Santiago —el vecindario más próspero de la ciudad, próximo a la cordillera—, donde las casas están adornadas con banderas chilenas y matronas acaloradas lloran su gratitud por la liberación de su benemérito líder.

No deja de ser frustrante, por supuesto, tener que presenciar este espectáculo. Hasta el último momento parecía que aquellos que querían extraditar a Pinochet iban a poder bloquear su retorno. Durante los dos meses que acaban de pasar ha habido una serie de maniobras intrincadas para impugnar la decisión de Straw y su informe médico. Eminentes neurocirujanos de Inglaterra, distinguidos psiquiatras de Madrid y de Chile y de otras partes del mundo, han emitido sus propios informes, elucidando minuciosamente —y de una manera convincente— por qué el equipo que investigó la salud del General ha cometido un número tal de errores que invalida la conclusión de que Pinochet no puede ser procesado. Ninguna de estas críticas exhaustivas ha sido admitida como evidencia en vista de que España se ha negado a cursar una apelación contra la opinión de Straw. Aun así, pareció que, en el último momento, íbamos a poder retener a Pinochet por otro año más. Junto con seis grupos de derechos humanos, Bélgica (un país que de forma creciente ha ido tomando el liderazgo entre aquellas naciones que se preocupan por los derechos humanos, debido a una ley reciente que otorga jurisdicción a sus tribunales para perseguir casos de genocidio dondequiera que ocurran) convenció a tres jueces de la Corte de Apelaciones de que revisaran la determinación de Straw. Pero esa posibilidad

se malogró y otras maniobras desesperadas de último momento tampoco dieron fruto.

Según un artículo publicado hoy por Jamie Wilson en el *Guardian* de Londres, parece que siempre fue ilusoria nuestra esperanza de que Pinochet pudiera permanecer en Inglaterra. De hecho, hace varios meses que ya se concretó un pacto para salvarlo. En una reunión secreta de junio de 1999, el *Foreign Secretary* inglés Robin Cook y su colega español Abel Matutes, durante una cumbre en Río, se pusieron de acuerdo en que había que ponerle un punto final a este engorroso asunto. Se informa de que Cook habría dicho acerca de Pinochet: «No voy a permitir que él se muera en Gran Bretaña». A lo que Matutes replicó: «No permitiré que venga a España». De manera que, cuando Juan Gabriel Valdés, el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, en una reunión de la ONU, en Nueva York, en septiembre, le sugirió a Cook que el deterioro de la salud de Pinochet era una manera de conseguir su retorno, el acuerdo terminó sellándose ahí mismo.

Tal vez debería haberme dado cuenta cuando, en el curso de los últimos meses, las manos de Pinochet comenzaron a emerger en la prensa, desnudas y frágiles y temblantes. Sentí una cierta satisfacción al divisar esas manos falibles y efímeras expuestas a los *voyeurs* del mundo, noté que esas manos ahora imploraban misericordia, me dije que por lo menos el proceso había despojado a aquellas manos de sus eternos guantes, forzándolas a salir de su escondite. Pero todo fue una estrategia, una búsqueda de la simpatía del público, una estafa publicitaria.

Viendo ahora partir su helicóptero hacia el sucio cielo azul de Santiago, convertirse en un puntito en la pantalla, me pregunto una vez más si estoy más cerca de haber resuelto el enigma de Pinochet: ¿cómo tanta maldad puede tener su origen en alguien que aparece siempre como persistentemente ordinario y hasta mediocre? Tantos informes patológicos acer-

ca de su mente, tantos exámenes que le han hecho los doctores, los psiquiatras y los especialistas, tantas representaciones, diagnósticos y mapas de su mente, y nada que nos responda a la pregunta verdaderamente básica, nada que explique cómo un intelecto se vuelve maligno. Ay, si pudiera entrar, internarme en lo que él piensa, esas memorias, penetrarlas por la puerta de atrás, casi como un sirviente entra en una casa, sin que nadie se dé cuenta, y registrar lo que él sabe, lo que él calló en sí mismo cuando me habló con esa voz que todavía oigo como un eco, esa voz por el teléfono allá en La Moneda cuando Allende aún vivía, lo que él secretamente comandaba con un movimiento mínimo de esa mano enguantada con la que diez años más tarde se despediría de mí, cuando lo vi pasar por esa desolada esquina santiaguina. Tengo la sospecha —aunque no la certidumbre— de que Pinochet, cuya mente Jack Straw ha declarado demasiado débil para comprender lo que le pasa, sigue siendo enteramente, astutamente, plenamente él mismo, es decir, alguien que recuerda con claridad quién es y con exactitud qué hizo y qué órdenes emitió. Estoy seguro de que es capaz de responder a preguntas muy sencillas, como, por ejemplo, ¿qué tomó usted hoy en el desayuno? Y, hablando de desayunos, ¿recuerda los que compartía usted en Chile cada mañana con el jefe de su policía secreta, el general Manuel Contreras, una hora y media cada día durante años? Durante tantas horas y tanto café con leche, ¿nunca hablaron, ni una sola vez, de las desapariciones de los opositores del régimen? ¿Ni una vez se mencionó, mientras masticaban tostadas y mermelada, aquello que ocurría en los sótanos oscuros que comandaba Contreras, los aullidos que salían de esos sótanos y que buscaban el terror de la población y la seguridad del régimen? ¿Ninguna curiosidad por saber si había algo de cierto en todo eso que se rumoreaba?

Estas preguntas y tantas otras quedan por responder, y lo que no sabemos ahora es si, en vista de que ya no se le podrán

hacer en España, todavía queda la posibilidad de buscar las minuciosas respuestas acá en Chile. Después de todo, el gobierno chileno ha insistido incesantemente en que hay condiciones para juzgar al General Pinochet en su patria y ahora veremos si tales declaraciones obedecían a la realidad o si eran falsedades, una táctica para conseguir la liberación del tirano. Las señales son hasta ahora ambiguas. Ricardo Lagos, al que se acaba de elegir —con muy pocos votos por encima de su contrincante Lavín— como el primer Presidente socialista de Chile después de Allende, ha anunciado que es necesario que se haga justicia, aunque otros miembros de su coalición aducen que, si el anciano General no está capacitado para afrontar un juicio agobiante en el exterior, ¿cómo podría llevarse a cabo ahora uno en Chile mismo? La derecha aparece como igualmente dividida. Mientras algunos de los legisladores más conservadores contradicen ahora sus anteriores y aparatosas declaraciones de que Pinochet debía ser juzgado en su propio país, otros, y notablemente el mismo Lavín, con su 48 por ciento de preferencias en las últimas elecciones, siguen tratando de distanciarse del ex dictador.

La cámara empieza a filmar ahora el local de la Asociación de Familiares de Detenidos-Desaparecidos, que han estado de vigilia toda la larga noche del vuelo de retorno de Pinochet. Entre la luz de las velas que todavía no se apagan, Viviana Díaz, cuyo padre, Víctor, fue secuestrado hace veintiocho años sin que jamás se haya sabido de su paradero final, le dice a un periodista que esto es una farsa. Ellos le habían advertido al mundo de que Pinochet iba a embaucar al Ministro del Interior británico y ahí lo tienen ahora al dictador, burlándose de todos los que creyeron en su enfermedad. Pero este hombre vuelve, agrega Viviana, como un criminal. Y nosotros vamos a demandar que se haga justicia. Se lo va a procesar acá en Chile.

¿Tendrá razón? ¿Todavía puede cumplirse mi sueño? ¿O mi propia mente está febril?, ¿me estoy consolando con la

fantasía de un futuro inalcanzable, tal vez inexistente, un país donde nadie está por encima de la ley?

Algo más tarde, sin embargo, un cable desde Santiago transmite una declaración del juez Juan Guzmán, que tiene, en este momento, 59 acusaciones pendientes contra Pinochet (con una o dos agregándose cada día, un nuevo pariente presentando su caso): «Yo creo —dice el juez— que se dan las condiciones para que se desarrolle un buen juicio en este país y, a partir del lunes que viene, me voy a dedicar exclusivamente a este objetivo».

Naturalmente, para siquiera comenzar una tarea tan monumental, debe primero tratar de arrancarle al General su inmunidad parlamentaria, probándole a la Corte de Apelaciones y, eventualmente, a la Corte Suprema chilena que hay suficientes pruebas de comportamiento criminal como para justificar una medida tan drástica contra un miembro activo del Senado. En los siguientes meses, y quizás años, es a esa Corte Suprema a la que debemos prestar máxima atención, interesándonos por sus opiniones anteriores y las secretas alianzas que se establecen entre sus miembros, tal como nos hicimos expertos en las tendencias de abogados y magistrados y Lores ingleses cuyos nombres nadie había pronunciado jamás en nuestra presencia.

Ha habido cambios notables en el sistema judicial chileno. La Corte Suprema fue un bastión del pinochetismo durante un tiempo excesivamente largo; saludando con alborozo el golpe contra Allende; rechazando cualquier hábeas corpus o interpelación por los desaparecidos; ignorando ultrajes que podrían haber sido investigados y hasta por ahí mitigados; y tan recientemente como agosto de 1990, cuando Pinochet (que seguía siendo Comandante en Jefe del Ejército) advirtió de que, si se tocaba a uno solo de sus hombres, habría serias consecuencias, declarando unánimemente la vigencia constitucional de la Ley de Amnistía de 1978, lo que significó que a los

tribunales de menor envergadura se les prohibió requerir si- quiera información sobre las desapariciones. Y un año más tarde, en 1991, la Corte castigó al juez Carlos Cerda con una suspensión de dos meses sin salario porque rehusó aplicar esa Ley de Amnistía a un caso de trece ciudadanos secuestrados. Y en 1993, esa Corte se negó a investigar el caso Prats. Y en 1994 esa misma Corte Suprema cerró el caso del diplomático español Carmelo Soria, asesinado en 1976 por agentes de Pinochet que posteriormente confesaron el crimen. Y en 1995 decretaron que era legítimo que el General le hiciera un juicio por difamación a un ex líder estudiantil universitario, Arturo Barrios, que había declarado públicamente que el tirano debía ser juzgado por las violaciones de los derechos humanos que tuvieron lugar durante su régimen (Barrios fue posteriormente encarcelado). Y después, en 1997, los Supremos le pidieron a todas las Cortes inferiores que resolvieran rápidamente y despacharan cualquier acusación pendiente que se refiriera a derechos humanos, exigiendo que aplicaran la Ley de Amnistía. Una historia vergonzosa de genuflexión pusilánime ante los poderes presentes y pretéritos del Estado. Aun así, los nombramientos de nuevos jueces realizados por dos presidentes democráticos comenzaron paulatinamente a construir la posibilidad de un sistema judicial independiente. Ya hacia fines de 1997, la Corte Suprema, por primera vez, decide revertir la aplicación de la Ley de Amnistía y, en una resolución separada, ordena a un tribunal militar mantener abiertas otras causas. Decisiones parecidas empiezan a ser frecuentes una vez que el General deja de comandar el Ejército y asume su cargo de senador vitalicio; y de veras se aceleran a partir del momento en que Pinochet es detenido en Londres con más casos aceptados contra miembros retirados de las Fuerzas Armadas e incluso contra algunos en servicio activo. Más crucial todavía es la decisión de volver a abrir una serie de casos que habían sido cerrados, un cambio particularmente preocupante para el

Alto Mando militar, que prevé una hilera interminable de pleitos debilitantes.

Esta disposición a investigar el pasado ha recibido el nombre de «nueva doctrina» de la Suprema —y algunos de sus miembros han argumentado que no quieren aplicar la Ley de Amnistía en absoluto ya que viola tratados internacionales tales como la Convención de Ginebra (sobre el trato de los prisioneros de guerra) que Chile ha firmado—. Cabe preguntarse si este impulso justiciero va a mantenerse ahora que Pinochet está de nuevo en casa. Tal vez ahora los jueces chilenos ya no sientan la necesidad de probarle al mundo que son suficientemente independientes como para juzgar al General y a sus segundones. ¿O se mantendrá la presión para que las Cortes chilenas mantengan sus promesas? ¿Permanecerán los ojos del mundo pegados a lo que ocurra en mi país para ver cómo termina esta historia que se abrió con un operativo de Scotland Yard en Londres en octubre de 1998 y cuyo acto final se está escribiendo en otro país? ¿O a nadie le importa ya el desenlace de este proceso ahora que ha sido desterrado a las distantes orillas de la historia humana, ahora que ya no transcurre en los centros de Madrid y Londres y Washington, ahora que Pinochet nos ha sido devuelto como un bulto del que se cansaron los demás?

El monstruo les pertenece a ustedes. Háganse cargo de él ya, de una vez por todas.

¿Pero acaso no es precisamente esto lo que he deseado? ¿Este retorno? Primero el General ayuda a los pueblos del mundo a establecer el precedente crucial de que un Jefe de Estado pueda ser juzgado por crímenes contra la humanidad ante cualquier tribunal del mundo que actúe en nombre de esa humanidad herida, y enseguida se nos entrega a los chilenos la extraordinaria posibilidad de enjuiciarlo una vez más, ahora en nuestro propio patio trasero impuro y degradado. Claro que su evasión, por ignominiosa y grotesca que haya sido, deja un

cierto regusto amargo, la constatación de que no todos los hombres son iguales ante la ley, que alguien como Pinochet recibe indulgencias y privilegios. ¿Y qué hay de sorprendente, de novedoso, en eso?

La soberanía de Chile, invocada tan tediosamente por el gobierno, está a punto de recibir su verdadera prueba de fuego. Tener soberanía significa subordinar a las Fuerzas Armadas, que resistirán que su ex Comandante en Jefe sea colocado en el banquillo de los acusados, tratado como un ciudadano cualquiera. Significa que a los pinochetistas, una minoría en este país de acuerdo con cada elección libre y cada encuesta, no se les debería permitir que bloquearan nuestra democracia. Y la soberanía más ardua de todas: la que hay que ejercer sobre nuestro pasado para que finalmente nos pertenezca tanto como cualquier pedazo del territorio nacional.

Porque el jefe máximo no actuó solo.

Son muchos, innumerables, los que participaron y permitieron sus abusos. Empezando, por cierto, por los centenares de militares y funcionarios de primera y cuarta categoría que llevaron a cabo las órdenes del General, los hombres que oprimieron el gatillo o hundieron el bistrú o apretaron el tornillo. Ni qué hablar de quienes compraban los materiales con que tales horrores se perpetuaron, aquellos que arrendaban esos sótanos y los mantenían barridos, los que pagaban los sueldos de esos agentes y mecanografiaban los informes y servían el café y las galletas a la hora del reposo de los guerreros. Y a ellos se agregan, de forma menos visible, tantos millares que negaban esos desmanes sabiendo que eran ciertos o que los justificaban como un mal inevitable para salvar al país de las bárbaras hordas marxistas.

Al apagar la pantalla de mi computadora, sin querer ver, sin necesidad de ver la escena de jubilosas masas fascistas celebrando el retorno de su héroe a las calles de Santiago, las esperanzas de justicia derritiéndose bajo un sol implacable, pien-

so en otros: los que cerraron los ojos para no ver, los que decidieron hacer caso omiso de los aullidos, los que se dijeron en voz baja y a menudo de forma pública que las madres de los desaparecidos eran unas locas y que hasta cuándo seguirían jodiendo. Y los que aprovecharon la dictadura para hacerse ricos, para comprar el patrimonio del Estado, para echar al trabajador indefenso. Y aun otros más: aquellos que más tarde, cuando vino la democracia, prefirieron olvidar, prefirieron la amnesia del consumo desenfrenado, mientras el dolor se paseaba en la callejuela de al lado, mientras el dolor surgía desde todos los rincones y conciencias de la patria. Me refiero a los que permitieron, con su silencio, que Pinochet prosperara, que Pinochet existiera.

Todos aquellos que, si Pinochet es juzgado, tendrían que preguntarse aquello que verdaderamente importa: ¿hasta qué punto soy responsable yo de que no haya justicia en mi país? y, una pregunta más urgente y crucial, ¿qué estoy dispuesto a hacer hoy para remediar esa situación?

Pinochet es un espejo. *

Y su retorno a Chile, una oportunidad histórica para mirarlo a él y mirarnos simultáneamente nuestra verdadera e impostergable cara.

* ¿Estamos de veras dispuestos a enjuiciarlo?

Es la pregunta y el espejo último que el General nos trae, como un regalo perverso y maravilloso, desde el mundo exterior. Una pregunta que tenemos que hacernos, pase lo que pase, con el percedero cuerpo o la artera o deteriorada mente del hombre que reinó sobre nuestros destinos durante diecisiete años. Haya o no desafuero. Haya o no un juicio.

¿Estamos dispuestos a juzgar al país que dio origen a Pinochet?

Tal vez este sueño recién comienza.

* * *

«¿Qué le parece a ustedes si hay una bomba en un hospital y usted sabe que Fulano de Tal está informado de dónde está la bomba? Y éste le dice: “No le digo nada porque yo no sé”. ¿Qué hace usted? Yo le pregunto ahora: ¿Usted justifica?, ¿acepta que la persona diga: “No sé dónde está la bomba”, y usted sabe que ahí van a morir inocentes y que no hay tiempo de sacar a los enfermos? ¿Va a quedarse esperando hasta que la bomba revienta?».

Palabras pronunciadas por Pinochet en una entrevista en 1989.

¿Cuántas veces se ha visto esgrimido este argumento?, ¿cuántas veces ha escuchado el lector a alguien que sugiere que tal vez, en algún momento, quién sabe si alguna vez, por ahí el más civilizado de nosotros no podría estar dispuesto a torturar a un sospechoso, bombardear a civiles exentos de toda culpa, restringir el derecho de un reo a un abogado o a un juicio imparcial, todo en nombre de salvar a los inocentes?

Tal vez lo más aterrador de Pinochet no sea lo lejos que ha estado de nosotros durante todo este tiempo, sino su terrible cercanía. A una distancia tan ínfima. La corta distancia que lo separa de seres humanos corrientes que nunca en su vida concebirían la posibilidad de hacerle daño verdaderamente al prójimo.

Tal vez mi necesidad de exorcizarlo, de enjuiciarlo, es en el fondo la necesidad de desterrar aquella cercanía, separarlo del resto de la humanidad, castigar en él nuestro propio temor a hacer algo parecido, lo que podríamos sentirnos tentados a hacer algún día cuando nuestro destino nos pusiera en una situación mortal en que tuviéramos que elegir, que los dioses nos amparen, entre nuestros ideales éticos y la supervivencia de los seres que amamos.

*M*ueren los amigos y, cuando su muerte ha sido violenta y han intervenido en ella agentes de un Estado, puede suceder que pasen muchos años para descubrir dónde ocurrió aquella muerte y a veces tardamos aun más en saber cómo y por qué.

Fue el caso de Carlos Berger.

Aunque yo me había topado con su viuda, Carmen Hertz, en Buenos Aires, a principios de 1974 —ambos en las primeras etapas de nuestro exilio—, no puedo recordar haberle oído ningún detalle acerca de cómo había sido asesinado su marido por los militares en Calama. Tal vez no estaba dispuesta a hablar, tal vez yo no estaba con ánimos de preguntar, tal vez teníamos otras cosas que nos preocupaban —como huir de la Argentina antes de que nos mataran los escuadrones de la muerte que ya comenzaban a operar en esa República—. O tal vez si Carlos hubiese sido uno de mis amigos más íntimos... Pero había sido, como tantos compañeros de ese tiempo de la Unidad Popular, alguien al que fui tratando de forma intermitente a lo largo de los años. Es probable que lo haya conocido durante mi adolescencia, puesto que mis padres frecuentaban a sus padres, comunistas, en particular a Dora Guralnik, su mamá, pero mis primeros y nebulosos recuerdos de él son de la Universidad de Chile, donde él estudiaba Leyes y yo estaba metido en Literatura, y luego los puedo rememorar de forma vaga a él y a Carmen durante las frenéticas campañas presidenciales de 1964 y 1970. Finalmente llegué a conocerlo más de cerca durante los mil días de Salvador Allende, ya que uno de

mis múltiples trabajos era ayudar a publicar la revista juvenil Onda, que sacaba la Editora Quimantú, la casa editorial del Estado, y que competía sanamente por el mercado con Ramona, una publicación que dirigía Carlos. Hablamos a menudo, y acaloradamente, acerca de cómo los medios podían asistir en la hazaña casi imposible de rescatar las mentes de la basura cultural subliteraria, y el gran desafío que significaba intentar esto adentro de una revolución que respetaba enteramente los derechos democráticos de la oposición. Me gustaban su sentido del humor y sus convicciones políticas tan intensas y casi feroces, que combinaban curiosamente con una cierta bonhomía afable, su extraña mezcla de testarudez y tolerancia. Una vez que él abandonó ese trabajo, lo vi un par de veces más, en marchas o tal vez cuando trabajaba de periodista en el Ministerio de Hacienda, y era ahí donde yo suponía que lo había pillado la asonada militar. Así que me estremeció leer en los diarios de fines de octubre (a esas alturas yo ya estaba asilado en la Embajada argentina, esperando un salvoconducto que tardaba en llegar y que me permitiría salir de Chile) que lo habían fusilado en el norte del país mientras trataba de escapar de un escuadrón militar. Se le tildaba, por cierto, de «terrorista comunista».

Claro que todo eso era una mentira. Pero el tamaño de la mentira nunca lo supe a ciencia cierta hasta los postreros meses del gobierno de Pinochet, cuando leí un libro extraordinario, Los zarpazos del puma, en el que la periodista Patricia Verdugo —sí, la misma temeraria reportera que había publicado la transcripción de las conversaciones secretas de Pinochet durante el golpe— revelaba para centenares de miles de lectores la historia de la llamada Caravana de la Muerte, que se había cobrado la vida de 75 hombres inocentes y la de Carlos Berger entre ellos. Extrañamente, a esas alturas Angélica y yo ya nos habíamos acercado bastante más a Carmen Hertz y, sin embargo, tal vez debido a una natural discreción que se establece entre amigos,

todavía no habíamos oído de sus propios labios cómo había muerto Carlos.

Menos de un mes antes del derrocamiento de Allende, ellos se habían mudado, con su hijito de ocho meses, Germán, a Calama, para que Carlos se hiciera cargo de la radio local El Loa —y ahí fue donde lo encontró el golpe la mañana del 11 de septiembre de 1973—. Debido a que desobedeció las órdenes de los militares de clausurar la radio, fue arrestado ese mismo día, aunque lo liberaron al anochecer. Lo que no le salvó: un poco antes del alba del 12 de septiembre, en una brutal arremetida del Ejército, fue detenido nuevamente. Un tribunal militar lo condenó a sesenta días de cárcel por haber continuado sus transmisiones de radio bajo estado de sitio, una pena suave para tiempos tan ásperos. Esa sentencia y algunas otras emitidas por el mayor Fernando Reveco contra otros partidarios de Allende resultaron todas tan moderadas que, en efecto, a principios de octubre se le relevó de su comando, fue conducido a Santiago y ahí interrogado y torturado por sus propios camaradas. Lo encarcelaron por dos años antes de exiliarlo, un destino que compartió con algunos otros oficiales que habían mostrado en otras partes de Chile un similar grado de circunspección y prudencia durante la toma de poder.

El 18 de octubre tenía que haber sido un día feliz para Carlos Berger. Justo el día anterior, Carmen —que era, como su marido, abogado— había convencido al oficial a cargo de los prisioneros de que el resto de la sentencia de su marido podía ser conmutada por una multa, en vista de que había cumplido ya la mitad de ella y había mostrado además una conducta ejemplar. Habían llegado a un arreglo para liberar a Carlos, hasta el punto de que Carmen había comprado dos billetes de avión para que los dos pudieran volar a Santiago al día siguiente.

Pero ese 19 de octubre fue también el día en que un helicóptero Puma del Ejército chileno aterrizó en Calama. Bajó el

general Sergio Arellano Stark en tenida de combate, acompañado de varios oficiales cuyos nombres, desafortunadamente, iban a regresar en una acusación tras otra a través de los años, oficiales que iban a servir de espina dorsal de la DINA, el servicio secreto de inteligencia y represión creado por Manuel Contreras a instancias del General Pinochet. Oficiales como el teniente coronel Pedro Espinoza, segundo de la DINA y encargado del campo de tortura de Tejas Verdes. Y el coronel Sergio Arredondo, que iba a ser más tarde el agregado militar en Brasil, desde donde coordinaría las operaciones de los servicios secretos de las cinco naciones involucradas en la Operación Cóndor. Y el teniente Armando Fernández Larios, quien estaba al mando del grupo de soldados que tomaron La Moneda y que más tarde sería acusado de comandar varios operativos de la DINA en Chile y en el extranjero, incluyendo el asesinato del diplomático español Carmelo Soria y, en Washington, las muertes de Orlando Letelier y Ronni Moffett. Y el mayor Marcelo Moren Brito, que iba a estar a cargo del centro clandestino de torturas de Villa Grimaldi, donde testigos sobrevivientes han ubicado a muchos prisioneros que finalmente se convertirían en desaparecidos.

La supuesta misión del grupo de oficiales cuidadosamente seleccionados era la de revisar los procedimientos de los consejos de guerra para que se armonizaran los criterios con que los prisioneros eran condenados, pero su verdadera significación había sido revelada por las visitas de esa comitiva a otras ciudades. Saliendo del aeródromo de Tobalaba (Santiago) el 30 de septiembre, Arellano y compañía se habían dirigido al Sur antes de virar hacia el Norte. En cada ciudad donde no existían condenas ni tampoco presos políticos, el comandante responsable de la guarnición había perdido su mando para ser, posteriormente, detenido y mandado a Santiago; y en las ciudades donde los tribunales militares habían mostrado excesiva compasión o clemencia, los presos que cumplían esas sentencias moderadas

habían sido ilegalmente sacados de sus celdas y ejecutados. Calama era la última parada de un itinerario de exterminio. El 4 de octubre en Cauquenes: cuatro prisioneros asesinados. El mismo día en Valdivia: fusilados doce prisioneros. El 16 de octubre en La Serena: a quince condenados se les saca de la cárcel local y son ejecutados, entre ellos Jorge Peña, que había creado una orquesta sinfónica de Chile formada enteramente por niños. Esa misma noche, la Caravana traslada a trece hombres de la cárcel de Copiapó y los fusila en un sector que se llama Cuesta Caracoles, acusando a los muertos de haber intentado escapar. Y el 18 de octubre le toca el turno a Antofagasta: a catorce presos se los llevan a la Quebarada El Way, donde son asesinados (entre ellos se encuentra Eugenio Ruiz Tagle, un nombre con el que volveremos a encontrarnos).

Y, de ahí, Arellano y su brigada siguen a Calama.

A las tres de la tarde de ese 19 de octubre, cuando Carmen fue a ver a Carlos a la cárcel para avisarle de que el acuerdo que aparentemente lo iba a liberar al otro día había sido rescindido, aunque por razones que ella no alcanzaba todavía a comprender, lo encontró nervioso y muy inquieto. La mitad de los reclusos habían sido sacados de la cárcel —para un interrogatorio, según las autoridades— unas horas antes, encapuchadas sus cabezas y las manos atadas por la espalda. Carmen se quedó con Carlos hasta que tuvo que dejarlo, a las cinco de la tarde. Su último recuerdo de él era que estaba lindamente tostado por el sol y que llevaba sus blue-jeans, su camisa y su pipa y tampoco ha podido olvidar el último beso que él le dio.

A las seis de la tarde, a Carlos ya lo habían matado —aunque Carmen no iba a saberlo hasta mucho más tarde—. Testigos que empiezan a comparecer a lo largo de los años declaran que se lo llevaron, junto a otros veinticinco detenidos, a una zona montañosa llamada Topater, no lejos de Chuquicamata, que era, en esa época, y que todavía sigue siendo hoy, la mina de cobre de tajo abierto más grande del mundo. Yo he estado

allá, he visitado esa mina en el desierto de Atacama, he visto el lugar donde ultimaron a Carlos Berger, ahí, en esa extensión de arena y roca en el desierto más seco de la tierra. Fue ahí donde a Carlos y a los otros ejecutaron los hombres que venían con el general Arellano. Según los soldados y oficiales locales, a los que se les había pedido asistir y que se horrorizaron por lo que tuvieron que presenciar. Porque las ejecuciones no fueron rápidas. Los miembros de la Caravana de la Muerte se ensañaron con los prisioneros, tomándose su tiempo, disparándoles primero en las piernas y luego tirando sobre otras partes del cuerpo y enseguida mutilando a los indefensos con lentos corvos, excavando las cuencas de los ojos y desgraciándole la cara a cada uno mientras los otros presos miraban el destino que les esperaba. Sólo trece cadáveres de los veintiséis ejecutados fueron devueltos a sus familias para que tuvieran sepultura, tal vez debido a que los otros habían sido terriblemente estropeados, tal vez debido a razones que nunca lograremos saber. De todas maneras, los otros cuerpos los desaparecieron y todavía hoy siguen sin encontrarse. Entre ellos estaba el cuerpo de Carlos Berger, las manos que alguna vez habían escrito la siguiente carta a su esposa, que empezó el 26 de septiembre de 1973 desde la cárcel de Calama:

«Querida y Adorada mujercita:

»...Nunca será posible reproducir la situación, la tensión, el momento, la angustia y el aplastamiento que sentimos cuando fueron comunicando las penas. Imagínate. Los van llamando de a uno. Y suben a la celda. Entran y dicen: 8 años. Que baje Fulano. Se produce un silencio espantoso y baja Fulano. Al rato sube y dice: me tiraron 15 años; que baje Zutano. Y ahí se va repitiendo. Hubo penas de 500 días - 600 días - 8 años - 15 años - 16 años - 25 años. Era simplemente para sentarse a llorar. Pero los muchachos se portaron realmente muy bien. Amargados y jodidos, por cierto, pero muy enteros. Ahí yo te eché mucho de

menos. Yo no tenía nada que ver con el asunto, pero igual me deprimí y ahí se siente la necesidad de conversar con alguien, de apoyarse en alguien y ese alguien no podías sino ser tú...

»Ahora es jueves [27 de septiembre], son casi las doce. Acaba de venir el suboficial Rojo a comunicarme la sentencia definitiva. Son 60 días de prisión, que deberán cumplirse en la cárcel de Calama. Bueno, me queda una temporada aquí en Calama, disfrutando del sol, del deporte, del agua con arsénico. Espero que se respeten las normas en cuanto a que la pena empieza a cumplirse desde que uno está en prisión con lo que ya tendría casi 15 días cumplidos. Espero que vengas hoy en la tarde. Te adoro. CARLOS. Y quiero muchísimo al enanito rubio»*.

Carlos nunca sospechó, por cierto, mientras escribía esa carta, que Carmen tendría que criar a ese hijo sola, sin su padre. Ni sabía del venidero exilio de la familia y el complicado retorno a Chile y cómo al hijo le costó casi su vida entera atreverse a visitar ese desierto de Calama donde su padre había sido asesinado. Ni tampoco pudo Carlos haber anticipado lo que le ocurriría a sus padres, las silenciosas víctimas cuyos nombres no se hallan en ese Memorial del cementerio de Santiago. Carlos no podría haber sabido, esperemos que nunca llegara a adivinar, que su padre, Julio Berger, sumido en una depresión crónica, se quitaría la vida en 1984. Ni que su madre, Dora, también se suicidaría, tirándose de la ventana de un decimocuarto piso, en 1988.

Pero Carmen no permitió que la muerte de Carlos la destruyera.

* Agradezco a Carmen Hertz que me haya facilitado un facsímil de esta carta. Había leído su contenido antes (en un sitio de Internet), pero ver la letra misma de Carlos, sentir la inmediatez de sus manos escribiendo para Carmen y también para todos quienes lo iban a recordar y acompañar desde el futuro, participar de esa intimidad de la que me hacía a partir de ahora guardián, fue una experiencia grata en medio del sorpresivo dolor que este libro me fue produciendo mientras lo redactaba y que creía tener bajo control hace ya muchos años.

Durante años siguió rastreando a los hombres que le habían dado muerte con la misma determinación con que había exigido que le retornaran sus restos para que fueran enterrados. Pasaron años y más años, y nunca cejó en su búsqueda de justicia, ni siquiera cuando un juez tras otro denegaban sus demandas, insistiendo ellos en aplicar la amnistía antes de que sus exhortos pudieran ser investigados. Pero el retiro del General Pinochet del Ejército y su arresto en Londres abrieron el camino para un cambio. En agosto de 1999, el quinto circuito de la Corte de Apelaciones de Santiago aceptó la causa instruida por el juez Juan Guzmán contra los oficiales de la Caravana de la Muerte, acusados de asesinato y secuestro. Ella pudo finalmente presenciar la detención de aquellos hombres que habían descendido de ese helicóptero Puma aquel día en Calama, cuando su vida cambió para siempre. Arellano y Arredondo y Moren Brito y Fernández Larrios. Todos esperando juicio y retribución.

Con el pez más gordo a punto también de caer.

Y fue así como, el 27 de abril del año 2000, Carmen Hertz, en nombre de su marido, presentó su querrela contra el General Augusto Pinochet Ugarte ante la Corte Suprema, argumentando que era directamente responsable de las ejecuciones y secuestros llevados a cabo por la comitiva de Arellano y que, por lo tanto, debía ser privado de su inmunidad senatorial para ser enjuiciado. La evidencia que entregó era abrumadora: testimonios de oficiales de la zona que habían protestado por el asesinato de civiles desarmados y ya sentenciados y a los que Arellano había mostrado órdenes mediante las cuales el General Pinochet nombraba a Arellano su delegado personal en tiempos de Estado de Sitio y Estado de Guerra —tiempos en que ningún subordinado podría haber actuado sin el acuerdo y el conocimiento total del Comandante en Jefe—. Otros documentos atestiguan los esfuerzos de Pinochet para encubrir esas masacres —en órdenes escritas de su puño y letra, una prueba incontrovertible—, pidiendo a sus subalternos que borrarán

toda referencia crítica a la misión de Arellano de sus informes. Y Carmen terminó su alegato comprobando de forma fehaciente la culpa de Pinochet: el ascenso sistemático de todos y cada uno de los miembros de la Caravana de la Muerte y el despido automático (acompañado a menudo de persecución y encarcelamiento) de cuanto oficial hubiera exhibido la más mínima resistencia a esa matanza o muestras de una elemental decencia.

De manera que estábamos finalmente averiguando cómo habían muerto Carlos y los otros. Y habíamos descubierto cuándo y dónde había ocurrido.

Pero el porqué todavía quedaba por ahí, sin resolución, buscando una respuesta.

La respuesta fue dada, creo, por el mayor Reveco —ese oficial al que se le había expulsado, golpeado, detenido porque se estimaba que mostraba excesiva piedad hacia los seguidores de Salvador Allende. En una entrevista con la periodista inglesa Isabel Hilton para un documental de la BBC, sugiere el mayor que la Caravana de la Muerte no tuvo como objetivo primario mandar un mensaje a los civiles de Chile sino a los militares, para que cada soldado comprendiera que la debilidad hacia el adversario caído no iba a tolerarse. «Fue una demostración —dijo Reveco— de que Pinochet tenía el poder absoluto». Una señal, agregaría yo, de que las leyes del pasado que habían marcado nuestro devenir histórico ya no eran válidas, que no había lugar ya para la concordia y la reconciliación entre los chilenos. Una señal de que Pinochet no iba a ser un mero interludio entre gobiernos democráticos, que tenía la intención de rehacer completamente el rostro de Chile hasta que nadie pudiera reconocerlo.

Así que las muertes de Carlos Berger y los otros no fueron un accidente sino el fundamento mismo sobre el cual el General Pinochet iba a labrar su dominio de terror durante los próximos diecisiete años.

Y hay algo tozudamente apropiado, entonces, en que sea esa muerte la que derribe al General de su pedestal inmune, que puede abrir la puerta a su enjuiciamiento en la misma tierra que malgoverizó con tanta ferocidad por tantos años. Germán Berger Hertz, que ya no era un enanito rubio, que tenía ahora casi la misma edad que tenía su padre el día en que lo ultimaron, miró a su madre parada ahí, en la Corte, como un ángel vengador, veintisiete años después de que los militares le informaran de que acababan de matar a su marido y de que no iban a entregarle el cuerpo. ¿Quién se hubiera atrevido a pronosticar ese día terrible de 1973 que ella estaría acusando públicamente de homicidio al hombre más poderoso que jamás rigió los destinos de Chile, exigiendo justicia en nombre de Carlos y de todos los muertos de nuestro país?

El General Augusto Pinochet Ugarte acaba de caer en la deliciosa trampa de su propia perversidad. Cuando nuestro ex dictador dejó sin sepultura a miles de presos políticos que sus servicios de seguridad habían asesinado secretamente, no podía anticipar ni en sus más tristes pesadillas que estaba cavándose —¡asombrosa ironía y jugarreta de la historia!— su propia tumba. No tenía cómo saber que décadas más tarde serían precisamente esas desapariciones las que iban a permitir que hoy, este día 8 de agosto del año 2000, la Corte Suprema anunciara en Santiago su desafuero, su pérdida de inmunidad parlamentaria.

Si les hubiera devuelto los cadáveres a los familiares en vez de hacerlos desaparecer, hoy estaría libre.

Esa obstinada práctica de no entregar a los familiares los cadáveres de sus deudos tiene que haberles parecido al principio a Pinochet y a su séquito una idea genial. Las autoridades podían matar a mansalva a sus adversarios y no tener que asumir la responsabilidad ignominiosa de haber cometido esos vejámenes, podían ejercer el poder total y, simultáneamente, presentar ante un público nacional e internacional una imagen pulcra e inocente, insistiendo en que tales horrores eran inventos de los opositores. Se rechazaba el hábeas corpus porque, de hecho, no había *corpus*, no había cuerpo ni restos ni evidencia y tampoco había, por ende, víctimas o verdugos. Lo que sí había era terror. Un terror alucinante, porque todos los chilenos entendían lo que de veras había pasado y seguía y

seguía pasando interminablemente, más allá de los desmentidos oficiales, en algún oscuro sótano o un lejano desierto. *Seguía y seguía pasando*: ahí estaba la torcida lógica de la represión.

Cuando Pinochet hizo esconder los despojos de los detenidos, él estaba condenando a los parientes al infierno de la peor incertidumbre, forzándolos a ellos y al resto de la población a imaginar, una y otra vez, aquella cosa innombrable que todavía podía estar sucediéndole a los remotos y cercanos cautivos. Con esto, la tortura dejaba de ser algo meramente físico para convertirse en algo que ocurría en el interior incesante de cada ciudadano. Esas desapariciones terminaron simbolizando para muchos de nosotros la desaparición de un país entero, de un Chile de libertad que se quería matar para siempre. Si la *Caravana de la Muerte* mandó un mensaje a los militares para que obedecieran o se atuvieran a las consecuencias, las *desapariciones* terminaron mandando un mensaje paralelo al país mismo: nosotros somos los dioses y señores no sólo de la vida sino de la muerte misma y no sólo vamos a escarmentar a los rebeldes sino también a condenar a quienes los sobreviven, condenarlos a un duelo interminable.

Es particularmente maravilloso, entonces, que sean aquellos cuerpos supuestamente muertos, aquellos desaparecidos, los que ahora se hayan convertido en el instrumento de un posible castigo a Pinochet y a sus cómplices. Los jueces chilenos han decidido, en efecto, interpretar la desaparición de esos prisioneros como un secuestro perpetuo, algo que sigue sucediendo hasta que no se haya probado lo contrario, un crimen que no ha dejado de suceder, que está sucediendo ahora mismo y que no va a cesar hasta que aparezcan los detenidos. Es decir, Pinochet tendría que probar que él mató —o mandó matar— a esos presos políticos, traer a la luz los cadáveres, desenterrarlos, arrastrarlos desde los ríos y desde los mares, para que los tribunales pudieran aplicarle su propio indulto. El

tirano queda convenientemente atrapado en su propia astucia malsana, acorralado por su propia crueldad.

Este nuevo vuelco en el caso Pinochet no podría haber sucedido sin la pertinaz lucha de los familiares, que siempre se negaron a aceptar la muerte definitiva de sus seres queridos. Y aunque fueron acompañados en su búsqueda por vastos grupos de chilenos democráticos que entendían que, mientras esos cuerpos siguieran sin un funeral, una residencia real en esta tierra, no habría reconciliación posible, fue una lucha, la de los familiares, cada vez más solitaria.

He descrito cómo, durante nuestros años de exilio, abrigábamos la ilusión de que habría justicia, un triunfal retorno al hogar, un Chile regenerado por un pueblo insurrecto, Pinochet juzgado bajo la majestad de los Andes. Y aunque estas fantasías no parecieron inmediatamente alcanzables, una vez que comenzamos a volver de a poco, de a gotas, a nuestro país, estoy convencido de que el núcleo central de Chile siguió aferrado al sueño de que alguna forma de retribución iba a ocurrir. Paradójicamente, sólo cuando la democracia volvió a Chile, el posible proceso de Pinochet comenzó a aparecer como cada vez menos factible. La impunidad de Pinochet se basaba en su autoamnistía, en esa senaduría vitalicia, en su Constitución que aseguraba que ningún Presidente democrático podía alterar el mando de las Fuerzas Armadas, garantes, para colmo, de la institucionalidad. Claro que sí, pero la barrera más importante para que se hiciera justicia la crearon algunos de los opositores más resueltos de la dictadura, quienes, una vez que se vieron instalados en el poder, terminaron mostrando excesiva prudencia y un pragmatismo desorientado y hasta confuso. Ellos temían, tal vez con razones de sobra, que el menor intento de juzgar al tirano rompería el delicado equilibrio de la transición —poniendo en peligro sus relaciones con los prósperos dueños de la economía chilena—. Pero este temor también se transformó en un pretexto. En nombre del

«realismo», quienes habían sido disidentes durante el régimen anterior se fueron acomodando en un consenso pusilánime, sugiriendo que era mejor dejar que el pasado agonizara lentamente, dejar que las ofensas de anteaer contra los derechos humanos se olvidaran lentamente.

Y muchos de quienes pensábamos que había que enjuiciar al General para que hubiese de veras una reconciliación terminamos también plegándonos a ese consenso, cediendo a sus requerimientos. Siento que yo mismo contribuí, a mi manera, a esa debacle moral que acompañó nuestra transición a la democracia, especialmente a partir de 1991, cuando decidí expatriarme a los Estados Unidos. En mis frecuentes visitas a Santiago hacía un esfuerzo especial para visitar a los familiares de los *desaparecidos*: marché a su lado, seguí recogiendo sus historias, escribí obras teatrales y artículos y poemas en que se exploraba su tragedia. El Día de Todos los Santos llegué a observar su dolor por no tener una tumba donde depositar flores, y aunque seguía admirando su feroz determinación de buscar justicia en la misma ciudad y por las mismas calles por donde se paseaban los hombres que habían matado a sus seres amados, me mantuve desoladamente incapaz de imaginar un futuro diferente, uno en que Pinochet no estuviera por encima de la ley y los desaparecidos pudieran descansar en paz. Así que hice lo que tantos de mis compatriotas hacen cuando se encuentran confrontados por una tarea que parece desbordarlos, que no parece realizable: acepté la sucia verdad de que la historia no estaba de nuestro lado, dejé que mi conciencia santificara la inevitabilidad de la injusticia, me acostumbré a la maligna sombra del General en nuestra vida. Como escritor tenía, eso sí, una pequeña ventaja: podía desnudar con mis palabras el dilema de lo que significa coexistir con la maldad y cómo eso afecta el amor y la confianza en el otro ser humano, cómo corrompe el alma nacional. Pero aun en los momentos en que registraba esto desde cerca y desde lejos, nunca esperé

que la situación pudiera cambiar. Me cansé de Pinochet, del dolor, de la impunidad. ¿Pinochet? ¿De nuevo Pinochet?, ¿otra vez más? Sí, como tantos otros chilenos, perdí mi brújula.

Y entonces vinieron el arresto y el enjuiciamiento de nuestro criminal en el extranjero, irrumpiendo en la conciencia nacional como un terremoto ético. El hecho vergonzoso de que el mundo entero estaba juzgando a Pinochet mientras nosotros no lo habíamos hecho cambió de forma irrefutable el clima moral de la República, un cambio que ha culminado en la decisión de hoy de la Corte Suprema. Todavía es muy temprano para adivinar cuáles serán las consecuencias de esta decisión de los jueces chilenos, si acaso habrá o no un verdadero juicio, si Pinochet logrará evitar una condena, si las audiencias futuras serán suspendidas debido a razones médicas —sin duda la fórmula que prefiere el gobierno democrático para ahorrarse problemas con los militares y los poderosos seguidores de Pinochet—.

Pero sea cual sea el itinerario final del transitorio cuerpo del general, hay una secuela ética de este desafuero, algo que rebasa los límites de Chile y vale para todo el planeta. La estrategia de hacer desaparecer a los opositores políticos, esa violencia extrema que se ha ejercido en tantas otras desafortunadas latitudes, ha fracasado de forma terminante. Esos desaparecidos, aquellos detenidos que se negaron a aceptar el destino de olvido que un dictador preparó para ellos, aquellos hombres y mujeres que increíblemente siguen con vida más allá de la muerte, siguen acusando al hombre que juró extinguirlos. Tal vez no sea tan fácil, después de todo, matar el pasado como quisieran algunos encumbrados en el poder. La escondida luz de los hombres y mujeres que dieron sus vidas por la causa en que creían no puede ser apagada así como así, por lo menos mientras haya una sola persona en algún lugar del mundo que esté dispuesta a recordar a sus muertos y resu-

citarlos. Basta con eso, con una persona que clame en el baldío ético de esta tierra supuestamente de nadie en que se ha convertido nuestro globo, y luego una persona más y otra más, eso es todo lo que se necesita para que la justicia no se extinga.

Ésa es la lección que el castigo de Pinochet finalmente nos ofrece: tenemos razón en soñar lo imposible, exigir lo imposible, gritar para que lo imposible sea posible.

Por ahí la Historia podría estar escuchando. Por ahí la Historia podría hasta respondernos.

Conocí a Isabel Margarita Morel la misma noche en que tuve mi primer encuentro con su marido, Orlando Letelier. Un largo exilio compartido iba a transformar a Isabel y a sus cuatro hijos en nuestros íntimos amigos. Me duele pensar que si no hubiera sido por Pinochet y su golpe, es probable que no hubiese tenido yo la oportunidad de acercarme tanto a Isabel que, con los años, ha terminado siendo como una hermana. Y más doloroso todavía es que aquella noche en que nos topamos por primera vez serían también las únicas horas que pasaría yo con Orlando.

Fue un jueves, si no me equivoco —jueves, 5 de septiembre de 1973—. El día anterior, 4 de septiembre, había sido el tercer aniversario de la victoria de Allende en las elecciones presidenciales. Tal vez intuimos que nos estábamos despidiendo de nuestro Presidente —muchos de los que marchaban en esa multitud de casi un millón pasamos dos veces por el balcón de La Moneda en que estaba Allende, como si tuviéramos la esperanza de congelar este momento en el tiempo, pidiéndole que jamás se fuera—.

No hablamos mucho la siguiente noche, cuando conocí a Orlando. Fernando Flores, el Ministro Secretario General de Gobierno —con quien estaba trabajando como asesor cultural y de medios durante los últimos meses del gobierno popular—, había organizado una cena de agradecimiento y de despedida para el general Carlos Prats, que unas semanas antes, había renunciado a su puesto de Comandante en Jefe del Ejér-

cito. Una desgracia mucho mayor para nuestra coalición de lo que podríamos haber supuesto en ese tiempo. Prats había constituido el principal baluarte del gobierno constitucional, un hombre que había comenzado a definir la seguridad de Chile en términos que dejaban atrás la ideología de la guerra fría, proclamando que una nación es más segura si su pueblo está bien alimentado y goza de buenas viviendas y buena salud y educación; pero pensábamos que su reemplazo, Augusto Pinochet, concordaba también con esas ideas progresistas.

En algún momento durante esa noche, se comenzó a bailar. Un tango, según recuerdo. En mi memoria veo tres parejas girando y girando, hacia un lado, hacia el otro, fundiéndose con la música: primero veo a Orlando Letelier con su brazo en la cintura de Sofía Prats, la esposa de Carlos Prats; luego entran danzando a mi campo visual Isabel Margarita Morel y José Tohá; y luego veo al general Prats mismo virando y volteando una y otra vez con Moy, la mujer de Tohá.

Los tres habían sido Ministros de Defensa de Salvador Allende, los tres habían estado muy cerca de los militares, los tres serían testigos de la traición de esos soldados a sus juramentos de lealtad, los tres sabían demasiado. Y finalmente, a los tres los iban a silenciar.

Estaban tan vivos y la música tan viva; se deslizaban las tres parejas por el piso de madera de la Peña de los Parra, donde estábamos celebrando esa cena de despedida, como si el tango pudiera purificar y posponer lo que estaba a punto de devorarnos desde el futuro. Ellos canturreaban esa canción en voz bien bajita, cada hombre, cada mujer, con la esperanza tal vez de seguir bailándola más allá de ese momento, con la esperanza de derrotar al futuro.

Primero mataron a Tohá y después a Prats y a su mujer en Buenos Aires y finalmente a Orlando Letelier en Washington.

Se podría haber pensado que ningún acto de Pinochet había sido más estúpido, más arrogante y presuntuoso que esa

decisión de matar al Ministro de Allende en la capital de los mismos Estados Unidos, el país que había ayudado al General a dar el golpe y que después hizo todo lo posible para seguir sosteniéndolo en el poder.

Pinochet les había enviado un mensaje a los militares y a los chilenos del interior. Ahora les tocaba escuchar su voz a los chilenos del destierro: no hay ningún lugar de resguardo en este planeta para ustedes. Ni para el más prominente. Si piensan que el exilio los protege y otorga libertad, pronto sabrán que no es cierto. Como si estuviera diciéndonos: ustedes que se me escaparon, ustedes que bailaron aquella noche, no volverán a bailar nunca más, no tienen derecho a música, ni a tangos, ni al amor. Yo soy el dios del silencio. Yo soy el dueño de esos cuerpos que osaron bailar.

Al menos en esto, sin embargo, el General Pinochet estaba equivocado. Sabía mucho Pinochet acerca de la muerte. Pero es posible declarar esto y declararlo de una manera inequívoca: él sabía muy poco acerca de la vida.

Podía matar a Orlando, pero no logró ser el dueño de su cuerpo muerto.

Nosotros somos los dueños del cuerpo de Orlando. Aquellos que en Chile como en los Estados Unidos, norteamericanos y chilenos bailando juntos de otra manera, ayudamos a sacar a la luz a los asesinos, a conocer sus identidades, nosotros que hicimos posible que se diera un primer paso hacia la justicia con la condena y el encarcelamiento de Manuel Contreras, el jefe de la policía secreta de Pinochet.

Los dueños del cuerpo de Orlando son aquellos que lo sobrevivieron y no permitieron que una segunda e implacable forma de muerte se apoderara de él, esa muerte que se llama olvido y amnesia y distancia. No pudimos impedir que los hombres del General destrozaran las piernas que bailaron aquella noche en Chile, no pudimos detener a los hombres del General cuando destruyeron los labios que cantaron ese

tango. No somos los señores de la muerte como para decretar quién vive y quién muere.

Pero sí somos los que dan sentido a la muerte, somos los guardianes de esa vida y de esa memoria, aunque ni Orlando ni Sofía ni José pueden ya bailar la danza de la vida con nosotros. Y si insisto en esta metáfora del baile es porque nos conecta con la cueca sola, el baile que las mujeres de los desaparecidos han estado bailando con sus hombres ausentes. Nuestro baile invisible con Orlando y todos nuestros amores perdidos tiene la misma función que la cueca sola: atestiguar la presencia de Orlando y los otros, asegurar que no los vuelvan a matar, impedir que la muerte tenga la última palabra.

Si esto fuera un cuento de hadas, es así como yo lo terminaría:

Érase una vez un país en que tres parejas bailaban el tango.

Érase una vez que vivió entre nosotros un hombre llamado Orlando Letelier.

Érase una vez que necesitábamos ayuda para que él y tantos otros siguieran con vida.

Érase una vez que muchos adentro y afuera de Chile decidieron no dejar que mi país muriera.

Éste no es, sin embargo, un cuento de hadas.

Isabel Morel de Letelier tiene una interpretación acerca de cómo Pinochet se transformó en el hombre que ahora estamos a punto de juzgar. No un ogro más allá de la humanidad, no la quintaesencia de la maldad. Simplemente un hombre.

Ella conoció a Pinochet justo antes del golpe, a fines de agosto de 1973. Ya su amiga Moy de Tohá le había hablado de Pinochet, describiéndolo como alguien bonachón y galante, que incluso le pedía a los niños Tohá que lo llamaran Tata. Pinochet se le había acercado a Isabel en una recepción en honor de Orlando Letelier, al que Allende acababa de nombrar Ministro de Defensa, para decirle lo encantado que estaba de conocer a la mujer del nuevo Ministro. Cuenta Isabel que Pinochet hizo una reverencia, y dijo: «Qué suerte conocerla»; y agregó: «Y una suerte también para nosotros que todas las mujeres de los Ministros sean tan buenas mozas». Y así había seguido, amabilísimo, preguntando por sus cuatro hijos. Y le aseguró que el Ejército estaba tan orgulloso de que Orlando —«nuestro Orlando», como Pinochet lo llamó— fuera ahora Ministro, porque «él es de los nuestros», dijo, refiriéndose a que Orlando había sido cadete militar. «Hizo muy bien su papel cuando estaba en la Escuela Militar. Miramos su llegada con gran esperanza».

«Me dio la impresión —me explicó Isabel— de un hombre que hacía todo lo posible por complacerme». Esta versión de un Pinochet meloso y hasta rastrero me fue confirmada des-

pués por el mismo Orlando, que se quejaba de que Pinochet fuera tan tremendamente servil y zalamero, hasta el punto de que le ponía nervioso. «Estoy incómodo —me explicaba Orlando—; este Pinochet me quiere llevar el maletín, ¡un general! Y quiere ayudarme a que me ponga el abrigo. Me recuerda a uno de esos hombrechitos de las peluquerías a la antigua, que después de que te ha cortado el pelo, viene con una escobita y te empieza a sacudir y limpiar los pelos del traje y luego espera una propina».

Tres semanas más tarde, Isabel vuelve a ver a Pinochet. Ella y su amiga Moy, la mujer de Tohá, van al Ministerio de Defensa unos días después del golpe. No saben si sus maridos están vivos o muertos o qué ha pasado con ellos y quieren pedir una entrevista con Pinochet para que él les informe. Van subiendo piso por piso por las escaleras del Ministerio y en cada piso son registradas de forma procaz y desagradable por los soldados. Y, en un momento dado, cuando las dos mujeres están caminando por el pasillo de uno de los pisos más altos, hay una conmoción y ven que a lo lejos se va acercando un grupo de fotógrafos sacando fotos y se dan cuenta de que es Pinochet. El General reconoce a Moy y se detiene y la abraza y le da un beso, como si todavía fuera su viejo amigo y no el hombre que tiene preso a su marido. Moy no puede adivinar, esa primera vez que ve a Pinochet después del golpe y siente sus labios en la mejilla, que cinco meses más tarde estará parada frente a él otra vez más, rogándole para que salve a su marido. Por ahora, se siente esperanzada por la reacción de Pinochet, que le ordena a un coronel que les arregle una cita a «estas señoras».

Y la cita que el oficial les otorga, escribiendo sus nombres en un gran libro sobre un atril en un despacho que quedaba en ese mismo piso, fue para el 23 de septiembre, que resultó ser justo el día del entierro de Pablo Neruda. De manera que ese día Isabel y Moy, acompañadas de Irma, la esposa de Clodo-

miro Almeyda, que había sido el Canciller de Allende y que también estaba preso, acudieron a ver a Pinochet y tuvieron que perderse el funeral del más grande poeta chileno, el Premio Nobel de Literatura, que murió, más de tristeza que de cáncer, unos días después del golpe. Las hicieron pasar a una oficina que era como un *living*; se sentaron en un sofá y ahí las dejaron un buen rato.

«De repente, detrás de mí —dice Isabel— se abrió la puerta y se escucharon unos gritos destemplados, una serie de palabras incoherentes, nerviosas. Esa voz decía: “Sus maridos están en perfectas condiciones, bien alimentados, bien vestidos, están muy bien”. Yo me di vuelta para mirar quién podía ser y, claro, era Pinochet, que entraba a la pieza enojadísimo. Alcancé a verlo en el momento en que gritaba: “Si la cosa hubiera sido al revés, ahí...”. Y Pinochet se pasó el índice por la garganta y sacó la lengua, poniendo una cara extraña, como si lo hubieran degollado. Fue tan grotesco que tuve que reprimir mi propia risa».

«Debe de ser —agrega Isabel— que yo, por haber pasado tantos años en Estados Unidos, tengo un sentido del humor bien especial. Pero ahí estábamos nosotras, indefensas, con nuestros maridos desaparecidos, que nos habían pasado por quién sabe cuántos registros de seguridad, y él era el que tenía miedo, él era el que estaba enojado. Alteradísimo».

Yo interrumpo a Isabel. «Pero si eso se parece a la rabieta que tiene con Moy cinco meses más tarde, cuando ella va a visitarlo de nuevo para pedirle que salve a José Tohá».

«Parece que después del golpe Pinochet estaba siempre enojado —responde Isabel—, porque ahí se puso de nuevo a gritar, de repente, refiriéndose a Allende: “A ese traidor, aunque esté bajo tierra...”. Y entonces se paró Irma y le dijo: “En esos términos no, General”, haciendo un ademán de que iba a retirarse. Y eso pareció calmar un poco a Pinochet. Se puso más sobrio. “¿Qué las trae por acá, señoras?”».

«Cada una dijo lo suyo y, cuando me tocó a mí, expliqué: —A mí me llaman de Holanda, me llaman de Estados Unidos, de otras partes y quieren saber dónde está Orlando, qué ha pasado con él, y yo no sé qué decirles. Y era cierto, no teníamos ninguna noticia sobre la suerte de nuestros maridos.

»—Sobre esto —dijo Pinochet—, no hay respuesta—. Y volvió a decir que estaban bien alimentados, bien vestidos, en perfectas condiciones. De nuevo, enojado.

»Le pedimos entonces que nos dejara comunicarnos con nuestros maridos.

»—Imposible.

»—Pero los niños —dijo Moy—. Carolina y José. Ellos quieren saber de su padre. Usted los conoce.

»Pinochet vaciló un instante y enseguida: —Bueno, que escriban.

»—¿Y nosotras?

»—Bueno, también, también, que escriban, que escriban.

»Estábamos contentas, porque si podíamos escribir quería decir que nuestros maridos estaban vivos. Pero Moy siguió a la carga:

»—¿Y las demás señoras? —preguntó, porque había tantas otras mujeres de ministros y dirigentes que estaban presos sin que se supiera su paradero ni destino.

»—Bueno, ya, ya, ya. Que también escriban.

»Muy exasperado Pinochet, pero a la vez animado por algún insólito sentido de la justicia militar, que si le das permiso a una persona tienes que dárselo a todas las demás».

Y ésa fue la última vez que Isabel Morel de Letelier vio al General Augusto Pinochet Ugarte.

Déjandola durante años con la pregunta que yo también me he estado haciendo tanto tiempo: cómo se entiende el salto entre un Pinochet y el otro, cómo se transforma el hombre que la trató tres semanas antes con galantería y melosidad en ese ser vociferante, desarticulado, colérico.

-> La interpretación de Isabel es sencilla.

Pinochet, según ella, es un sobreviviente. «Llega a darse cuenta unos días antes del golpe de que todos están complotando y no quiere meterse y no quiere meterse. Pero todos se han metido y piensa: “Si no me meto, me matan”. De ahí que, cuando finalmente se une a los conspiradores, tiene que asumir un lenguaje vulgar y bravucón, para que nadie piense que él es dócil y sumiso, como ha sido, hasta ahora, su personalidad. Tiene que montarse en el macho, montarse encima de todos los otros. Tiene que estar siempre enojado, siempre creando temor».

med

¿Por qué será?

«Porque tiene un miedo pánico —dice Isabel—. Es así como se entiende a Pinochet. Es un sobreviviente».

¿Será cierto?

Tanto tiempo pensando yo que nosotros teníamos que exorcizar a Pinochet y, mientras tanto, sin que nos diéramos cuenta, era él quien había estado tratando desesperadamente de exorcizarnos de su vida, era él quien temía, como Macbeth, el retorno incesante de los fantasmas.

La clave secreta de Pinochet.

¿Será tan primordial como esto?

¿Será cierto que todos estos años el que tuvo de veras miedo fue él? ¿Y que la única manera de borrar al hombre que le llevaba el maletín a Orlando Letelier era matar a Orlando Letelier? ¿Y que la única manera de olvidar al hombre que juró lealtad y amistad al General Prats era mandar asesinar al general Prats? ¿Y que la única manera de negar al hombre que llevó regalos al hijo de José Tohá era ultimar a José Tohá? ¿Que todos estos años la persona a la que más temía era a él mismo, al hombre que él alguna vez llegó a ser, al hombre que él había sofocado y muerto cuando se unió a la conspiración contra Allende?

Qué grandísimo hijo de puta.

Y pensar que casi caigo en la trampa de tenerle lástima.

Estoy en Porto Alegre, en Brasil, esta última semana de enero de 2001, asistiendo al primer encuentro del Foro Social Mundial, la respuesta del movimiento antiglobalización a la reunión de Davos que convoca a los líderes mundiales más poderosos en Suiza (donde fui un invitado un tanto excéntrico hace dos años). El tema y la consigna de los veinte mil participantes de innumerables ONG que han confluído desde todo el mundo en este caluroso y húmedo Rio Grande Do Sul como abejas buscando construir una colmena cuya exacta arquitectura final todavía no conocen es «Otro mundo es posible», la certeza de que los miembros de la elite dominante del mundo están equivocados cuando proclaman el dogma de que no hay alternativas factibles al intransigente modelo actual de capitalismo neoliberal. Aunque básicamente he venido acá para aprender de las experiencias de resistencia —y para explorar cómo la imaginación artística y los modelos de pensamiento crítico pueden contribuir a esa vasta multitud de iniciativas—, me hallo infatigablemente enfrentado a otro tipo de pregunta que me arranca de mi propia búsqueda intelectual: todos mis interlocutores quieren saber qué va a pasar con Pinochet.

Se podría sospechar que a estas alturas, más de cinco meses después de que la Corte Suprema le haya quitado a Pinochet su inmunidad, no habría necesidad de hacer este tipo de pregunta. ¿No ha sido sometido a juicio ya? La verdad es que no. Ni siquiera se le ha hecho comparecer ante un tribunal. Bueno, el juez Juan Guzmán sí realizó la acusación formal el 1 de diciembre, pero aquella acusación fue rechazada por la Corte de Apelaciones aduciendo razones técnicas: el sospechoso debió haber sido interrogado previamente. Y desde entonces la Corte Suprema ha emitido dos dictámenes contradictorios sobre esa resolución favorable al General. Primero estuvieron en desacuerdo con la Corte de Apelaciones y una semana más tarde clarificaron su opinión en lo que parecía una parcial revocación de la misma, exigiendo exámenes médicos y un inte-

rrogatorio antes de que el juez Guzmán pudiera proceder. Es todo muy laberíntico, agotador y dilatado, y tal vez este enredo descomunal sea precisamente lo que buscan los abogados de Pinochet, retardar por cualquier medio posible el momento en que va a ser oficialmente marcado por el juez investigador como un asesino y un secuestrador y, por lo tanto, detenido y sometido a la humillación de que le tomen la foto y las huellas dactilares para el prontuario criminal. Cada hora que pasa, cada apelación que se discute, cada detalle y tecnicismo que se invoca, permite que el tiempo pase y el tiempo es el aliado más fiel del General, ese tiempo que corroe el cuerpo ya frágil en que cavila una mente que puede o no estar debilitándose. Una postergación constante con la esperanza de que, cuando Pinochet sea finalmente examinado para determinar el estado de su salud, al inculpado se le encontrará absolutamente incapaz de defenderse en un proceso. Es una nueva versión de aquella interminable disputa en Inglaterra respecto a la mente de Pinochet, sólo que con más abogados interviniendo de lado y lado frente a cada decisión. ¿Quién va a llevar a cabo los exámenes médicos? ¿Lo auscultarán en la intimidante atmósfera del Hospital Militar? ¿Hay alguna garantía de que los resultados patológicos no serán alterados? ¿Se pueden hacer públicos esos resultados? ¿Qué pasa si no se presenta para aquellos exámenes médicos? ¿Qué pasa si no responde a la convocatoria?

El drama de este ir y venir legal tiene, sin embargo, un pequeño subtexto un tanto cómico y hasta farsesco. Divierte ver el dilema en que esos exámenes médicos han encerrado a Pinochet. Necesita desesperadamente que lo encuentren en un estado de decrepitud avanzada, pero la ley chilena —en una definición arcana del siglo XIX— declara que hay sólo dos causas que eximen a un acusado de un juicio: que esté insano o que demuestre demencia senil. Ninguna de estas dos categorías agrada a un Pinochet preocupado por cómo van a recordarlo las generaciones futuras. El General haría cualquier cosa

—bueno, casi cualquier cosa— para que la historia no consignara que escapó de ser juzgado porque estaba loco o era un imbécil.

Cómo va a terminar todo esto bien puede decidirse por medio de una serie de gradaciones semánticas. Hace unas semanas recibí una llamada de Luis Fornazzari, un neurólogo y psiquiatra chileno que trabaja en la Universidad de Toronto y que es uno de los especialistas preeminentes del mundo en demencia senil. Fornazzari acababa de aceptar una invitación para ir a Chile desde Canadá para participar en el equipo de ocho médicos que examinaría a Pinochet. Era una tarea que lo dejaba algo incómodo: tener que hacerle unos tests durante varios días al hombre que lo había exiliado y había mandado a la muerte a varios de sus amigos y, al mismo tiempo, ser capaz de objetividad científica frente al estado mental de Pinochet. «Si está incapacitado mentalmente —me dijo—, yo sin dudarlo un instante voy a determinar que no puede ser sometido a juicio». Lo que le inquietaba era que los otros doctores y psicólogos podían ser presionados más fácilmente por el gobierno, las Fuerzas Armadas y otros grupos, de manera que podrían exagerar los males del General un poquito por acá, otro poco por allá, justo lo suficiente para librar al anciano de tener que comparecer ante Guzmán, y Fornazzari no quería participar, en esas circunstancias, en lo que podía terminar siendo una farsa o una maniobra politiquera.

Al principio, parecía que sus aprensiones no tenían fundamento. Después de varias postergaciones por parte de Pinochet, que simplemente no asistió a la cita para que los doctores lo examinaran, el general Izurieta, actual Comandante en Jefe del Ejército, convenció al recalcitrante ex dictador de que necesitaba obedecer las leyes vigentes y que los militares no podían oponerse ni a esta orden de la corte ni a ninguna otra. Izurieta llegó a cambiar el personal de la guardia que el Ejército tiene destinado para proteger a Pinochet, una fuerte señal

de que los actuales mandos militares no están dispuestos a entrar en rebeldía contra el poder civil para defender a su ex líder. Durante cuatro días, del 10 al 13 de enero, con una sesión matinal y otra por la tarde, Pinochet fue sometido a una amplia gama de exámenes cuyo resultado fue que el paciente sufría de una «leve a moderada demencia vascular subcortical», una condición que de ninguna manera impedía que compareciera a juicio. Y así, habiendo ayudado a escribir el informe médico final, el doctor Fornazzari partió de vuelta a Toronto. Cuál no sería su sorpresa cuando vio que el informe oficial emitido a la semana siguiente había sido falsificado: quedaba eliminada la palabra «leve», cambiándose el diagnóstico a «severamente moderada demencia», un cambio que, junto con otras alteraciones, le hubiera facilitado al juez Guzmán rechazar el enjuiciamiento de un hombre que, según una interpretación de ese informe, no podía defenderse plenamente.

Hubo todo un escándalo. Fornazzari se negó a firmar la versión falsificada y envió sus propias conclusiones directamente a Guzmán reiterando su diagnóstico original. Aunque su actitud fue calificada de «irresponsable» por el Ministro de Justicia y como «prejuiciada» por los diarios de derecha, le ofrecía por lo menos al juez investigador la posibilidad de llevar a cabo finalmente el interrogatorio oral preliminar a Pinochet, que se realizó el 23 de enero. El General —qué sorpresa, ¿no?— negó haber ordenado la muerte o el secuestro de quien fuera. No está claro si ese acontecimiento —la primera vez en su vida que el ex dictador se ve forzado a responder a pregunta alguna sobre sus crímenes— tendrá alguna repercusión en el futuro.

Y así estaban las cosas cuando yo partí de Estados Unidos a Brasil y era todo lo que podía explicarles a mis ansiosos interlocutores en el Foro Social Mundial. ¿Cedería Guzmán a la presión y abortaría el juicio antes de que comenzara, esgrimiendo la senilidad «severamente moderada» con la que el

acusado ha sido (falazmente) calificado? ¿O decidirá, basándose en su propia conversación, de dos horas, con Pinochet, que el reo tiene sólo un «leve» caso de senectud mental?

La semántica. La lucha por el significado y los matices.

Pero no hay nada leve ni matizado, nada moderado ni ambiguo, en la decisión de Guzmán que ahora nos llega, este 29 de enero, justo el día antes de que el Foro de Porto Alegre se clausure.

El juez chileno, casi un año después del regreso de Pinochet al país desde Inglaterra, logrando aparentemente escapar de toda justicia humana, oficialmente lo encarga reo. Notifica al ex dictador, ex senador vitalicio, ex Jefe de Estado, ex hombre fuerte, **AUGUSTO JOSÉ RAMÓN PINOCHET UGARTE**, que está siendo sometido a proceso en su calidad de **AUTOR** de los delitos de secuestro y homicidio calificado cometidos en perjuicio de Claudio Arturo Lavín Loyola, Pablo Renán Vera Torres, Eugenio Ruiz Tagle Orrego y 54 personas más; y también por los delitos de secuestro calificado cometidos en perjuicio de Miguel Enrique Muñoz Flores y de Carlos Berger Guralnik y de Haroldo Ruperto Cabrera Abarzúa y 15 nombres más entre las 73 víctimas de la *Caravana de la Muerte*. Desde Chile me avisan de que el documento dispone «la prisión preventiva del procesado en su propio domicilio, ubicado en calle Pedro Lira Urquieta número 11.280, La Dehesa, con la debida custodia a cargo del oficial de Ejército que corresponda, oficiándose al efecto». Y que don Juan Guzmán Tapia, Ministro de Fuero, ordena notificar «la presente resolución personalmente al enjuiciado y, en su oportunidad, solicítese su extracto de filiación y antecedentes», es decir, que se le van a tomar las huellas dactilares y una foto.

Me siento tentado a tomar un avión y cruzar el continente sudamericano para darles un abrazo a mis amigas de la Asociación de Familiares de los Desaparecidos —que pueden hoy pasearse por todo Chile mientras su némesis está confinado,

bajo guardia, sin honor—. Pero en realidad no hay, creo yo, un lugar mejor para celebrar esta victoria que Porto Alegre. La mayoría de quienes han viajado hasta el Foro Social Mundial lo ha hecho desde países donde tienen que enfrentar cotidianamente toda una sucesión de pequeños y grandes Pinochets. El tipo de trabajo que realizan, exigiendo que todos los ciudadanos tengan acceso a la sanidad y que los sectores más pobres de la sociedad puedan tener crédito bancario, demandando transparencia a las corporaciones que gobiernan el mundo; garantías de ecuanimidad a los jueces y ministros y burocracias que supuestamente supervisan a esas compañías; el trabajo que llevan a cabo estos activistas en los medios de comunicación alternativos; la lucha por nuestra supervivencia ecológica y por los derechos de los pueblos indígenas y contra la discriminación y el trabajo infantil; todo esto y tanto más los lleva a desafiar a los miembros más poderosos de su sociedad y corren, por lo tanto, un riesgo diario de choques con las fuerzas de seguridad. Para muchos de los militantes de ONG acá, en Porto Alegre, el castigo simbólico de alguien como Pinochet ayuda a atar las manos de los hombres que en sus propios países están dispuestos a matar y torturar en nombre de la estabilidad y el orden, les manda una admonición que facilita los avances democráticos. Es gente como la que me rodea, aquellos que resisten en Filipinas y en China y en la India, en Guatemala y Ecuador y Kenia, los que más se benefician con el veredicto contra Pinochet y con su encarcelamiento. El juez Guzmán, como antes el juez Garzón, los ampara y los anima.

Es acá, en Porto Alegre —en un estrado que comparto con las Madres de la Plaza de Mayo, hablando de los *desaparecidos* como una metáfora para todos los pueblos olvidados del mundo que viven y mueren como si jamás hubieran nacido—, donde logro medir la dimensión verdaderamente global de nuestro triunfo en Chile.

Pinochet no está por encima de la ley.

Todavía no se ha dado cuenta de que es así.

Pero lo sabrá, lo ha de saber. El día que yo fui imaginando durante tantos años y que ahora se acerca de veras, desde el momento en que las manos de policías londinenses detuvieron a Pinochet y las manos de una humanidad múltiple comenzaron a quitarle los guantes al General, comenzaron a desmontar las mil murallas protectoras del General, fueron desnudando las manos del General, un dedo y otro dedo, un recurso y otro recurso, una apelación y otra apelación, fueron preparando este momento en que ahora pienso.

Veo la escena como si estuviera presente en la pieza. Un hombre alto y musculoso tomará en una de sus gruesas manos una de las manos de Pinochet en que pienso hace tantos años, y ese hombre comenzará a entintar de negro lentamente los dedos de Pinochet y entonces, de una manera lenta y deliberada, cuidándose de no manchar ni la ropa ni la corbata del General, va a tomar la huella de cada dedo, un pulgar y ahora el índice y ahora otro dedo más, un dedo tras otro, y guarda entonces esa página con la impresión de los diez dedos que formarán parte de su prontuario desde ahora en adelante.

Hace años que sueño con el instante en que terminen de tomarle las huellas dactilares.

Ese momento, sí. Lo que puede llamarse, en efecto, el momento de la realidad. El momento en que la realidad amanece a su alrededor, atrapándolo inescapablemente en su espejo.

El momento en el que, por fin, le tocará su turno al rostro del ciudadano Augusto Pinochet Ugarte.

Primero de frente y luego de perfil.

Así, mi General.

Así mismo.

Como si fuera un criminal.

Creo recordar que debe haber sido a mediados, quizás a fines de 1974 —sólo ubico el año y el país aunque no me acuerdo de la fecha exacta— cuando vi por primera vez a María Josefa Ruiz Tagle. Ella era un bebé —tendría algo así como un año y medio, supongo— y, si no me engaño, estuvo jugando un buen rato con nuestro hijo Rodrigo, que tenía en esa época unos siete años, ambos allá en el piso de esa pequeña cocina en algún departamentito de París, jugando mientras Angélica y yo conversábamos con su madre, Mónica Espinoza. Angélica dice que me equivoco, que no pude haber visto a María Josefa ese día porque Mónica vino a Europa sin su hija, y, sin embargo, aquella memoria me arde como si fuera cierta, puedo recordar que quedé encantado con la belleza de la chiquitita y más que impresionado por la serenidad de la madre.

Yo había conocido muy de paso al marido de Mónica, Eugenio Ruiz Tagle Orrego, sólo un hola, un chao, un cómo estás, un par de veces en los pasillos de la casa central del partido al que ambos pertenecíamos. Amigos mutuos me insisten en que tuve que haberle hablado múltiples veces, pero no alcanzo, por más que lo intento, a extraer algo menos vago del confuso marañal de mi memoria. Tal vez una ocasión en que intercambiamos un chiste, algo así, pero casi nada más de su vida. Su muerte, en cambio, no fue como para olvidarla. Un ingeniero civil que provenía de una de las familias chilenas más aristocráticas y que se dedicó a la revolución desde sus días estudiantiles en la Universidad Católica, el golpe lo halló en An-

tofagasta, en el norte del país, oficiando de gerente general de la Empresa Nacional de Cemento. Como tantos otros que confiaron en que los militares no los iban a ultrajar, Eugenio se entregó a las autoridades de facto el 12 de septiembre de 1973; y lo mataron algo más de un mes más tarde, aparentemente de la manera más salvaje.

Un rumor inquietante surgió después de su muerte: que su padre derechista en Santiago había demorado en salvarlo, no había llamado de inmediato a amigos militares para que soltaran al hijo díscolo, aparentemente porque pensó que nada iba a sucederle al joven, dada la tradicional sensatez que las Fuerzas Armadas habían exhibido hasta entonces o tal vez pensando, el padre, que el linaje de su hijo lo protegería. Lo que hizo aun más desolador el momento en que su madre exigió que abrieran el sellado ataúd de Eugenio y descubrió que su cuerpo y cara habían sido mutilados. Era casi imposible reconocerlo. Pero yo siempre me pregunté si tales chismes sobre un padre distanciado que tuvo que sufrir una pérdida tan intolerable no eran una fabricación de aquellas que suelen circular en tiempos inciertos y violentos, el modo mediante el cual una comunidad reprimida forja leyendas ejemplares, en este caso, la de un padre conservador que despierta, gracias al asesinato alevoso de su hijo rebelde, a las maldades de un régimen que él mismo ha ayudado a engendrar.

Lo que no era una fabricación, sin embargo, era cómo aquella muerte devastó a la familia, y se podía vislumbrar en el profundo desconsuelo en que flotaba Mónica cuando la vimos en París al año casi de la ejecución de su marido. Y no obstante, al mismo tiempo había en su mirada una insólita pureza, tal como yo la recuerdo, como si hubiera decidido no darle al destino la satisfacción de verla llorar, como si todas las lágrimas se hubieran secado adentro de ella antes de salir. O fue una callada resistencia interior, una decisión que parecía haber tomado de que iba a seguir con su vida pese a todo, por el bien de su pe-

queña hijita pero también en nombre de su amante muerto, que Eugenio no hubiera querido que el asesinato de su cuerpo terminara matando a la vez el futuro de la mujer que ese cuerpo supo amar. Así que no me sorprendí cuando me contaron, unos meses más tarde, que ella había comenzado una relación con José Joaquín Brunner, un amigo de ella y de Eugenio, y que estaba doctorándose en Oxford. Brunner, al que yo también me sentía cercano, se convertiría, al volver años más tarde a Chile con Mónica y María Josefa, en uno de los intelectuales más prominentes del país *. Pero tal vez más esencial para Mónica, José Joaquín fue asumiendo el rol definitivo de papá, criándola como si fuera una hija propia.

A la pequeña se le contó, desde muy corta edad, que su padre biológico, Eugenio, había muerto frente a un pelotón de fusilamiento, pero no se le entregaron mayores detalles. Ella conjeturaba, explicaría la misma María Josefa muchos años después, una especie de escena romántica; una muerte ocasionada por un difuso grupo de hombres, ninguno de los cuales era identificable y, por ende, verdaderamente responsable, quizás una manera de asegurar que esa violencia ejercida contra su progenitor lejano no la desbordara, no pudiera envenenar su vida. Dijo, años más tarde: «En el fusilamiento que inventó mi familia o en el que yo misma inventé según mi imaginación de Tardes del cine, un pelotón de soldados disparaba al unísono sobre un hombre con los ojos vendados». Lo que le permitía absolver de culpa a cada uno de esos individuos anónimos. Siempre intuyó, de todas maneras, que debajo del silencio que rodeaba y encubría esa muerte remota, se agitaba algo terrible, algún secreto terror que era imposible desterrar porque nadie se atrevía a nombrarlo. Hasta que cierto día, cuando había cumplido doce años, una extraña corazonada la llevó a explorar lo

* Y hasta destacó en una carrera política, convirtiéndose en el Ministro Secretario General de Gobierno de Eduardo Frei Ruiz Tagle, el primo hermano del mismo Eugenio.

que se escondía detrás de una foto que encontró en la casa de su abuela, un retrato suyo a los dos años de edad —más o menos en la época en que yo recuerdo haberla visto por primera vez jugando en esa cocina en París— tomándose un baño en una pequeña bañera. ¿Fue esa agua tan limpia en que se lavaba en la foto lo que le provocó la necesidad de deshacer el marco y viajar más allá de la falsa inocencia en que se había refugiado la niña que ella alguna vez había sido? Tal vez, porque lo que encontró fueron tres páginas que su abuela había ocultado, tres hojas escritas por dos de los amigos de Eugenio que habían presenciado el modo en que fue tratado antes de morir, testigos que habían sido torturados ellos mismos pero que, por un milagro, no habían sido ultimados durante el paso de la Caravana de la Muerte. Leyendo esas palabras desde el pasado, María Josefa descubrió que Eugenio no había sido fusilado por un escuadrón sino que, para usar su propio vocabulario, «Le faltaba un ojo. Le habían arrancado la nariz. Tenía profundas quemaduras en la cara. Tenía el cuello quebrado. Tajos y heridas de bala. Los huesos quebrados en mil pedazos. Le habían arrancado las uñas de las manos y los pies. Y le habían dicho que me iban a matar a mí y a mi mamá».

Pero ella nada dijo en esa ocasión. Se guardó aquellas palabras, aquellas imágenes, muy adentro. Como lo estaba haciendo el país mismo.

Muchos años más tarde, en 1999, cuando ella tuvo su primer hijo, Lucas, a los veintiséis, la misma edad que su padre había alcanzado al morir, cuando meció a ese niño en sus brazos y se dio cuenta de que su padre también había podido acunarla y conocerla, ella estalló en lágrimas cierta mañana y sintió la irresistible necesidad de escribir a su padre, de contarle su historia, lo que significaba ser la hija no sólo de un hombre asesinado sino de un país que no quería confrontar esa muerte y darle un nombre. Ella denunciaba cómo todo lo que tenía a su alrededor había sido construido para que ella y todos los demás no tuvie-

ran que mirar la cara del pasado. Construido así, dijo, «porque nadie quiere que nos vayamos a dormir asustados».

Aunque, de todos modos, siguió guardando para sí esas palabras tan íntimas. Hasta un año y medio más tarde, en noviembre de 2000, cuando el cuerpo de Eugenio fue exhumado del cementerio de Antofagasta y trasladado al Muro de la Memoria de Santiago para un segundo entierro. En esa ocasión permitió que un actor leyera de forma pública las palabras que ella había escrito para su padre. Para que las lágrimas que se habían sofocado todos esos años pudieran salir, las lágrimas que no pude ver cuando Angélica y yo nos sentamos con su madre Mónica en aquella cocina en París y vi a esa niña sin padre jugando; para que eso ocurriera, primero Pinochet tuvo que perder su inmunidad y enseguida tuvo que limpiarse la imagen pública de Eugenio. Que no había sido un terrorista sino una víctima, que no fue un criminal sino un héroe, que su muerte fue terrible pero que no había sido totalmente en vano, puesto que se había convertido en una pieza clave en la acusación contra el hombre que era responsable de ese homicidio. Primero Eugenio tuvo que volver de la muerte. Sólo entonces pudo su hija emerger a la luz del día.

Pero no es así como termina esta historia. Cuando algo se extrae de su escondite, empiezan a aparecer otros secretos, una cosa conduce a otra. A Eugenio Ruiz Tagle le quedaba todavía un servicio que cumplir, un favor que hacerle a su familia y a sus amigos y a su patria.

Cuando el juez Guzmán, a fines de enero de 2001, ordenó que el General Pinochet quedara bajo custodia policial, sus abogados apelaron inmediatamente —insistiendo en que su cliente era inocente, que no había ni una prueba de que él tuviera conocimiento personal de los asesinatos perpetrados por la Caravana de la Muerte—. Una semana más tarde, el 7 de febrero, el diario de Internet El Mostrador (estos periódicos virtuales son los medios más libres en Chile) publicó el primer documento

que implicaba directamente al ex dictador. Justamente en 1973, el Ministro de Justicia de Pinochet —probablemente debido a los contactos de familia de los Ruiz Tagle— había informado al Comandante en Jefe del Ejército acerca de la tortura y ejecución extrajudicial llevadas a cabo por los oficiales de la Caravana de la Muerte. De su propia letra, Pinochet le respondía al Ministro que debía negar estos hechos y debía también ocultarlos, instruyéndolo para que dijera que «el Sr. Ruiz Tagle fue ejecutado debido a los graves cargos que existían contra él. [Diga que] no hubo torturas según nuestra información». No hace falta agregar que se bloqueó a partir de esa orden toda investigación para determinar responsabilidades en aquella muerte.

Esta noticia ocasionó otra revelación al día siguiente en el mismo periódico de Internet. Carlos Bau, un contador de la empresa de cemento de la que Eugenio había sido gerente, y que se había entregado a las autoridades ese mismo 12 de septiembre, contó la historia de la tortura cotidiana a la que había sido sometido Ruiz Tagle en la base de la Fuerza Aérea de Cerro Moreno en Antofagasta durante el mes que precedió a su ejecución. Lo que querían los soldados era que los prisioneros confesaran que disponían de armas y explosivos (los subalternos de Pinochet estaban tratando de proveerse de una justificación de la represión que había desatado su Comandante en Jefe, pruebas de que estaban peleando en una verdadera guerra y de que el enemigo era peligroso y estaba dotado de armas). Sucedió que los apellidos de tanta prosapia de Ruiz Tagle, lejos de protegerlo, habían provocado a quienes lo atormentaban, ensañándose con él de una manera especial —tal vez porque abrigaban resentimientos de clase, tal vez porque un Ruiz Tagle debería haberse cuidado de no asociarse a la chusma allendista—. Fueran cuales fueran las razones, Eugenio fue siempre el primero al que golpeaban en cada sesión, el primero en recibir las patadas y los cortes de cuchillo y los improperios y, como su mujer un año más tarde en París, como su hija durante casi

toda su vida, Eugenio no se había permitido ni una muestra de dolor, se había guardado muy adentro todo lo que sentía. Pero Bau agregaba un detalle que no se conocía hasta ese momento públicamente en Chile: la identidad del oficial que había comenzado con las palizas, que había dado inicio a todo con una patada en los genitales de Eugenio, para que aprendiera lo que le esperaba en el futuro inmediato. Era el teniente Hernán Gabrielli Rojas. Ni más ni menos que el actual Comandante en Jefe subrogante de la Fuerza Aérea chilena. Ese mismo.

¿Está seguro? pregunta El Mostrador a Bau.

Absolutamente seguro.

Y en los días siguientes la identificación de Bau fue confirmada por varios testigos más, Hernán Vera y Juan Ruiz y un oficial llamado Navarro, que agregó que había visto a Gabrielli torturando a un adolescente de catorce años.

La respuesta del general Gabrielli el 12 de febrero fue, además de proclamar su total inocencia, el anuncio de que iba a demandar a Bau y a los otros por difamación, invocando una cláusula de la Ley de Seguridad Nacional que protege a un Comandante en Jefe de cualquier libelo. Ese pleito fue posteriormente rechazado por la justicia («No estábamos difamándolo —dijo Bau—, sino diciendo la verdad acerca de él») y más tarde, en ese mismo año, a pesar de una considerable renuencia en la Fuerza Aérea, Gabrielli fue forzado a abandonar su cargo.

Otra secuela del juicio contra Pinochet. Y otra lección que podríamos aprender.

El terror no se conquista de un relampagazo revelador. Es un proceso lento, casi en zigzag, con idas y venidas, como el trabajo de la memoria misma. Para esclarecer aun más el asunto: yo había leído ese nombre, Gabrielli, identificando al hombre que atormentó a Ruiz Tagle, lo leí en 1976 ó 1977, cuando Carlos Bau arribó a Holanda (adonde se había mudado nuestra familia después de París). Bau ya había cumplido tres años de una condena de cuarenta conmutada a veinte años de exilio.

Carlos no tuvo problemas en relatar su historia aterradora, aunque lo que sí recuerdo más que nada de esa conversación fue una imagen que surgió en mi cabeza y que se me incrustó y que todavía me persigue tantos años después, el darme cuenta de que cuando a alguien lo torturan es como si durante el resto de sus días tuviera que llevar anteojos de sol detrás de los ojos. No delante, sino detrás. En todo caso, unos días después de que Carlos llegara a Amsterdam, viajó a Ginebra para ofrecer su testimonio a la Comisión de Derechos Humanos de la ONU y así fue como, algún tiempo después, tuve la ocasión de leer con tranquilidad, fue entonces que tuve que haber leído el nombre de Gabrielli. El problema es que se me olvidó completamente. Lo que no debería parecernos tan raro. Son tantos los nombres y las cosas y las circunstancias que echamos al olvido. No, lo que es especial, lo que es dolorosamente representativo, es que, aunque Carlos y los otros habían mencionado a Gabrielli cuando hablaron de su experiencia, todos sus interlocutores en Chile también habían enterrado ese nombre. O simplemente lo desatendieron. O no se atrevieron a atenderlo. O no quisieron pagar las consecuencias que hubieran fluido del hecho de prestar atención a ese nombre.

Hasta que llegó el momento justo.

Hasta que la detención de Pinochet y su encargatoria de reo, su sometimiento a la ley como cualquier mortal, rompió su aura de invulnerabilidad, haciendo pedazos el pánico con que había congelado nuestros corazones.

Si María Josefa pudo finalmente hablar y si el resto de nosotros fuimos capaces finalmente de oír lo que Carlos Bau nos había estado contando una y otra vez durante años, fue porque ellos ya no estaban solos, fue porque tantos otros desde cerca y desde lejos comenzaron a abrirse lentamente al mensaje que venía desde la realidad. No estoy inventando esta cadena de solidaridad de efectos tan aparentemente mágicos: constantemente, en cada visita mía a Chile, me conecto con gente que en

ocasiones anteriores mantenía los ojos fijos en el suelo o los apartaban de los míos, de mi interrogación incómoda. Podría contar, para no ir más lejos, la historia de Felipe Agüero, el hermano mellizo de quien fuera mi cuñado, Nacho (sí, el mismo con quien vi pasar ese guante fantasmagórico de Pinochet aquella noche de 1983). Felipe decidió hace poco, después de haber presenciado cómo Carlos Bau y los otros detenidos de Antofagasta habían derribado a un alto oficial de la Fuerza Aérea que había practicado la tortura hacía veintisiete años, denunciar la presencia en la Universidad Católica de un académico prestigioso que había actuado de delator e interrogador en el Estadio Nacional en Santiago, un tal Emilio Meneses, profesor de Ciencia Política. Podría contar entonces la historia de Felipe y de tantos otros.

Prefiero terminar con esta anécdota: cuando estaba trabajando contra Pinochet en el plebiscito de 1988, me topé con una pobladora vieja casi desdentada, no muy lejos de nuestra casa en La Reina, en Santiago. Ella me había dicho que no se aventuraba a votar en contra de Pinochet «porque sus ojos ven todo, especialmente cuando una deposita su voto».

Me volví a encontrar con ella doce años más tarde, después de que el General hubiera sido confinado en su residencia de Santiago, bajo arresto domiciliario. Esta vez me contó un par de chistes —uno de ellos soez— acerca del «viejo de mierda».

Ya no le importaba si Pinochet podía oír cada palabra ya no tan secreta que ella decía y gozaba.

Hoy, 9 de julio del año 2001, con dos votos contra uno, la Corte de Apelaciones chilena ha suspendido el juicio contra el General Pinochet, aduciendo su incapacidad mental. Y, en este caso, aunque se ha sobreseído solamente de forma temporal, no quedan verdaderas posibilidades de apelar, por mucho que los abogados de las víctimas hayan anunciado que van a intentar precisamente eso. Pero está claro que esta decisión de los jueces es terminante.

La mente de Pinochet. La mente de Pinochet.

No sé cómo entrar a esa mente, meterme adentro de ella, comprender qué pasa en los vericuetos de esa mente, por mucho que lo haya buscado con tanto afán desde que invadió por primera vez mi vida con ese breve telefonazo suyo en La Moneda hace todos esos años atrás; y ahora es su mente insondable la que lo ha salvado una vez más, lo está escondiendo de nuestros ojos una última y definitiva y concluyente vez.

He aquí un hombre que hace solamente unos meses —justo antes de que fuera examinado por el equipo de médicos que le ha dado la libertad— fue capaz de reconocer, uno a uno, a cada cual por su nombre, a 120 generales que habían ido a visitarlo a su hogar para brindarle apoyo moral. He aquí un hombre que fue capaz en enero de entretenerse charlando con el Dr. Luis Fornazzari acerca de Iquique y muchos conocidos de ambos en esa ciudad de la que era oriundo Fornazzari. He aquí un hombre que, al día siguiente, observó que Fornazzari mostraba un ligero parecido con Joan Garcés —el

consejero español de Allende que no lo ha dejado en paz— y que, cuando se le pidió que elaborara un poco sobre el sentido de la comparación, sugirió que no era tan sólo un asunto de apariencia y de talante, sino también de que ambos estaban en «la parte acusatoria», para luego agregar, sardónicamente: «Usted que es tan neurólogo y tan psiquiatra, por qué no me contacta más tarde si quiere mayores explicaciones». Dedicado a jueguitos y acechanzas, nuestro Pinochet. He aquí un hombre que, en Inglaterra, justo antes de que Straw lo soltara, cuando un senador derechista chileno sugirió que al volver a Chile sería prudente que, en vista de su tan deteriorada salud, ya no asistiera a la sesiones del Senado, éste es el hombre que respondió: «Sí, claro, pero ¿si me mejoro?». He aquí un hombre que Fornazzari —un experto internacional que hace veinte años que trabaja con el Grupo Internacional de Trabajo sobre la Demencia, y que puede, por ende, referirse a experimentos y experiencias de Japón y Texas y Chicago y Helsinki y Ontario— ha diagnosticado como perfectamente apto para manejarse durante un juicio, puesto que su problema es de naturaleza subcortical, lo que no impide su capacidad de recordar, discernir, ni coordinar los pensamientos. Y neurólogos de todo el mundo han escrito extensos informes concurriendo con la opinión de Fornazzari. Pero la mayoría de la Corte de Apelaciones ha estimado, sin embargo, desde su alta autoridad, que el General no podría responder a las preguntas ni identificar como suya la letra con que escribió esa orden que exigió a un comandante regional que mintiera respecto a la *Caravana de la Muerte*.

Para llegar a esa conclusión han debido torcer el sentido de la ley y reinterpretar el significado de lo que es la demencia, con un dictamen que extiende de tal manera ese concepto que cientos de presos que han sido ya condenados y que están encarcelados y que tienen una condición mental mucho más dañada que la de Pinochet podrían pedir su propio sobresei-

miento (aunque dudo de que a ellos les vaya tan bien, sin tener sus propios «santos en la corte»). Los jueces han advertido, eso sí, de que en el caso hipotético de que la condición mental de Pinochet experimentara una notable mejoría, el caso podría volver a abrirse, pero todos sabemos que se trata de una mera ficción. Las razones médicas por las cuales los jueces han liberado al General son un mero pretexto. Las verdaderas razones son evidentemente políticas.

Los dos jueces que determinaron que está demasiado enfermo para ser procesado son conservadores. Los doctores que anunciaron que Pinochet no iba a poder resistir el estrés de las audiencias no viven en Canadá como Fornazzari, sino en un Chile donde los escuadrones de la muerte de Pinochet siguen sueltos e intactos, espionando a los adversarios de su régimen y grabando sus conversaciones telefónicas, un Chile donde siguen las amenazas de muerte para quienes «se porten mal». Esos doctores y esos jueces viven en un país donde el gobierno democrático, aunque aparentando una posición que se presume neutral, ha tenido la esperanza persistente de que no va a haber tal juicio contra Pinochet, puesto que crearía tensiones tremendas y tal vez insostenibles con el Ejército, que se democratiza muy lentamente, que va evolucionando, que acaba de anunciar que no va a defender con sus abogados a los miembros de las Fuerzas Armadas que estén acusados de violaciones de los derechos humanos. Quienes han liberado a Pinochet viven en un país donde quien es rico y está bien conectado —¿acaso es muy diferente en el resto del mundo?— tiene grandes posibilidades de escapar de la justicia.

Ésta es la verdad irrefutable: desde el comienzo mismo, desde el mismo instante en que el General fue detenido por Scotland Yard, demasiadas personas con demasiado poder tenían demasiadas razones para verlo libre. Lo que es extraordinario es que hayamos logrado tantas victorias en esta lucha que ha durado casi tres años, que el General sólo haya podido

esquivar ese sueño mío de verlo cara a cara con sus víctimas aceptando que lo proclamaran irremisiblemente idiota o loco. De hecho, si se tiene en cuenta que durante veinticinco años Pinochet fue el líder indiscutido y venerado de un Ejército que nunca perdió la guerra contra su enemigo y que todavía dispone del monopolio absoluto de las armas, parece aun más milagroso que los pinochetistas tardaran un año y medio en hallar la estratagema vergonzosa que librara a su héroe de la picota.

¿Es por eso que siento un inconcebible optimismo cuando oigo la noticia de su sobreseimiento? ¿Porque nunca esperé que el dictador, después de todo, pasara siquiera una noche bajo custodia policial? No, es algo más profundo lo que alimenta este sentido de satisfacción que me invade, mi necesidad de celebrar este desenlace, aunque no sea tan perfecto como lo hubiese deseado originalmente. Durante estos largos meses que he pasado rastreando al General, viendo su cacería y su acorralamiento, he ido haciéndome gradualmente a la idea de que lo que le ocurra al cuerpo incierto y contingente de Pinochet es finalmente menos importante que los cambios que este juicio interminable ha llevado a cabo en la vasta mente de la humanidad.

La mente de la humanidad no es una entidad mística, una mera ilusión utópica, sino que es un campo de batalla de ideas y emociones en constante disputa. Lo que nos constituye como especie es el intento, balbuciente y precario, de determinar a través de los milenios qué significa exactamente ser humano y cuáles son nuestros derechos por el mero hecho de nacer y cómo asegurar que quienes vulneren sistemáticamente esos derechos no puedan evadir su responsabilidad íntima y última.

Creo que el caso de Pinochet va a perdurar como un hito fundamental en esta búsqueda de una humanidad mejor, de una mente mejor para una humanidad diferente, la construcción ardua de una conciencia universal. Lo que pasó con el

cuerpo insignificante y remoto de un pequeño dictador va a importar menos, con el paso del tiempo, que la ejemplaridad de su detención y proceso de extradición. Con efectos prácticos: hoy en el mundo hay miles de hombres viles que destruyeron la vida de sus semejantes, que violaron cuerpos y los torturaron, y que no podrán, a raíz del juicio contra Pinochet, viajar alegremente, como solían hacer, al extranjero, hombres que están, desde ahora en adelante, encarcelados dentro de los confines de su propio país.

Durante el siglo que se abre, no van a volver a dormir tranquilos. Ahora les toca a ellos sentir miedo.

Es el regalo final del General Pinochet a la humanidad.

Ahora les toca a ustedes sentir miedo.

¿O me estoy consolando con estas palabras que me conmueven y me inspiran porque sé que mañana por la mañana, por primera vez en casi tres años, el General Pinochet va a levantarse sabiendo que las únicas preguntas a las que va a tener que responder son aquellas con que lo castiga el espejo y que nunca más, en toda su vida, tendrá que responder ni a una pregunta de sus víctimas?

PRIMER EPÍLOGO

La sombra de Chile

Queda la pregunta que el mundo nos hizo cuando al General lo devolvieron a Chile; ¿pasarán la prueba de fuego?, ¿lograrán ustedes salir de la oscura órbita en que el General Pinochet los tiene atrapados, la oscura y enferma órbita de su recuerdo y su poder? ¿Fuimos capaces de purgar el pasado que heredamos de él, esa empresa que juramos consumir aquel día en el Estadio Nacional mientras veíamos bailar tan solas a las mujeres de los desaparecidos, mientras nos pedían que bailáramos con ellas?, ¿acaso no hemos cumplido esa promesa que nos murmuramos y que se vio tantas veces postergada en esta travesía de los pantanos de la transición? ¿Acaso el país que emergió después de la detención y durante las interminables fases del juicio contra Pinochet, ¿no es cierto que ese país ha cambiado ya para siempre?, ¿acaso este libro no ha ido demostrando y presenciando un éxito que excedió en mucho lo que soñaba yo como posibilidad?

El hecho de que no hayamos logrado terminar lo que se comenzó en Londres y Madrid, la realidad de que no hemos podido hacer amanecer ese día en que nuestro dictador hubiese tenido que pararse como un ciudadano común y corriente ante un juez que pronuncia su sentencia, la triste realidad de que no fuimos capaces de transformar moralmente nuestro país para que tal acto de exorcismo se llevara a cabo, todo esto debe servir de advertencia. Significa que nuestra democracia todavía no es plena y que nuestros ciudadanos no se han sacudido todavía los efectos traumáticos de tantos años

de brutalidad y terror. No puedo dudar, sin embargo, de que esta profundización democrática va a encontrar lentamente su cauce y no soy yo, que resido en el extranjero y no vivo inmerso en la difícil lucha que se desarrolla en el fatigante día a día de Chile mismo, el que debe decidir o predicar el ritmo de ese progreso.

Tengo que tener paciencia, paciencia y fe, de que en el futuro nos espera ese día en que vamos a tomarnos de vuelta el país que Pinochet nos robó, el país que nosotros dejamos que el General Augusto Pinochet Ugarte nos robara.

SEGUNDO EPÍLOGO

El largo adiós a los tiranos

A veces me pregunto qué extrañas conjeturas pasarían por la cabeza de Slovdan Milosevic aquel día de octubre del año 1998 cuando le informaron —más o menos a la misma hora en que yo recibía la noticia en California— de que al otro lado de Europa detectives de Scotland Yard habían detenido al ex dictador Augusto Pinochet. ¿Tembló Milosevic, en ese entonces Presidente de Yugoslavia, cuando escuchó los cargos —genocidio y tortura— contra el General chileno?, ¿comprendió acaso el peligro que significaba para él que un ex Jefe de Estado de una nación pudiera ser juzgado extraterritorialmente por el tribunal de un país distinto al suyo por crímenes contra la humanidad? ¿Divisó en el destino de Pinochet un anticipo de lo que podría sucederle a él en los años por venir? ¿Pudo haber sospechado que cuatro años más tarde se encontraría preso en el extranjero, él mismo, teniendo que defenderse ante el Tribunal Penal Internacional de La Haya?

En los años siguientes, cuando pasaba yo por programas de radio o televisión discutiendo el caso Pinochet, invariablemente me esperaba una pregunta maliciosa, si acaso no me daba cuenta de que acusaciones como las que enfrentaba el ex dictador de Chile terminarían por alentar a los opresores a eternizarse en el poder, forzándolos a guarecerse en su último búnker hasta gastar su último cartucho. ¿No sería mejor dejar que los autócratas se retiraran tranquilamente con su botín a algún exilio dorado, salvando a sus sufridos pueblos de un prolongado y probablemente sangriento conflicto civil? ¿No

valdría la pena pagar ese pequeño precio para proteger tantas vidas? Y quienes decidieran cómo proceder, ¿no deberían ser por ventura los propios afectados, aquellos que, después de todo, serían los que iban a beneficiarse con la acelerada partida del sátrapa?

De todos los argumentos contra el proceso de Pinochet, éste me parecía entonces y me sigue pareciendo ahora el más peligroso y el más falaz. Presupone que el dictador se va cuando quiere y no cuando se le echa, es decir, presupone que los pueblos no son los protagonistas de su historia, los verdaderos y demasiado a menudo secretos artífices de la democracia que tanto ha costado conseguir. En el caso de Pinochet, por ejemplo, la baronesa Thatcher ha majadereado sin cesar que el benemérito Capitán General salvó la democracia chilena y entregó el poder de buena gana, olvidando que Pinochet trató de desconocer los resultados del plebiscito que perdió en 1988 y que se hubiera quedado como Presidente de no haber sido por la oposición de las otras ramas de las Fuerzas Armadas y de la comunidad internacional. Esa debilidad y ese aislamiento de don Augusto fueron el producto minucioso de una incesante movilización de un vasto sector del pueblo chileno, y nos costó miles de muertos y centenares de miles de exilios y torturas y detenciones y expulsiones y persecuciones, tal como la lucha por la libertad de millones de ciudadanos en Polonia, en Hungría, en Checoslovaquia, fue esencial para determinar la liquidación de las dictaduras totalitarias en esos países, tal como no es posible entender la reciente historia espléndida de Nigeria y Haití, de Indonesia y Sudáfrica sin enfocar el protagonismo de sus pueblos.

Los tiranos no se van porque son buenos. Se van porque no tienen otra alternativa, porque perdieron la batalla por la representación de su país, porque multitudes de sus conciudadanos fueron capaces de soñar con una alternativa, en su fuero interno y también en el arriesgado dolor de la lucha callejera,

soñar con otro tipo de mundo, precisamente uno donde no hay ni debería haber impunidad eterna.

Ese apasionado himno mío al poder de los ciudadanos comunes y corrientes no tuvo mayor eco en los que creían que el juicio de extradición de Londres iba a alentar la inamovilidad de toda una falange de déspotas. Espere y ya verá, me dijeron: el proceso contra el General Pinochet va a postergar de forma indefinida el final del reinado de Milosevic. Se le ha hecho un gran favor a la dictadura yugoslava. Espere, me dijeron, y ya verá.

Hemos esperado, en efecto, y lo que hemos visto no es lo que se me presagió con tanta convicción pesimista. Lo que vimos fue al pueblo de Serbia levantarse contra Milosevic en octubre de 2000, apenas dos años después de la captura de Pinochet en Londres. Y vimos que ese abandono del poder no se acompañó de ninguna garantía o promesa de inmunidad. Y, por cierto, tal falta de negociación con Milosevic y sus seguidores no llevó a la lucha encarnizada y extendida y sangrienta que se había pronosticado, aunque también es cierto que su popularidad fue mermada por las bombas de la OTAN. Hizo falta menos de un año para que aquel hombre fuerte que reinó de forma incontestable en su país durante tanto tiempo se encontrara sentado en la celda de una prisión de Holanda. Lo que yo tanto ansiaba para el General Pinochet —que sus víctimas lo confrontaran de forma pública— ha terminado siendo el destino de Milosevic.

Claro que tal desenlace no ha sido posible sin una presión intensa desde el exterior. En el caso de Milosevic, lo que determinó su extradición a La Haya fue la amenaza norteamericana de retener un préstamo de un billón de dólares —una coerción que, por cierto, no se vio en el caso de Chile, ya que los Estados Unidos nunca pidieron que Pinochet les fuera entregado por la bomba terrorista que mató a Letelier a menos de veinte cuadras de la Casa Blanca—. De todas maneras,

esta vigilancia de la comunidad internacional, la insistente demanda del exterior de que los crímenes contra la humanidad no pueden quedar sin castigo, termina siendo esencial debido a una singular enfermedad ética que aqueja e infecta a las transiciones democráticas de nuestra era. Es una situación que he presenciado en Chile y que ahora vuelvo a notar en el caso de Yugoslavia. Y Camboya y Rumanía y Filipinas. Y tantas otras tierras desafortunadas en que nuevos líderes intentan inaugurar una era de paz y estabilidad.

Son precisamente los miembros del nuevo gobierno, a menudo aquellos que encabezaron la resistencia a la dictadura, quienes predicán demasiado a menudo la amnesia selectiva, pidiendo a sus ciudadanos que miren hacia el futuro en vez de quedarse estancados en el pretérito. Investigar el horror, zambullirse en los desmanes del pasado, someter a juicio a funcionarios del régimen anterior, todo eso, dicen, sólo desvía la atención de la tarea más urgente del momento, la apremiante necesidad de conseguir la reconciliación nacional. En el caso de Chile, parece que los nuevos líderes democráticos no se dieron cuenta de que es imposible obtener esa mítica reconciliación ignorando el dolor de una buena parte de la nación dividida, que no se puede construir el respeto por la ley basándose en la invulnerabilidad de quienes cometieron crímenes atroces, que la condición para armar un futuro común es justamente examinar el pasado que nos fractura. En mi país, si un juez desde España —con la concurrencia del sistema judicial británico— no hubiera sometido a nuestro dictador a un juicio que nosotros mismos de forma repetida habíamos proclamado como impracticable y utópico, Pinochet todavía estaría dando discursos en el Senado. No cabe duda de que en su caso, como en el proceso de Milosevic, el creciente poderío de los tribunales internacionales ayuda y de ninguna manera impide la búsqueda de justicia a nivel local y nacional.

El hecho de que Pinochet pudiera, finalmente, evitar el juicio debido a espurias razones médicas no ha bloqueado los avances hacia un sistema de justicia global. Los dos Tribunales para Crímenes de Guerra —para Yugoslavia y Ruanda— están funcionando con considerable eficacia, así como el Tribunal Especial para Sierra Leona. Se acaba de implementar el Estatuto de Roma del Tribunal Penal Internacional. El mero hecho de que comience a operar dentro de poco va a servir de advertencia a los futuros Pinochet y a los pretéritos Milosevic para que tengan cuidado. Es probable que en un mundo convulsionado por los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 y por la respuesta de los Estados Unidos a esos ataques, se recrudezcan las violaciones a los derechos de los pueblos. El terror ejercitado por gobernantes en contra de sus propios ciudadanos —sea en Chechenia o Pakistán, en Turquía o Tíbet— va a ser perdonado en nombre de la apremiante necesidad norteamericana de prestar atención a esa otra guerra, «contra el terrorismo internacional». Y es probable que los crímenes contra la humanidad que pudieran ocurrir en regiones (como América Latina y África) que no se consideran esenciales para aquella campaña también se releguen al olvido. Para qué mencionar naciones como Iraq o Corea del Norte que han sido colocadas tan definitivamente fuera de la órbita de influencia de los Estados Unidos que sus gobernantes ya no tienen incentivo alguno desde el exterior para cesar en el maltrato de sus propios súbditos. Es decir, estamos entrando en una época en que pareciera que necesitaríamos más que nunca instituciones internacionales, aceptadas por todas las partes y todos los países, que puedan hacerse cargo de las violaciones que los tribunales nacionales no pueden o no quieren enjuiciar. Es desalentador, aunque no sorprendente, que la única superpotencia del mundo se oponga a tal instancia judicial supranacional, asegurando que no va a reconocer sus veredictos.

De hecho, si un tribunal semejante hubiese existido, no tendríamos un «caso Pinochet». Chile tendría que haber entregado a su dictador si no estaba en condiciones de juzgarlo por su cuenta. Pero Chile no hubiera sentido (como lo siente Yugoslavia con bastante justificación) que opera acá un doble estándar moral, puesto que, la verdad sea dicha, sólo los criminales de guerra de las naciones más pobres y débiles (y derrotadas) terminan procesados en el extranjero. Si tu país es lo suficientemente grande, puedes evitar un juicio que te condene aquellas infamias que hiciste en..., digamos, la Plaza de Tiananmen o al minar los puertos de Nicaragua. Pero, por cierto, ése es uno de los problemas que acompañan al Tribunal Penal Internacional: aparte del hecho de que va a pasar bastante tiempo antes de que tal institución se encuentre en pleno funcionamiento, queda por ver hasta qué punto sus pronunciamientos van a ser respetados por todos los signatarios. Mientras tanto, es reconfortante que el juicio contra Pinochet esté sirviendo como inspiración y modelo para otras acciones. Hissène Habré, por ejemplo, el genocida del Chad, vivía a todo trapo con el dinero que había robado de su país, hasta que un grupo de sus compatriotas, galvanizados por los éxitos de Garcés y Garzón, lo acusaron de haber torturado y matado a sus conciudadanos, una acusación que permitió a un juez senegalés iniciar un juicio contra Habré y mandarlo apresar. Cuando el «Pinochet africano» (como, en efecto, lo llamaban) fue liberado por una corte superior —tal como una corte en Chile halló una manera de eximir al dictador chileno de ser juzgado—, los belgas, que se han empeñado en procesar a ex jefes de Estado por crímenes contra la humanidad, se hicieron cargo del caso, y pidieron la extradición de Habré. Los belgas también quieren enjuiciar a Ariel Sharon por su participación en las masacres de Sabra y Chatila en el Líbano. Claro que no hemos dejado de sufrir tampoco reveses, como el retiro de las Naciones Unidas de los tribunales que en Camboya debían juzgar a los escuadrones de

la muerte de los jemeres rojos (no había garantías de autonomía frente a un gobierno que prefería no remover las aguas del pasado); o la negativa de cada sucesivo gobierno argentino de extraditar a sus más terribles violadores de derechos humanos; o la invalidación por parte de la Corte Internacional de La Haya (el tribunal oficial de la ONU) de la orden belga de detención por genocidio contra Yerodia Ndomabasi, el ex Ministro de Relaciones Exteriores de la República Democrática del Congo. En otros frentes, sin embargo, se nota bastante progreso. Kissinger cancela un viaje a Brasil porque el juez Garzón (¡qué maravilla cómo este hombre no deja en paz a los poderosos!) quiere detenerlo por su papel en la instalación de la dictadura chilena en 1973. El ex Gobernador de Timor Oriental está acusado de haber organizado la masacre de miles de hombres y mujeres durante los últimos meses de la ocupación indonesia de esa isla. Un juez norteamericano dictamina que la compañía Shell puede ser tenida como responsable y procesada por su colusión con el gobierno nigeriano en la muerte del poeta y activista Ken Saro-Wiwa y la de otros. Estoy lejos de sugerir que tales acciones y tantas otras deban ser directamente atribuidas al juicio de extradición del General Pinochet, pero quién sabe si los historiadores no llegarán a concluir en unos siglos más si su acoso, debido a la prominencia del reo y el precedente de jurisdicción universal que estableció, no constituyó el momento decisivo en que los poderosos no pudieron escudarse más detrás del pretexto de la soberanía nacional para cometer crímenes impunemente.

A estas alturas sólo podemos conjeturar si la derrota de Pinochet expresa un cambio profundo en el clima moral; algo que se asemeje a lo que pasó no hace mucho con la esclavitud, que de ser algo que era calificado como un fenómeno natural por la elite planetaria pasó a ser una condición absolutamente detestable. Hubo una época en que no se consideraba repugnante que los obreros trabajaran ochenta horas por semana,

cuando el trabajo infantil era el destino automático de cada niño que nacía en la miseria, cuando una mujer era habitualmente proclamada como inferior y sin voz ni voto, y podemos, en estos casos, descubrir algunos incidentes trascendentales cargados de simbología que señalaron una modificación del consenso de lo que era y no era tolerable para nuestra conciencia colectiva. Tal vez estamos en el umbral de una transformación similar, la habilidad de imaginar un mundo donde aquellos gobernantes que saquean y matan a sus propios pueblos deben recibir inevitablemente alguna forma de retribución ejemplar. Ésa es mi predicción: que los déspotas de hoy o tal vez de mañana se van a mirar en el espejo quebrado que les ofrece Milosevic, que se reconocerán en los ojos asesinos y asediados de Pinochet para ver, de una vez por todas, lo que habrá de ser su destino en esta tierra.

Pero un momento. ¿Acaso Pinochet no logró escaparse de la justicia? ¿La lección de la historia no es otra? ¿Por qué mi hipotético genocida no va a decirse: «Siempre puedo pretender que estoy loco, siempre puedo quedarme hasta el maldito final, hasta que sea tan senil y decrepito que no tenga sentido que me juzguen»*?

Finalmente, entonces, ¿cuál sería el sentido último de Pinochet? ¿Cómo se interpretará su historia dentro de muchos

* En julio de 2002, cuando este libro entra a la imprenta, llega la noticia de que una sala de la Corte Suprema sobreesayó de forma definitiva las diligencias contra el General Pinochet por cuatro votos contra uno, debido al deterioro irreversible de su condición mental. Este vergonzoso episodio de capitulación del poder judicial fue seguido a los pocos días por la farsesca renuncia del ex dictador a su puesto de senador vitalicio (conservando, eso sí, su fuero como ex Presidente, su guardia de seguridad y su sueldo). En una carta redactada de su puño y letra el «enfermo mental» defiende muy lúcidamente su gobierno y su actuación. Esta farándula es acompañada por sus declaraciones públicas de que «No estoy loco». No somos el hazmerreír del mundo con nuestras declaraciones oficiales de que «se hizo justicia» sólo porque hace tiempo que el mundo ha perdido la esperanza de que se cumplan las promesas que se hicieron cuando Pinochet fue devuelto a Chile.

siglos? ¿No es ésa la prueba definitiva de adónde su viaje y nuestro viaje lo han llevado?

Que se me permita una profecía: de todas las batallas de su interminable vida, la que el General Augusto Pinochet ya no tiene la menor posibilidad de ganar es la batalla por el modo en que su nombre habrá de morar más allá de su muerte, cómo las duras sílabas de su apellido van a permanecer y solidificarse en el vocabulario de los pueblos. Creo que el General Pinochet ha perdido la batalla por controlar el lenguaje del porvenir.

Durante la mayor parte de mi vida adulta, en la medida en que me era imposible limitar el daño que el dictador infligía a mi existencia, empecé a obsesionarme con la posibilidad de que tal vez pudiéramos, de alguna manera que no estaba todavía clara, determinar cómo esa palabra, Pinochet, sería transmitida al futuro. Tan alucinado estaba yo por el deseo de predecir cuál iba a ser el juicio final de la historia que en una de mis novelas llegué a conjeturar que, en treinta mil años más, en un país del cono sur de América Latina que yo quise llamar Tsil, los padres iban a leer a sus hijos un cuento de hadas donde aparecería un dragón especialmente artero llamado «Pinchot», epíteto que a su vez los niños en ese futuro lejano utilizarían como un ultraje. Y, sin embargo, al mismo tiempo que yo alegremente profetizaba que la ficticia estirpe del porvenir se serviría del nombre de Pinochet para insultarse mutuamente, me iba dando cuenta de que, en la verdadera lucha por ocupar un lugar en la jerga común de la humanidad, la representación pública del General se estaba construyendo con acepciones que me complacían bastante menos. A Pinochet no se le estaba asociando tan sólo con las repentinas asonadas militares (como en el uso habitual de «pinochetazo»), sino también con la mano de hierro que supuestamente se precisaba para imponerle a un país recalcitrante y subdesarrollado un modelo económico modernizante que lo arrastraría, sin ha-

cer caso de sus protestas, hacia las maravillas del progreso. Cuántas veces no escuché yo en mis viajes del destierro esa frase admirativa y admonitoria: «Lo que este país necesita es un Pinochet». Es decir, este pobre país necesita un macho que ponga en su lugar a los ciudadanos díscolos y a los trabajadores sediciosos. Claro, pensaba yo para mí, y que los aterrícen para que no ofrezcan resistencia a la terapia de *shock* decretada por un sistema global como precondition indispensable para hacer inversiones de capital extranjero y tener el visto bueno del ineludible Fondo Monetario Internacional.

Esta ambigua encarnación de Pinochet —mezcla de ogro aterrador y paradigma histórico eminente e imitable— no desapareció, como yo había esperado, cuando Chile retornó, en 1990, a una democracia precaria y restringida. No sólo se seguía amenazando al pueblo chileno, si era desobediente, con la sombra y resurrección de Pinochet, sino que ahora además se le glorificaba en otras sociedades que vivían sus propias transiciones turbulentas a la democracia. Rusos de todas layas (y no sólo los ultranacionalistas) proclamaban que era imperativo un «Pinochet soviético» para poner orden en sus estepas y mercados, y en una visita a Chile, Valtr Komarek, nada menos que el Vicepremier del gran Vaclav Havel, describía a Pinochet como un «gran personaje» y un líder original, cuyo modelo económico los checos harían bien en emular.

De manera que, pese a una campaña mundial de los activistas de derechos humanos, tanto el hombre como esa palabra, Pinochet, lograron escurrirse de una connotación inequívocamente negativa. A la imagen del dictador sangriento y severo se sobreponía la figura paterna de un Pinochet que trataba a los habitantes de su país como si fueran niños ignorantes a los que hay que ofrecer una feroz, aunque benevolente, disciplina para que entren en vereda. Un modernizador, hasta un liberador, alguien que no teme derramar un poco de sangre para salvar a un país, como alguna vez lo declaró Kissinger de

forma infame, de su propia irresponsabilidad. Pinochet, por ende, hasta el día de su detención en Inglaterra había llegado a simbolizar para millones de ciudadanos del mundo entero una advertencia. Una advertencia a los rebeldes: que no soñaran con subversiones, con otras versiones y visiones alternativas de la humanidad. Una advertencia a los pobres: miren las consecuencias terribles de ser excesivamente exigentes o libertarios o criticones o tan sólo flojos. Pinochet: un sinónimo de miedo.

Los acontecimientos de los últimos cuatro años han reconfigurado, sin embargo, de forma drástica la semántica de Pinochet. Su encierro, múltiples procesos y, más que nada, la incesante humillación han llevado a una extraordinaria metamorfosis de esa palabra, «advertencia», invirtiendo los polos esenciales de su significado. En vez de los indefensos habitantes comunes y corrientes de nuestro planeta, los que ahora tienen pavor son sus atormentadores, los pequeños y los inmensos tiranos que no pueden evitar la presencia fantasmagórica de Pinochet en su horizonte.

La historia del siglo que acaba de irse no me autoriza a ser tan optimista como para creer que el caso aleccionador de Pinochet detendrá instantáneamente la mano de quienes, alentados por sus gobiernos para sentirse invulnerables, cometen de forma cotidiana violaciones a los derechos humanos y después se alejan del dolor que infligieron fumándose un cigarrillo o echándose un caramelo a la boca. Pero esa imagen del anciano dictador, despojado de su inmunidad y detenido por detectives de Scotland Yard y luego vilificado por los tribunales de su propio país y del mundo, tiene que estar infiltrando alguna opaca zona interior de esos hombres, no me cabe duda de que en este mismo momento el General Pinochet y su sino repetible les está envenenando el día y pudriendo las noches. Y también me gusta pensar que mis amigos o alguno de ellos, en el momento solitario antes de morir, se prometieron que al-

gún día se iba a hacer justicia, me gusta imaginar a mis amigos murmurándose que quizás no estuvieran condenados a ser perpetuas víctimas, perpetuamente olvidados, me gusta pensar que tenían razón.

Si finalmente los abusos de los derechos humanos no van a cesar debido al castigo ejemplar del General, de todos modos se ha verificado una mudanza sutil en la forma en que la comunidad mundial se imagina el poder, la igualdad y la memoria.

Durante décadas, yo me avergoncé de que Chile hubiese, por su infortunio, brindado a la humanidad tanto la palabra como la persona misma de Pinochet.

Quién hubiera podido adivinar que la palabra, por lo menos, terminaría siendo uno de los regalos de nuestro pueblo al planeta, notificando fervientemente a cada niño que nace sobre esta tierra que no debe nunca, bajo ninguna circunstancia, en cualquiera de las muchas vidas que le pueden tocar, que no deberá ser, jamás de los jamases, un Pinochet.

O tal vez sea mejor concluir con una visión que supera a ésta. Imaginar a los niños del futuro, miles de años en el futuro, jugando en unas verdes praderas.

Y entonces uno de ellos dice o hace algo que merece un reproche, una injuria, un agravio abominable, puesto que el otro le grita: «Oye, no seas un Pinochet».

«¿Pinochet? —responde su compañero— ¿Pinochet? ¿Quién es Pinochet?».

¿Pinochet?

¿Quién diablos es Pinochet?

Algunas palabras finales disfrazadas de agradecimiento

Antes de que pase a hablar de Queno, tengo que empezar con los otros.

Este libro no existiría si no hubiera sido por mi amigo Dan Simon, editor de Seven Stories Press, que me convenció de que el inacabable juicio contra el General pedía a gritos una crónica como ésta y que insistió en que era necesario escribir algo absolutamente diferente de lo que había estado redactando de forma incesante en la prensa mundial, exigiéndome otro tipo de narración y viaje de descubrimiento. Agradezco asimismo a Olga Domínguez, de mi vieja y fiel Editorial Siglo XXI, sus comentarios minuciosos y la fe que ha puesto en mi obra y en este proyecto y el cuidado y cariño de Adrián Reigosa, de la misma casa editorial. Gracias también a mis editores de *El País* de Madrid, donde Joaquín Estefanía y María Cerdón me ayudaron a publicar más de veinte comentarios sobre el caso Pinochet. Doy las gracias también a Rafael Rodríguez Castañeda, de la revista *Proceso* de México, y a Ernesto Tieffenberg, del diario *Página Doce* de Buenos Aires, que siempre acogieron mis artículos con enorme generosidad y paciencia. Una similar deuda de gratitud para el equipo del *Los Angeles Times* y especialmente para el jefe de la sección, el espléndido Bob Berger. Y agrego los nombres de otros editores que han ido publicando material que fui canibalizando a medias para este libro: Jerry Marzerati, de *Harper's*, Kathleen Cahill, de la sección *Outlook* del *Washington Post*, Matthew Rothschild, de *The Progressive*, y un cúmulo de otros amigos

de los diarios londinenses, Adrian Hamilton, de *The Independent*, y Mike Holland, de *The Observer*, y aun otros de *The Guardian* y *The Evening Standard*, y Michel Kajman, de *Le Monde*, y mis amigos del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, en Alemania, y de *De Groene* y el *Volkskrant* de Amsterdam.

Fue también muy importante para mí el apoyo de mis agentes, Jin Auh y Raquel de la Concha, y la ayuda inestimable de mi fiel asistente, Jennifer Prather, que trabajó horas y horas recopilando materiales de Internet y mecanografiando todo tipo de notas. ¿Y qué libro mío sería completo sin recordar a Angélica, mi lectora predilecta, y a Rodrigo, Joaquín, Melissa e Isabella?

Pero es a otra persona a la que necesito de veras distinguir o el lector jamás comprenderá cómo nace un libro como éste.

Cuando decidí que, en efecto, era necesario que yo volviera a visitar la historia del General Pinochet y el terror que hemos estado tratando de exorcizar, casi de inmediato —tal vez a los cinco minutos de la decisión— me senté a escribirle un correo electrónico a un amigo en Chile. Ahí donde dice SUBJECT (en inglés), TEMA, ahí mismo deletreé las palabras: AYÚDAME, QUENO.

Queno es Eugenio Ahumada, tal vez, a excepción de mis padres, el más viejo amigo que tengo en el mundo, y nada añadiré de los muchos lazos que nos unen porque más interesantes son los lazos que lo conectan a él a la búsqueda de la verdad. Durante los años de la dictadura, Queno fue uno de los encargados del archivo de las organizaciones fundamentales de derechos humanos de Chile, primero en el Comité Pro Paz y luego, cuando Pinochet clausuró aquella entidad ecuménica, en la Vicaría de la Solidaridad, armada por la Iglesia católica para defender a las víctimas de la represión del General. A otro le tocará algún día contar la historia del centro de documentación de la Vicaría, pero basta con decir que el corazón de cualquier organismo que lucha contra la injusticia

es su capacidad de recordar y esas salas repletas de fichas y expedientes y testimonios se encontraban en el centro mismo de esa lucha por la memoria. Fue ahí donde se registraba y se catalogaba cada acusación, donde la historia secreta de Chile fue recolectada. El dolor, sí, y también la esperanza, recogidos, anotados. Fue ahí donde Queno recibió, sentado una mañana detrás de su escritorio, la noticia de que su colega de ese archivo, José Manuel Parada, había sido secuestrado por la policía secreta chilena, violentamente atrapado en la calle cuando iba a dejar a su hijo a la escuela; fue ahí donde Queno iba a saber dos días más tarde que José Manuel había sido ubicado en una acequia en las afueras de Santiago, José Manuel en esa acequia con su garganta tajada. Sin esos archivos, no habría pleitos contra Pinochet, no habría acusaciones detalladas de los familiares, no habría una Comisión de Verdad y Reconciliación ni tampoco un Informe, no habría material que los abogados extranjeros pudieran citar, ningún artículo de periodistas que relatara la historia oculta de Chile, ninguna posibilidad de un juicio y, por supuesto, ningún libro como éste. Queno fue sólo uno de los muchos héroes desconocidos, sólo uno de aquellos que, cada día durante años y años, se sentó en una silla y dispuso que todo el horror y toda la resistencia se recordaran. No podría haberlo hecho, junto con sus múltiples colegas que trabajaban en las organizaciones de derechos humanos, si centenares y miles de personas más no hubiesen también contribuido. Así que cuando reconozco su aportación también estoy reconociendo a todos esos anónimos ciudadanos de mi país, los sin nombre de mi país, y a tantos otros de países extranjeros que han persistido tesoneramente en la labor cotidiana de la memoria, la imposible tarea de la memoria olvidada y ardiente. Son ellos quienes hicieron posible este libro.

Y por si acaso. Unos minutos después de que le pidiera ayuda a Queno, llegó una respuesta. Generalmente Queno

contesta mis correos con una retahíla de chistes y juegos de palabras, con enrevesadas referencias a nuestras aventuras pasadas y a las maravillas a las que están dedicados sus hijos, sin que falte alguna alusión a comedias musicales norteamericanas y canciones populares (es un experto) y al cine (escribe reseñas de películas en la red). Esta vez, lo único que me mandó fueron unas palabras escuetas: «¿Qué necesitas, Ariel?».

Ayuda, Queno. Como siempre. Y me la diste. Como siempre. Y no sólo a mí.

Gracias, hermano. En mi nombre y en el nombre de los verdaderos protagonistas de este libro que te pertenece, este libro que los vivos y los muertos de nuestra historia me ayudaron a escribir.

Otras obras de Ariel Dorfman
en Siglo Veintiuno de España Editores:

Acércate más y más:
Cuentos casi completos (2002)

Patos, elefantes y héroes.
La infancia como subdesarrollo (2002)

Se terminó de imprimir esta obra
el 10 de octubre de 2002

"Tenía que suceder un día: un escritor, una víctima, un revolucionario capaz de ver a Dios en el vértigo de la experiencia ... Tenía que suceder, pero no necesariamente acompañado de la accesibilidad y grandeza de Dorfman. Gracias a Dios." **John Berger**

"Es una de las voces literarias más importantes de América Latina."
Salman Rushdie

"Sus libros son tan enriquecedores como provocativos." **Julio Cortázar**

"Ariel Dorfman tiene derecho a colocarse en la compañía de García Márquez, Vargas Llosa, Cortázar y Neruda: es un escritor verdaderamente americano." **Yashar Ozberkmen, San Francisco Chronicle**

"Un escritor que, como Nabokov, sirve de modelo para otros escritores."
Financial Times

"Si mezclan a Joyce, Bulgakov y García Márquez, tendrán una idea de lo que es este autor extraordinario."
The London Observer

El 16 de octubre de 1998 el mundo se despertó con una noticia sorprendente: el general Augusto Pinochet había sido arrestado por Scotland Yard en Inglaterra y esperaba su extradición a España bajo la acusación de tortura y genocidio. El juicio consiguiente se consideró como el avance más importante en la jurisprudencia internacional sobre derechos humanos desde los juicios de Nuremberg. Pinochet, dictador de Chile desde el golpe de estado de 1973 hasta que se restableció una democracia restringida en 1990, se convirtió en el primer jefe de Estado sometido en el siglo XX a un procedimiento judicial por un tribunal extranjero.

El prestigioso escritor Ariel Dorfman, celebrado por la revista Time como "gran maestro literario chileno", obsesionado durante 25 años por la sombra maligna que el general Pinochet arrojó sobre Chile, siguió a lo largo de cuatro años los vaivenes del juicio en el Reino Unido, España y Chile así como en los Estados Unidos, el país que había propiciado la dictadura de Pinochet. Narrado como una película de suspense, lleno de dramas judiciales y súbitos vuelcos de la fortuna, este libro explora al mismo tiempo algunas de las preguntas más acuciantes que ese juicio plantea después de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001. ¿Cuáles son los límites de la soberanía nacional en un mundo globalizado? ¿Cómo juzga un mundo cada vez más interconectado los crímenes contra la humanidad? ¿Qué papel desempeñan la memoria, el dolor y los derechos de los supervivientes en esta lucha por un nuevo sistema de justicia? De todo, el autor, al escuchar con atención las voces de las víctimas y de los defensores de Pinochet, se abisma en el dilema más difícil de todos: ¿cómo reconciliarnos del terror tras haber sufrido el trauma? ¿Podemos reconciliarnos sin antes enfrentarnos a un pasado turbulento?



111-ABB-874

A partir de la reconstrucción emocional que hace Dorfman de las múltiples fases del juicio de Pinochet, surge la imagen de una victoria para el pueblo chileno y para los pueblos del mundo entero, una advertencia a otros hombres poderosos, como Milosevic o Henry Kissinger, de que tal vez no sea tan fácil escapar a su responsabilidad por los sufrimientos que han infligido a la humanidad contemporánea.

ISBN 84-323-1100-6



9 788432 311000

06-CFO-920

